LA CIENCIA HISTÓRICA EN EL SIGLO XX

LAS TENDENCIAS ACTUALES

Georg G. Iggers





NUEVA SERIE
36

LA CIENCIA HISTÓRICA EN EL SIGLO XX
Las tendencias actuales

Una visión panorámica y crítica del debate internacional

Georg G. Iggers

Presentación, adaptación y revisión científica
de Fernando Sánchez Marcos

Traducción
de Clemens Bieg



EDITORIAL LABOR, S.A.

Presentación, adaptación y revisión científica:
Fernando Sánchez Marcos

Traducción: Clemens Bieg

Diseño de cubierta: Jordi Vives

Primera edición, 1995

Título de la obra original:
GESCHICHTSWISSENSCHAFT IM 20. JAHRHUNDERT

Editorial Labor, S.A.
Rambla de Montserrat, 19 bajos
08290 Cerdanyola del Vallès (Barcelona)
Grupo Telepublicaciones

ISBN: 84-335-3050-X
Depósito legal: B. 32.280-1995

Impreso en EMEGE Industrias Gráficas, S.A.
Londres, 98 - 08036 BARCELONA

Impreso en España - Printed in Spain

Índice

Introducción

Hace casi veinte años publiqué un pequeño libro sobre la situación en la que, en aquella época, se encontraba la ciencia histórica en Europa[1]. En él expuse el relevo del modelo científico tradicional del historicismo por otras formas más recientes de investigación histórica sociocientífica. Numerosos historiadores de todos los países coincidían en que la investigación histórica, tal como se había venido practicando internacionalmente desde que, a principios del siglo XIX, la ciencia histórica se afirmara como disciplina científica, no respondía a las condiciones sociales y políticas de la segunda mitad del siglo XX ni tampoco a las exigencias de una ciencia moderna. Entretanto, las ideas acerca de la historia y de la ciencia histórica han vuelto a experimentar un profundo cambio. Por ello, este volumen no podía ser una continuación que, por decirlo así, pusiera al día mi publicación de 1975. En su lugar, se ocupa, ante todo, de algunos cambios fundamentales en el pensamiento y en la práctica que, en la actualidad, determinan el trabajo de los historiadores —y el de las historiadoras— cada vez más numerosas. Si bien en muchos aspectos se puede observar una continuidad de las formas más antiguas tanto de la investigación histórica como de la historiografía, lo cierto es que ha tenido lugar una reorientación de carácter fundamental.

En los últimos veinte años se han ido poniendo progresivamente en duda las premisas en las que se apoyaban la investigación histórica y la historiografía desde el origen de la historia como disciplina científica en el siglo XIX. Muchas de estas premisas se remontan a la Antigüedad, pues desde la Antigüedad ha existido una dedicación a la historia y una tradición historiográfica continuada. Lo que era nuevo en el siglo XIX era el tratamiento científico que recibía la investigación histórica dentro del marco de la profesionalización, tal como tuvo lugar en los centros de enseñanza superior y en los institutos de investigación. Fue entonces cuando la historia se constituyó en "disciplina" y empezó a llamarse "ciencia histórica", diferenciándose del concepto más antiguo de la

"historiografía". Es cierto que la historia, por una parte, se distanciaba del objetivo cognitivo de otras ciencias, esto es, el formular regularidades —o al menos, unos modelos de explicación concluyentes— y subrayaba los elementos de lo singular y de lo espontáneo, los cuales exigían a la historia, como ciencia cultural*, una lógica especial de la investigación, encaminada a entender las intenciones y los valores humanos; por otra parte, compartía con las ciencias profesionalizadas la confianza que éstas, en general, tenían entonces en la posibilidad de acceder al conocimiento objetivo a través de la investigación metódica, sin ser conscientes de que esa investigación se basaba en supuestos, respecto al desarrollo histórico y a la estructura de la sociedad, que predeterminaban los resultados de sus indagaciones. La autodefinición de la historia como disciplina científica significaba para el trabajo profesional del historiador una rigurosa separación entre el discurso científico y el literario, entre los historiadores profesionales y los aficionados.

Sin embargo, este cambio institucional no debe hacer olvidar los aspectos comunes que enlazaban la ciencia histórica, tal como se estableció en el siglo XIX, con la historiografía tradicional practicada desde la Antigüedad. Entre estos aspectos destacaba la distinción entre la historia y el mito, tal como la efectuaron Herodoto y, en especial, Tucídides. Si bien ellos veían en la historiografía una forma de literatura, en concreto, de narrativa, cuya primera preocupación no eran los conocimientos metódicamente adquiridos, sino el mantener vivos en la memoria los grandes acontecimientos, su objetivo

* *Geisteswissenschaft:* ciencia cultural o ciencia humana. (En plural, *Geisteswissenschaften*: ciencias culturales o ciencias humanas). No es posible una traducción literal del término *Geist* al español (como tampoco al inglés, al francés o al italiano). *Geist* indica una comprensión de la conciencia humana y se diferencia tanto de "mente" como de "espíritu". "Mente", tal como ha sido usado en la psicología y filosofía asociacionistas británicas, tiene connotaciones empiristas y racionales, mientras que *Geist* sugiere que es posible el conocimiento intuitivo. La filosofía idealista alemana emplea *Geist* para referirse no sólo a la conciencia individual, sino también al "espíritu" de una entidad colectiva o de una época, el cual se encarna en las instituciones sociales y culturales concretas. El término *Geisteswissenschaft* implica que es posible el estudio científico y riguroso de las sociedades y culturas humanas pero que este estudio, a causa del énfasis que pone en el sentido o en la significación, difiere de las ciencias naturales, cuyo tema u objeto de estudio está desprovisto de sentido. El objetivo de las *Geisteswissenschaften* es el *verstehen* (comprender), el captar el sentido en su concretitud, mientras que el de las ciencias naturales es la explicación en términos abstractos y cuantitativos. *(Nota del autor para esta edición)*

no dejaba de ser la narración verídica que comprobaba sus fuentes con talante crítico. Tres son los aspectos que tienen en común la ciencia histórica desde Ranke y la ciencia histórica desde Tucídides hasta Gibbon: 1) La exposición histórica describe a personas que existieron realmente y acciones que realmente tuvieron lugar, y debe corresponder a esa realidad, es decir, debe ser verídica. 2) La exposición sigue estas acciones en su sucesión diacrónica, es decir, sólo conoce un tiempo unidimensional, en el que los sucesos posteriores siguen a los anteriores y se hacen comprensibles gracias a éstos. 3) Presupone que las acciones humanas reflejan las intenciones de los que actúan. Estas premisas de realidad, de progresión del tiempo y de acción intencional determinan el carácter narrativo de la historia desde Tucídides hasta Ranke, desde César hasta Churchill, y son precisamente estas premisas las que, en el transcurso de los profundos trastornos del siglo XX, se han ido poniendo paulatinamente en tela de juicio.

Estrechamente relacionada con las estructuras de pensamiento que caracterizan tanto la tradición clásica de la historiografía desde la Antigüedad como también la ciencia histórica de los siglos XIX y XX, se halla la consideración del transcurso de la historia desde la perspectiva de los que dominan. La convicción de Treitschke de que "los hombres hacen la historia"[2], esto es, la idea de que las decisiones relevantes para la sociedad humana son tomadas por personas del sexo masculino que llevan las riendas del poder, ha sido compartida por casi todos los historiadores desde la Antigüedad. Por ello, la historia se ha ocupado en primer lugar del poder, es decir, sobre todo del estado como centro del poder, cuya existencia permite al mismo tiempo conferir a las exposiciones históricas una estructura coherente, de tal modo que, en palabras de Droysen, los "negocios"* se convierten en Historia[3].

Esta afirmación se apoya en la idea de que el curso de la historia humana constituye una unidad continuada, de modo que ya no se habla de "historias", como hizo todavía Ranke en su obra primeriza, *Historias de los pueblos románicos y germánicos*, sino de "la historia"[4]. Con ello tiene que ver que en el siglo XIX la historia sea equiparada cada vez más al desarrollo del conjunto de los estados europeos. India y China, afirmaba Ranke, no tienen historia. "Su condición

* "Negocios" (*Geschäfte*, en la cita original) se emplea aquí en el sentido amplio de ocupaciones o actividades de la vida práctica que en sí mismas no tienen significación histórica. *(N. del Trad.)*

pertenece más bien a la historia natural"[5] (¡*sic*!). La comparación entre la historia y la naturaleza —o la historia natural— quiere dar a entender que la historia, a diferencia de la naturaleza, queda determinada por la acción intencional de los hombres y que por ello, a diferencia de los presuntos pueblos primitivos, sólo los pueblos civilizados tienen historia.

Ahora bien, en el transcurso de nuestro siglo se ha producido, en la investigación histórica, un cambio fundamental en el pensamiento, alejándose éste del estrecho concepto de una historia de los estados para dar paso a una historia social de enfoque mucho más amplio, la cual aparece unida a un mayor interés por la historia de extensas capas de la población. En la contemplación histórica se incluía también ahora al mundo no occidental, aunque sólo fuera, al menos al principio, por sus relaciones con Europa o Norteamérica. Para la comprensión de los fenómenos y de las relaciones históricas, las estructuras y los procesos adquirían una importancia mayor que los acontecimientos o las hazañas de los "grandes hombres" de Treitschke. Con todo, lo que se mantuvo fue la convicción de que la aproximación científica a la historia era posible.

La historiografía más reciente, que se entendía a sí misma como "Social Science History", "histoire science sociale" o, en la República Federal de Alemania, como "Historische Sozialwissenschaft"[6], criticaba a la ciencia histórica más antigua por no haber sido, según ella, lo suficientemente científica y le reprochaba el que su objetivo hubiese sido aún, ante todo, la narración y no el riguroso análisis científico. Sin embargo, la nueva historia social permanecía profundamente arraigada en la estructura de pensamiento de la ciencia histórica más antigua, en el sentido de que también ella estaba convencida de que la exposición histórica guardaba una relación directa con la realidad, de que separaba rigurosamente lo real de lo ficticio y de que, por eso, el discurso del historiador se diferenciaba del discurso del autor literario. Más aún que la historiografía tradicional, la nueva historia social insistía en que el modo de proceder del historiador era el de un científico, no el de un artista, de modo que, si quería ser verídica, esto es, científica, era impensable que la historia, al igual que, por ejemplo, la física o la biología, fuera cultivada por aficionados.

No obstante, en los últimos veinte años esta concepción de la historia como ciencia ha sido cuestionada en sus fundamentos. Muchos historiadores de todo el mundo —e historiadoras, debemos

resaltar aquí, no sólo porque éstas han aumentado en número, sino porque su peculiar perspectiva desempeña un papel importante— comenzaron a comprender y a escribir la historia con un enfoque distinto. En el centro de la historiografía no figuran ya las acciones de las personalidades relevantes ni las impersonales estructuras o procesos de la economía o de la sociedad, sino más bien las experiencias existenciales de personas concretas e individuales, de entre las cuales algunas, por carecer de poder, habían permanecido excluidas de la historia tradicional. Aquellas que —como lo expresó Brecht— no son vistas porque permanecen en la sombra, salen ahora a la luz. Y los nuevos temas implican nuevas estrategias de investigación.

La apertura hacia una nueva historia cultural y social en los últimos quince o veinte años no debe entenderse como un desarrollo puramente inherente al quehacer científico, sino que debe apreciarse en relación a los cambios fundamentales que han sufrido las condiciones en las cuales se desenvuelve la vida moderna. De esta transformación nos ocuparemos con mayor detalle en el próximo capítulo. Aquí baste resaltar que desde Nietzsche, todo lo más tarde, se han vuelto problemáticos aquellos axiomas de la historiografía que en su día formaban para los historiadores políticos, y más tarde también para los de orientación sociocientífica, los fundamentos de su trabajo científico-histórico. Estos axiomas se hallaban estrechamente vinculados a los valores del mundo burgués del siglo XIX. Por "burgués" no entendemos aquí, en el sentido de Marx, una clase, definida ante todo por su relación con los medios de producción, sino un mundo vital, un modo de pensar y de actuar, que si bien está relacionado con las circunstancias de poder político y económico, las excede con mucho e influye en ellas.

Uno de estos axiomas sostiene que la historia es un desarrollo lleno de sentido, en el que los valores "burgueses" del sometimiento de la naturaleza y de lo indómito por medio de la razón y de la ciencia se realizan en beneficio de la humanidad. Esta idea de evolución, que sirvió de norma a la mayoría de los pensadores del siglo XIX, así a Hegel, Ranke, Marx, Mill, Michelet y Treitschke, parte del supuesto de que el sentido de la historia estriba en una irresistible victoria de la cultura, esto es, de la formación cultural, la ciencia y la técnica, en fin, de la razón ilustrada, sobre la irracionalidad de la naturaleza. En el siglo XX, sin embargo, la marcha de los acontecimientos puso de manifiesto, con dos guerras mundiales, los regímenes totalitarios y la progresiva destrucción del medio ambiente, las contradicciones de

un progreso en cuyo transcurso la ciencia y la técnica no llegaron a ser medios de liberación sino medios para la dominación de seres humanos. El progreso del saber condujo al mismo tiempo a un creciente "desencantamiento del mundo"[7], unido a la idea de que la historia ha llegado a su fin[8]. Para quienes la vida perdió su sentido, también lo perdió la historia y, con ello, el papel de institución formativa que había desempeñado para la burguesía tras haber perdido ésta su fe religiosa. Con ello se puso también en duda la finalidad de la ciencia histórica.

Pero no sólo el sentido de la historia se ha vuelto problemático, sino también la posibilidad de acceder a un conocimiento científico histórico, es más, incluso la de acceder a un conocimiento científico cualquiera. Desde la sistematización de la crítica de fuentes por Ranke en los años veinte del siglo XIX hasta la utilización de métodos cuantitativos y de modelos teóricos por Robert Fogel en los años setenta de nuestro siglo, los historiadores han dado por supuesto que existe un objeto de la investigación histórica y que este objeto es accesible a los métodos de investigación científica. A esta certidumbre correspondía la rigurosa línea de delimitación entre el discurso histórico y el literario y la separación entre el modo de trabajo del historiador, que se entendía a sí mismo como científico, y el del escritor de historia popular, el cual consideraba su obra como literatura. Pero ya Nietzsche negó, en sus obras tempranas *El nacimiento de la tragedia* (1871) y *Sobre el provecho y perjuicio de la historia para la vida* (1874), tanto la posibilidad como la utilidad de la investigación histórica y de la historiografía científicas. Según Nietzsche, no sólo el objeto de la investigación queda condicionado por los intereses del historiador y por el punto de vista que le impone su época, cuyas concepciones proyecta desde el presente al pasado (en palabras de Goethe: "lo que llamas el espíritu de los tiempos es, en el fondo, nuestro propio espíritu"), sino que según Nietzsche, tampoco ha podido sostenerse la creencia, en la que se fundamentaba el pensamiento occidental desde Sócrates y Platón, de que existe una verdad objetiva que no está ligada a la subjetividad de los pensadores. Al igual que para Marx, el saber fue para Nietzsche siempre un medio de poder. Sin embargo, la confianza de Marx en que mediante el desenmascaramiento de los elementos ideológicos en la ciencia se pudiera llegar a un conocimiento objetivo, libre de ideologías, y a la emancipación, fue radicalmente rechazada por Nietzsche. La historia de la razón filosófica desde Sócrates le parecía una variante de la

irracionalidad, como un medio efectivo para afirmar la autoridad y el poder. Con ello negaba la primacía del pensamiento lógico, por ejemplo del pensamiento socrático, sobre el prelógico, es decir, el pensamiento mítico o poético.

Partiendo de esta base, en los últimos decenios cada vez más historiadores han llegado a la convicción de que la historia se halla más unida a la literatura que a la ciencia, de que "también Clío hace poesía"[9]. Así las cosas, en los últimos decenios se han cuestionado cada vez más los presupuestos fundamentales de la ciencia histórica, tal como se estableció en el siglo XIX. La idea de que en la investigación histórica no puede haber objetividad porque no existe ningún objeto de la historia ganó aceptación poco a poco. Con arreglo a esta idea, el historiador no escapa nunca de su mundo, y lo que él ve es configurado de antemano por las categorías del lenguaje en el que piensa. En última instancia, lo único que tiene consistencia es el texto con el que el historiador trabaja, pero no una realidad que vaya más allá del texto. Ese texto no ha de ser, necesariamente, una fuente escrita, también una cultura constituye un "texto". Y, como veremos con detalle más adelante, el texto no posee, para la nueva crítica histórica y literaria, un sentido único, pues no remite a una realidad unívoca, ni refleja, de forma igualmente unívoca, las intenciones de quienes lo redactaron.

Para comprender la crítica del carácter científico de la ciencia histórica debe tenerse en cuenta su fondo político y de crítica social. Es una crítica a la cultura y al modo de vida burgués, del cual también forman parte los conceptos de ciencia en los que se basan la investigación histórica y la historiografía institucionalizadas de los siglos XIX y XX. Lo burgués es percibido por sus críticos del siglo XIX, como Kierkegaard, Burckhardt, Nietzsche y Baudelaire, como una amenaza a la espontaneidad espiritual creativa, como nivelación, cosificación e insensibilidad. Más tarde, esta crítica cultural, o este pesimismo cultural, desempeñó también un importante papel en el pensamiento antidemocrático de la época hasta 1945.

Sin embargo, conviene ser prudente y no relacionar precipitadamente esta reacción a la modernidad con una "derecha" política. No es "de derechas", en el sentido convencional de una romántica nostalgia por un espíritu de solidaridad que se hubiese perdido en el anonimato de la sociedad moderna. En muchos aspectos, esta reacción supone una continuación de la crítica ilustrada al legado religioso del mundo occidental, hasta la consecuencia, desde su punto de

vista inevitable, de la muerte de Dios y de la consiguiente falta objetiva de sentido del mundo y de la vida humana. El último hombre —en *Así hablaba Zaratustra*, de Nietzsche— el cual ha inventado la felicidad, encarna valores de la sociedad burguesa: bienestar y prosperidad, igualdad de oportunidades y paz, valores vehementemente rechazados por una crítica "de derechas" que idealizaba el heroísmo, la lucha y, por ende, la guerra. Este rechazo implica una conciencia histórica que afirma una determinada forma de modernidad, una modernidad que renuncia a las concepciones tradicionales de cientificidad y progreso. Tras el cambio de siglo y, muy especialmente, en los años de entreguerra, de 1918 hasta 1939, esta actitud contó con una amplia representación internacional: Sorel, Spengler, D'Annunzio, Ortega y Gasset, Jünger, Heidegger, Eliot y Pound. Ellos buscaban una nueva comprensión del mundo que superara las categorías lógicas de la ciencia tradicional y preparara el terreno para un mundo nuevo, liberado del objetivismo y del racionalismo de la burguesía.

Esta crítica "de derechas" al mundo "burgués", que por su alianza o, al menos, afinidad con el fascismo y con el nacionalsocialismo quedó desacreditada después de 1945, carecería de importancia para nuestro estudio del pensamiento histórico y de la historiografía actuales, si después de 1945 y, de manera creciente después de 1960, no hubiera sido adoptada por críticos "de izquierdas". Al igual que con el término "derecha", debemos tener cuidado aquí al hablar de "izquierda". Lo que nos ocupa no es un marxismo que, en lo esencial, representaba los conceptos tradicionales de ciencia, crecimiento y progreso, sino una Nueva Izquierda que pone en duda estos conceptos. Ésta adopta de la crítica social "de derechas" antes descrita la convicción de que la ciencia no conduce al conocimiento objetivo, sino que constituye un medio de poder, de dominación de las masas por aquellos que pueden ejercer el poder. Rechaza esta dominación, pero sin compartir con la izquierda antigua, marxista, la confianza en que la historia sea un proceso de liberación. Para la Nueva Izquierda, el interés se centra en aquellos hombres a los que hasta ahora la historiografía no ha tenido en cuenta porque eran considerados como objetos de poder y no como factores de la historia. En conexión con ello surge un nuevo modo de comprender el poder. La historiografía marxista partía del supuesto de que el poder, centralizado, lo ejercen aquellos hombres que determinan la marcha del estado o de la economía. Para un espíritu

como Foucault, en cambio, el poder se manifiesta en las más diversas relaciones interpersonales, en el trato cotidiano entre el hombre y la mujer, el profesor y el niño, el médico y el paciente, etc. El lenguaje, la moral y la ciencia encarnan y determinan el poder.

Esta nueva comprensión de la sociedad exige una nueva comprensión de la historia, la cual, a su vez, requiere una reorientación de las ideas sobre las formas establecidas de la ciencia y la utilización de la ciencia. Si el objeto no son ya las instituciones centrales del estado y de la economía, la ciencia histórica ha de desarrollar nuevas estrategias de investigación que sean adecuadas para ocuparse con espíritu crítico de los muchos seres humanos en sus respectivas relaciones existenciales. Desde esta perspectiva resulta indispensable una revisión no sólo de los conceptos de ciencia, sino también de las concepciones del cambio histórico y del orden social en las que se basa la ciencia histórica tradicional. Existe ciertamente una notable discrepancia entre las afirmaciones teóricas de filósofos, sociólogos, críticos literarios y otros que reflexionan sobre la historia pero que no la escriben, y los historiadores, que por lo común no se preocupan tanto de las premisas teóricas de su trabajo. Mientras aquellos, partiendo de enfoques de teoría lingüística y textual, ponen en duda que los textos estén referidos a la realidad y, por consiguiente, también la necesidad de los métodos científicos, los historiadores continúan manejando científicamente sus fuentes, con una comprensión del método que no niega el concepto de racionalidad de la ciencia histórica tradicional, sino que lo amplía de forma significativa. No obstante, la discusión teórica debe tomarse en serio, precisamente porque, como veremos, influye en la práctica de los historiadores y porque ha conducido a un análisis crítico de los métodos y conceptos tradicionales. El principal propósito de este libro es el de examinar con espíritu crítico las ideas teóricas y la práctica efectiva de investigación y exposición de esta nueva aproximación a la historia, cuya importancia ha crecido notablemente en los últimos veinte años.

Primera parte

La ciencia histórica desde el historicismo clásico hasta la historia como ciencia social analítica

La transmisión del pasado existió y existe en todas las culturas. En el transcurso del tiempo ha adoptado diversas formas, entre las cuales la historiografía ocupa, tanto en el mundo occidental, incluido el islámico, como también en el Extremo Oriente, un lugar preponderante. En la cultura occidental —y, de modo similar, también en la del Asia oriental— la historiografía se esforzó ya tempranamente por diferenciarse del mito y de la poesía para así ofrecer una descripción veraz de los sucesos pretéritos. La *ciencia* histórica, por el contrario, es una manifestación del mundo occidental moderno; las sociedades no occidentales la adoptaron en el transcurso de su propia modernización.

El origen de la ciencia histórica coincide con el establecimiento de la historia como una asignatura que se enseña y se estudia en las universidades. Esta moderna asignatura "historia", que diferenciamos aquí de la larga tradición de la historiografía, no ha sido nunca una ciencia pura en el sentido, por ejemplo, de las matemáticas o las ciencias naturales. Pero ni siquiera en estos campos de la ciencia existe, —tal como demostró, entre otros, Thomas Kuhn—[1] con respecto a la historia reciente de la ciencia, un progreso puramente acumulativo del saber; antes bien, las grandes reestructuraciones del pensamiento, que han conducido a la creación de nuevos paradigmas, han estado siempre estrechamente relacionadas con las corrientes de pensamiento de su época. En la historia, ello se manifiesta más que en ninguna otra ciencia.

Esta observación no debe entenderse como un simple reduccionismo en el sentido de que el trabajo del historiador únicamente pudiera deducirse de factores sociales o de que se le pretendiese atribuir una función ante todo ideológica. Significa, sin embar-

go, que la ciencia, y, en especial, una ciencia que se halla tan estrechamente unida a los valores y a las intenciones humanas como la ciencia histórica, debe verse dentro del marco sociocultural y político en el que se desarrolla. Una historia de la ciencia histórica que sea puramente inmanente a lo científico no es posible. Si bien la reconstrucción de determinados hechos históricos puede comprobarse de forma incontestable sobre una base puramente técnica, este modo de proceder apenas será viable para las grandes conexiones históricas, las cuales confieren a aquéllos sentido y significado. Tal como ya se ha señalado en la introducción, la ciencia nunca puede ser reducida a los resultados del pensamiento o de la investigación, sino que es, a la vez, un modo de vida y de comportamiento que Pierre Bourdieu[2] ha dado en llamar "hábito". Este modo de vida exige que haya una comunidad de científicos provistos de todo un conjunto de prácticas de trabajo y de comunicación. Por ello, una historia de la ciencia histórica no puede separarse tampoco de las instituciones en las que se desarrolla el trabajo científico.

En esta primera parte de la exposición quiero examinar los cambios que se han venido produciendo en el concepto que los historiadores han tenido de sí mismos desde el siglo XIX, período en que la historia se estableció como disciplina científica, hasta el momento crítico en que muchos historiadores e historiadoras comenzaron a reflexionar de nuevo sobre el "status" científico de la ciencia histórica.

1. El origen de la historia como disciplina científica: el historicismo clásico

En los albores del siglo XIX se produjo en el mundo occidental una ruptura generalizada con el modo en el que hasta entonces se había venido investigando, escribiendo y enseñando la historia. A este respecto, lo decisivo era la transformación de la historia en una disciplina especializada —en Prusia, además, el hecho de que esta nueva disciplina se estableciera en la universidad, reorganizada en el transcurso de las reformas prusianas— [3]. Hasta entonces habían existido dos formas distintas de historiografía, una de orientación erudita y otra, la literaria. Estas dos formas se iban fusionando a medida que la historia dejaba de ser un género literario para convertirse en una disciplina especializada.

No era éste, sin embargo, un cambio abrupto. Los historiadores del nuevo estilo, representados sobre todo por Leopold von Ranke, consideran la historia como una ciencia, si bien continúan convencidos de que la exposición histórica debe seguir unos criterios literarios. Como subraya Ranke, la historia debe unir la ciencia y el arte[4]. Los grandes historiadores de lengua alemana del siglo XIX —Ranke, Burckhardt, Gervinus, Droysen, Treitschke y Mommsen— se esfuerzan a conciencia por escribir, como buenos autores literarios, para un amplio público culto, por lo que tampoco es casual que Mommsen recibiera, en 1902, el premio Nobel de literatura.

Como disciplina científica, la historia tenía, desde el principio, mucho en común con otras ciencias, también con las ciencias naturales, tal como venían surgiendo desde el siglo XVII, si bien los historiadores no han dejado nunca de subrayar la diferencia que separa su ciencia de las ciencias naturales. Las ciencias modernas presuponen un marco social, una *scientific community*[5], cuyos integrantes deben haber llegado a un acuerdo acerca de las reglas a seguir en la investigación y en el discurso científico. Ello es válido incluso para las instituciones científicas que nacieron ya en el siglo XVII, entre ellas las academias. En las postrimerías del siglo XVIII y, muy especialmente, en el siglo XIX, son entonces las universidades las que, como lugares en los que la investigación se une a la enseñanza, desempeñan el papel más importante[6]. Para el origen de la ciencia histórica resulta decisiva la moderna universidad alemana, cuyo prototipo sería la universidad de Berlín, fundada en 1810, durante la época de las grandes reformas prusianas. La nueva disciplina denominada "historia" refleja también el ambiente político y cultural en el que nace: un moderno orden social, en el que la sociedad burguesa, tal como la concebía Hegel, ha quedado integrada en un estado monárquico burocrático. Dentro de este marco surgió una determinada concepción de la ciencia, el historicismo clásico, que, si bien se hallaba estrechamente unido al ideario político y filosófico de la Ilustración, al mismo tiempo lo examinaba con ánimo crítico[7].

El concepto de "historicismo" tiene muchos significados[8]. Se utiliza primero durante el romanticismo como concepto opuesto a "naturalismo"[9] para diferenciar la historia, hecha por los hombres, de la naturaleza, que los hombres no hacen. Desde finales del siglo XIX el concepto es empleado con frecuencia y definido de diversas formas, por un lado como visión del mundo y, por otro, como método[10], si bien ambas interpretaciones se hallan inseparablemente

ligadas entre sí. Como visión del mundo, "historicismo" significaba que la realidad sólo puede ser comprendida en su desarrollo histórico, por lo que toda ciencia del hombre debe partir de la historia. Formulado de un modo extremo: "[...] el hombre no tiene [...] naturaleza, sino que tiene historia"[11]. Visto así, también la filosofía de Hegel y el materialismo histórico de Marx son manifestaciones del historicismo, aunque en la tradición alemana no hayan sido entendidos como tales.

En Alemania el concepto de "historicismo", tal como fue definido por Meinecke, significaba a la vez una visión del mundo y una concepción de la ciencia que, a diferencia de la creencia hegeliana o marxiana en la existencia de unas leyes o regularidades en la historia, subrayaba los elementos espontáneos e imprevisibles de la libertad y creatividad humanas. Estos elementos exigen una lógica de la investigación y de la comprensión de las interconexiones humanas sustancialmente distinta de la de las ciencias naturales[12].

Al igual que el pensamiento de Hegel y de Marx, esta visión va unida a un fuerte optimismo, a la confianza en que aquello que ha tenido un crecimiento histórico, es decir, ante todo el mundo de la moderna cultura europea, posee sentido y valor.

El economista vienés Carl Menger suscita controversia cuando, en 1884, utiliza el concepto de "historicismo" en su disertación *Die Irrtümer des Historismus in der deutschen Nationalökonomie* ["Los errores del historicismo en la economía nacional alemana"], una crítica a la Escuela Histórica prusiana de Economía Nacional. Le reprocha (como haría Max Weber algunos años más tarde de modo parecido[13]) que, mediante un modo descriptivo de exposición histórica, impida, según él, la clara formación de conceptos, la cual supondría, a su entender, lo esencial de toda cientificidad. Para Meinecke, en cambio, precisamente la insistencia en lo singular, en aquello que se resiste a toda conceptualidad abstracta, representa "el más elevado nivel alcanzado hasta el momento en la comprensión de lo humano"[14], en el cual él ve la aportación particular que el espíritu alemán ha hecho a la cultura de occidente. Otros pensadores historiadores como J.G. Droysen, Wilhelm Dilthey, Wilhelm Windelbrand y Heinrich Rickert no fueron, sin embargo, tan lejos en su anticonceptualidad como Meinecke. Ellos destacaban la independencia de la historia como ciencia cultural o del espíritu, cuyo objetivo no es la formulación de unos modelos de explicación abstractos, sino la "comprensión" de unidades de sentido individua-

les. Ello requiere, según estos historiadores, una forma especial de conceptualidad que tenga adecuadamente en cuenta la plenitud de sentido de la existencia humana[15].

Para el historicismo clásico son de máxima importancia tanto esta insistencia en la independencia del pensamiento histórico, como la confianza en que el mundo histórico tenga un sentido, por lo que la historia contendría la clave de acceso más importante a la cultura europea. Si bien la discusión teórica no tiene lugar hasta mucho más tarde, este historicismo constituye la base de la concepción de la ciencia y de la práctica científica de la ciencia histórica que nace en la universidad alemana a comienzos del siglo XIX.

Leopold von Ranke es considerado el prototipo y representante más significativo del historicismo clásico. Mediante la consideración del marco social, cultural y político en el que se originaron las concepciones de Ranke, quiero investigar en qué consistían los fundamentos de esa concepción y práctica de investigación, fundamentos de los que Ranke y sus sucesores sólo tenían una conciencia muy limitada.

La concepción científica de Ranke se caracteriza por la tensión que existe entre la exigencia explícita de una investigación objetiva que rechaza rigurosamente todo juicio de valor y especulación metafísica, y los supuestos filosóficos y políticos fundamentales, implícitos, que en realidad determinan esa investigación. Para Ranke, la investigación científica se hallaba muy estrechamente vinculada al método crítico. Una condición previa para cualquier investigación era la sólida formación en los métodos de la crítica filológica. Para el historiador como científico, "la rigurosa exposición del hecho [...] era el primer precepto"[16]. Una historiografía así no puede confiar en la credibilidad de otras narraciones, tal como había sido habitual hasta entonces; antes bien, sus afirmaciones deben basarse en un análisis crítico de testimonios oculares o documentos de la época fiables. Una formación escrupulosa en el examen crítico de las fuentes —lo cual exige un sólido conocimiento no sólo de las lenguas en cuestión, sino también de las ciencias auxiliares de la historia— era una condición previa para ocuparse científicamente de la historia. Insistiendo en el método, Ranke se entendía a sí mismo como científico en el más estricto sentido de la palabra. Pero este modo de ver las cosas excluía, a la vez, un positivismo factual que no fuera más allá de los hechos en sí, pues para Ranke el hecho era algo sumamente complicado, ya que, a su entender, poseía, como expresión de la vida humana,

naturaleza espiritual, por lo que sólo podía ser comprendido dentro de un conjunto de significados. Por ello, la "misión" de la historia se orienta no sólo "hacia la recopilación y articulación de los hechos", sino también "hacia la comprensión de los mismos"[17].

Pero esta "comprensión" sólo es posible porque existe una interrelación objetiva que confiere a los hechos su sentido. El concepto de "objetividad" es aquí ambiguo, sin que Ranke fuera plenamente consciente de ello. Por un lado, objetividad significa el método neutral e "imparcial" del historiador[18]. El historiador no debe atreverse a "juzgar el pasado", sino limitarse a la exposición de los hechos. Por otro lado, Ranke está convencido de que estos hechos reflejan "conexiones objetivas, fuerzas espirituales, creativas, que engendran vida, [...] energías morales"[19].

Al contrario de la filosofía histórica hegeliana, Ranke y, después de él, el historicismo clásico, rechazan la idea de un desarrollo causado por la razón hacia un objetivo, es decir, el progreso, y ven en cada período histórico la consumación del tiempo. Como para Hegel, el estado es para Ranke el hilo rojo de la historia reciente. Y, como Hegel, considera los estados, en los cuales ve "ideas de Dios"[25] individualizadas, encarnaciones de potencias éticas. Dado que, según Ranke, el estado debe contemplarse como un individuo cuyo desarrollo, como el de un organismo, viene determinado por unos principios internos de crecimiento, todo intento de analizar sus acciones en conexión esencial con otros factores —sociales, económicos y culturales— aparece como antihistórico. Existe una viva contradicción entre la insistencia de Ranke en que todo orden debe entenderse dentro de su contexto histórico y su aceptación de un orden natural, jerárquico, en el fondo poco histórico, como estado normal en todas las sociedades. (Él mismo seguramente habría impugnado esta afirmación.) Condena a los campesinos en la Guerra de los Campesinos alemana porque cuestionaban ese orden natural[21], y condena asimismo todos los esfuerzos revolucionarios, y en gran medida también los reformistas, por transformar una sociedad existente. Aparece otra contradicción, no menos extraordinaria, entre la célebre frase de Ranke, según la cual "cada época equidista de Dios"[22], y su confianza en que el mundo protestante monárquico de la Edad Moderna represente un momento culminante en el desarrollo histórico. Desde este punto de vista niega luego que los pueblos no europeos, incluidos los indios y los chinos, tengan una historia propiamente dicha[23]. Esta fe en la continuidad

y estabilidad de la civilización burguesa moderna constituye un componente integrante del historicismo clásico y de su historiografía.

La concepción de la ciencia de Ranke era, en lo esencial, también la de Wilhelm von Humboldt cuando se fundó la Universidad de Berlín en el año 1810. En ella, se distinguía entre la ciencia y la vieja erudición, tal como predominaba en la universidad alemana y en otros países hasta la mitad del siglo XVIII. La nueva universidad nació en relación con la transformación política y social de Prusia tras la derrota militar ante la Francia napoleónica. Esta revolución desde arriba, como ha sido llamada muchas veces, propició el surgimiento de una "sociedad burguesa" bajo los auspicios de un absolutismo burocrático, tal como la describió Hegel en su filosofía del Derecho[24]. La universidad debía servir a las necesidades de la burguesía y del estado burocrático monárquico, y para ello también hubo que modernizar su plan de estudios. Al igual que ya en el siglo XVIII, formaba a funcionarios del estado, pero ahora también debía servir a la formación en profesiones que, bajo las nuevas condiciones sociales, podían considerarse como profesiones liberales. Los estudios universitarios debían unir los saberes técnicos con una formación humanística. En el siglo XVIII, con el nacimiento de un público burgués, ya se había impuesto la idea de que el fin de la escuela, de la enseñanza media y de la carrera universitaria no era la erudición, sino la formación espiritual y estética completa del individuo. Ésta era, pues, también la idea fundamental de la reformas de Humboldt. Para Ranke ello significaba que la historia era algo más que la reconstrucción factual del pasado; era un bien cultural en sí mismo. Ello implicaba que, pese a todos los esfuerzos científicos, no se podía abandonar la simbiosis que existía entre el arte literario y la veracidad, simbiosis que caracteriza la gran tradición historiográfica desde Tucídides hasta Gibbon.

La concepción de ciencia que representaba Ranke y que se iba imponiendo en las universidades alemanas se apoyaba en los valores políticos y culturales de una cultura burguesa. Desde la Ilustración, el enfoque de esa cultura se fundaba en el empeño por superar las barreras de la sociedad estamental del Absolutismo ilustrado. Las reformas prusianas eliminaron en gran medida esas barreras, al menos en el plano social y económico, y crearon las bases de un orden burgués. Pero las reformas de la enseñanza media y universitaria no estaban concebidas, ni mucho menos, para que fueran democráticas. El plan de estudios humanístico no sólo acrecentaba el abismo que

mediaba entre la burguesía instruida y el pueblo llano, sino que también creaba una clase de funcionarios estatales de rango superior, que Fritz Ringer[25] comparó con los mandarines chinos y cuya formación en los textos clásicos, precisamente porque en ellos no se trataban las leyes prácticas de la vida, debía conferir a esta clase un distanciamiento y una primacía social. Al orden objetivo se le identificaba, como hizo Ranke de modo tan explícito[26], con las relaciones de posesión y poder reinantes. El estado que había surgido de la Revolución Francesa, incluso aunque no fuese la consecuencia sino la reacción a la revolución, representaba el orden social burgués y la cultura burguesa. De ahí también la concentración de Ranke en el estado y —pese al rechazo de toda filosofía formal de la historia— su fe firme en el carácter benéfico de la evolución histórica, al menos desde la Reforma. Detrás de la apelación a la objetividad no sólo se escondía toda una metafísica, sino también una ideología que abarcaba a la sociedad, al estado y a la cultura y que precisamente impedía una aproximación "objetiva", es decir, imparcial, a la historia[27].

Por de pronto, Ranke no era, en modo alguno, un exponente típico de la historiografía alemana y, menos aún, de la internacional, pero abría nuevas perspectivas. Entre los historiadores de antes de 1848, su concepción de la ciencia histórica y su práctica de investigación eran más bien una excepción. Los seminarios en los que los futuros historiadores se instruían en los métodos de la crítica de textos (se remontan hasta el historiador Gatterer, de Göttingen, y a los años setenta del siglo XVIII, pero fue Ranke quien los introdujo como parte integral de la carrera) se fueron imponiendo muy lentamente antes de 1848, mientras en Francia y en los EE.UU hubo que esperar hasta las reformas universitarias de los años setenta del siglo XIX.

El interés en la educación histórica incluso antes de 1848, no se hallaba limitado, ni mucho menos, a Alemania. Si se toma como referencia el papel que el historiador desempeñaba en la vida pública y política, en Francia la trascendencia de la historia era, muy probablemente, incluso mayor que en Alemania. Baste recordar a François Guizot, Jules Michelet, Louis Blanc, Alphonse de Lamartine, Alexis de Tocqueville, Hyppolite Taine y Adolphe Thiers[28]. Ello tal vez se deba a que en Francia la historiografía tenía una naturaleza menos científica y la universidad no la aislaba del público culto en general. También aquí se fue imponiendo poco a poco una aproximación

crítica a las fuentes; sin embargo, en Francia se evitó a conciencia la disociación entre literatura e historiografía científica, la cual, con todo, no era tampoco una disociación absoluta en Ranke. Los historiadores franceses continuaron también muy conscientemente con la historiografía cultural de la Ilustración, cosa que en Alemania hacía, a lo sumo, Georg Gervinus[29]. En Francia, el estado era equiparado ahora a la nación.

La diferencia entre la Revolución Francesa, que había demolido el aparato de poder de la vieja monarquía y de la aristocracia, y las reformas que se emprendieron dentro de las instituciones que existían en Alemania, se refleja en las respectivas opiniones políticas de los historiadores franceses y alemanes. A excepción del socialista Louis Blanc y del inquieto Alexis de Tocqueville, la mayoría de los historiadores franceses veían la historia, de modo parecido a sus colegas alemanes, como un triunfo de la burguesía. Incluso si, como en Michelet[30], el pueblo en sí es concebido como burguesía, ésta continúa siendo una capa definida por su cultura y sus posesiones, de la cual quedan excluidos políticamente el resto de la población y, como si fuera evidente, también las mujeres. La insistencia en el elemento burgués caracteriza también la historiografía en otros países europeos y en los Estados Unidos.

La institucionalización de la historiografía y su transformación en ciencia se impone muy rápidamente en el mundo germanohablante después de 1848, y en otros países después de 1870[31], si bien en Gran Bretaña y en los Países Bajos se observa un retraso de dos generaciones. En el proceso de formación de la disciplina científica, la universidad alemana servía de modelo y ejemplo para la práctica científica y para la organización de la investigación en muchos países europeos y, en un número creciente, también extraeuropeos. Ello pese a que las condiciones y las tradiciones del trabajo científico, por ejemplo en América o en Francia, donde la profesionalización de la disciplina según el ejemplo alemán prosperó rápidamente a partir de 1870, eran muy distintas de las que había en Alemania. El contexto social e intelectual se diferenciaba allí claramente del de la época de la restauración prusiana en la que había surgido esta ciencia. Pero a medida que la profesionalización general de la disciplina "historia" prospera, las instituciones y prácticas de la investigación alemana son imitadas. Ya en la primera mitad del siglo XIX surgieron, casi simultáneamente con las grandes ediciones de fuentes alemanas, empresas similares en Francia e Inglaterra, y antes incluso en Italia.

A la fundación de la *Historische Zeitschrift* (1859) siguen la *Revue Historique* (1886), la *English Historical Review* (1889), la *Rivista storica italiana* (1884), la *American Historical Review* (1896) y otras revistas parecidas en otros países. La asociación americana de historiadores, (The American Historical Association), fundada en 1884, elige en 1885 a Ranke, "the father of historical science" ["el padre de la ciencia histórica"], como su primer miembro honorífico. La reorganización de la universidad francesa después de 1870 se atiene en muchos aspectos al patrón alemán. En todos estos países, los historiadores adoptan importantes elementos de la práctica científica alemana, aunque sin entender del todo o intentar comprender las convicciones filosóficas y políticas fundamentales que a ellos se asocian[32].

Resulta paradójico que en todas partes (no sólo en Alemania), la transformación en ciencia en el siglo XIX vaya estrechamente unida a una ideologización de la historia. Transformación en ciencia no significa en modo alguno, como ya se ha visto en Ranke, objetividad en el sentido de una neutralidad política. En su lugar, la ciencia es puesta al servicio de las aspiraciones nacionales y burguesas. En Alemania esto se observa particularmente en el surgimiento de la escuela prusiana, cuyos representantes —por ejemplo Johann Gustav Droysen, Heinrich von Sybel y Heinrich von Treitschke— interpretaban el pasado con arreglo a sus intereses políticos[33]. También el llamamiento de los neo-rankeanos[34], a finales de siglo, a un retorno a la objetividad e imparcialidad de Ranke pasa por alto las premisas políticas en las que se apoya la historiografía de éste. Por lo demás, la apelación a su concepto de las Grandes Potencias se convierte para los neo-rankeanos en la base para justificar la política mundial expansiva del Imperio Alemán. Lo que distingue la evolución en Alemania de la de los países occidentales es el papel central de la autoridad en la instauración de un orden político moderno. Pero como ya se ha dicho, al igual que en Alemania, la ciencia histórica tiene también en otros países una función decididamente política. En Francia, la profesionalización de la disciplina "historia" corre pareja con la disputa nacional con Alemania y con la legitimación de la Tercera República[35], y como en Alemania, el estado, garante de la cultura burguesa, ocupa en la historiografía de otros países el centro de la investigación, aún cuando en esos países sea contemplado en un contexto de tradiciones distinto.

Paralelamente se inicia por aquel entonces, también en Alemania, una evolución completamente distinta. Con la progresiva

institucionalización de la enseñanza y de la investigación y el consiguiente apremio por la especialización, se pierde poco a poco la estrecha relación que unía la ciencia con la formación cultural, relación que caracterizaba, de un modo general, a la gran historiografía política del siglo XIX.

2. La historia como ciencia social

a. La crisis del historicismo clásico

El enfoque científico-cultural de la investigación histórica y de la historiografía del siglo XIX debe verse en el contexto de las condiciones sociales y políticas de una época, en la que por un lado se imponía el sistema económico capitalista, pero en la que por otro aún no era perceptible toda la magnitud de una sociedad industrial. Hacia el final del siglo XIX se acentúa una insatisfacción, antes sólo observada en ocasiones, con el concepto de ciencia y con la práctica científica que se había impuesto internacionalmente en la investigación histórica y en la historiografía. En Alemania, Francia, Estados Unidos y en otros países se entabla una viva discusión acerca de los fundamentos de la investigación histórica y de la historiografía, los cuales se pretende que correspondan a las nuevas condiciones sociales y políticas[36]. Pero no existía ningún concepto de ciencia homogéneo que pudiera servir como alternativa a la práctica tradicional, aunque sí la convicción de que habría que ampliar el objeto de la historia para acercar la sociedad y la cultura al centro de la contemplación histórica, y de que la investigación histórica debería trabajar con un concepto de ciencia que ofreciera unos criterios metódicos rigurosos no sólo para la investigación de los hechos, sino también para el reconocimiento y la explicación de las interrelaciones históricas; concepto que, por lo tanto, enlazara la historia con la concepción de una ciencia social empírica.

En Alemania esta discusión estalló con la controversia que suscitó la *Deutsche Geschichte* ["Historia alemana"] de Karl Lamprecht, cuyo primer volumen apareció en 1891[37]. Lamprecht cuestionaba dos principios fundamentales de la ciencia histórica establecida: el papel central del estado en la exposición histórica y la narración referida a las personas. "En la ciencia natural, la época del método de descripción de los fenómenos que únicamente se distingue por determinadas

características llamativas e individuales, está superada desde hace tiempo"[38], afirmaba. Según él, también la ciencia histórica debería sustituir el método descriptivo por uno genético. La *Deutsche Geschichte* tuvo muy buena acogida entre el gran público, pero topó con la violenta réplica de la ciencia especializada. En dos aspectos la crítica estaba seguramente justificada. En primer lugar el libro estaba sembrado de errores e inexactitudes. De ello se podía deducir ciertamente que el trabajo había sido realizado con rapidez y poco esmero, pero eso no necesariamente ponía en tela de juicio las tesis de la obra. En segundo lugar, sin embargo, desde el punto de vista de una racionalidad estrictamente científica, tampoco las tesis eran sostenibles. En sus escritos programáticos, Lamprecht distinguía entre las "viejas tendencias de la ciencia histórica", que se dedicaban a la estricta investigación de los hechos, pero que no poseían ningún método científico para la aprehensión de interrelaciones más amplias, y las "tendencias nuevas", que, como cualquier ciencia, se aproximaban al objeto de su investigación conscientemente con planteamientos teóricos y principios metodológicos[39]. La idea de una historia científica se basaba en la suposición —Lamprecht la calificó de metafísica— de que detrás de las manifestaciones históricas se ocultaban "ideas", que conferirían a la historia su coherencia. La "nueva" ciencia histórica debía equiparar la historia a las ciencias empíricas sistemáticas. Pero, en la *Deutsche Geschichte,* Lamprecht trabajaba con una psicología colectiva en la que se ocultaba la difusa idea, tomada del pensamiento organológico del Romanticismo, de un "alma del pueblo" alemana. Ello hizo que Max Weber, que apoyaba enteramente un enfoque sociohistórico y empírico, sociocientífico, considerara la *Deutsche Geschichte* de Lamprecht como disparate especulativo y observara: "(Lamprecht) tiene sobre su conciencia el que una buena causa, a saber, una más decidida orientación del trabajo histórico hacia el campo de la creación de conceptos, haya quedado comprometida para decenios"[40].

Sin embargo, en la oposición a Lamprecht desempeñaron también un importante papel los motivos políticos. A los ojos de los representantes de la disciplina, la ciencia histórica, tal como se había desarrollado en las universidades alemanas en el siglo XIX, y la concepción de la historia, en la que se basaba aquella, se hallaban estrechamente relacionadas con la particular evolución de Alemania hacia un estado que unía los intereses de la autoridad con los de la alta burguesía. Ya poco antes de que se iniciara la polémica en torno

a Lamprecht, había habido una violenta discusión entre Dietrich Schäfer, que defendía los pareceres extendidos en el gremio de los historiadores, y Eberhard Gothein, quien quería incluir en la investigación histórica y en la historiografía aspectos histórico-sociales e histórico-culturales[41]. Para Schäfer, el estado se hallaba en el centro de la historia, y el estado alemán, tal como lo había creado Bismarck, le servía de prototipo. Para él, sin el estado como hilo conductor no había historia. Pero dado que concebía el estado como una concentración de poder y contemplaba por consiguiente la política exterior como el elemento más influyente de la política, rechazó como antihistórico cualquier intento de analizar esta política desde el punto de vista de la política interior.

Lamprecht era, sin lugar a dudas, cualquier cosa menos un revolucionario. No estaba, en modo alguno, en contra del orden monárquico establecido ni de los objetivos de política mundial del Imperio Alemán. Antes bien pretendía, como muchos de sus contemporáneos, reforzar y modernizar el Imperio como potencia mundial mediante la integración en él de los alienados obreros. Aún así, en su *Deutsche Geschichte* ["Historia alemana"] se podía observar una aproximación a una concepción materialista, en algún aspecto incluso marxista[42], que cuestionaba el papel central del estado y, por consiguiente, el orden político y social que reinaba en el Imperio Alemán.

Este rechazo casi unánime hacia Lamprecht y la historiografía social y cultural en general tenía que ver, entre otras cosas, con la constitución e institucionalización de la disciplina "historia" en Alemania, cuyos representantes, al reclutar entre los jóvenes las nuevas generaciones de profesores de enseñanza media y universitaria, insistían en gran medida en la conformidad política e ideológica[43]. Por consiguiente se produjo un ataque masivo de los historiadores establecidos contra Lamprecht. El resultado no sólo fue que Lamprecht quedara aislado como historiador, sino también que en la disciplina "historia" los enfoques sociohistóricos quedaran obstaculizados e impedidos por mucho tiempo, a diferencia de disciplinas históricas vecinas, como la economía nacional o la sociología. A lo sumo en la historia regional, la cual no cuestionaba tan directamente el orden político nacional, pudo haber un desarrollo fructífero de los enfoques histórico-sociales y culturales.

El marco político totalmente diferente en Francia y en América explica, hasta cierto punto, la mayor receptividad en estos países

hacia los esfuerzos por establecer una relación más estrecha entre la historiografía y las ciencias sociales. Mientras en Alemania la historia social se veía obligada a pasar a la defensiva, en Francia fue la sociología la que conducía el combate contra la investigación histórica universitaria tradicional. En su *Cours de science sociale* ["Curso de ciencia social"], Emile Durkheim negó en 1888 a la historia el rango de ciencia, precisamente porque se ocupaba de lo especial y, por ello, no podía llegar a las afirmaciones generales, empíricamente comprobables, que constituían el núcleo de un modo de pensar científico. A lo sumo, la historia podría ser una ciencia auxiliar que proporcionara información a la sociología. Como opinaba el economista François Simiand, fuertemente influenciado por Durkheim, la unión de historia y ciencias sociales era posible a lo sumo en la historia económica[44]. Esta subordinación de la historia a la sociología fue aceptada por muy pocos historiadores incluso en Francia, pero la ampliación del objeto de la historia a la sociedad, la economía y la cultura, y el acercamiento de la historia a las ciencias sociales empíricas sí fueron tomadas más en serio que en Alemania. En 1900 el filósofo Henri Berr fundó en París, precisamente con este propósito, la revista *Revue de synthèse historique,* la cual debía servir como un foro internacional para la discusión crítica y en el que también intervinieron los participantes en la discusión teórica alemana, entre ellos Heinrich Rickert y Karl Lamprecht. En América se inició una discusión parecida entre los historiadores que no compartían ni las ambiciones histórico-filosóficas de Lamprecht ni las concepciones cientificistas de Durkheim, pero que, sin embargo, estaban convencidos de que una ciencia histórica moderna debía ocuparse más de la sociedad y, al mismo tiempo, empezar a intimar más con los métodos sociocientíficos.

Si en la campaña contra Lamprecht en Alemania la defensa contra la temida democratización fue una idea dominante, en América el interés por una "Nueva historia" (*New History*) iba unido al esfuerzo por escribir la historia para una sociedad democrática moderna. De esta unión eran conscientes los historiadores que se autodenominaban *progressive historians* ["historiadores progresistas"] y se identificaban con los objetivos de la "era progresista" de los primeros años del siglo XX en América[45]. El carácter universal de esta nueva postura ante la historia se puso de manifiesto en 1904, en la exposición universal de St. Louis, donde historiadores de Norteamérica y Europa, entre ellos los futuros representantes de la

New History en los EE.UU., Frederick Jackson Turner y James Harvey Robinson, así como el alemán Karl Lamprecht, abogaban por la historia como una ciencia interdisciplinar.[46]

En oposición a la historia política tradicional, que pese a las variantes nacionales y políticas tenía una idea homogénea de la temática y del método de la historia, en la nueva historia social había tendencias muy distintas entre sí. Pero todas ellas tenían en común la idea procedente del historicismo clásico según la cual la historia era una ciencia orientada hacia una realidad objetiva que procedía de un modo estrictamente metódico. Sus representantes también seguían creyendo en un tiempo de progresión lineal, que confiere a la historia su coherencia y hace que sea posible ocuparse de ella científicamente. Continuaban siendo, plenamente conscientes de ello, historiadores de profesión, con todas las consecuencias que ello entrañaba para su modo de pensar y trabajar.

Quiero resaltar aquí cuatro tendencias: una que aplicaba los métodos tradicionales de crítica de textos a la historia social, una segunda que pretendía convertir la historia en una sociología histórica; una tercera —que, bien es cierto, no alcanzó relevancia hasta después de la II Guerra Mundial—, para la cual los modelos abstractos de la economía se convirtieron en patrones para una ciencia histórica cuantificable y orientada a la teoría, y, finalmente, la "Escuela de los Annales", que hizo saltar el marco establecido al poner radicalmente en duda el concepto de tiempo con el que trabajaban las demás tendencias al igual que el historicismo clásico.

De la iniciativa alemana en pos de una historia económica y social se derivaron importantes impulsos para la investigación internacional. Mientras la *Revue de synthèse* de Henri Berr se ocupaba sobre todo de cuestiones teóricas y metodológicas, la *Vierteljahrzeitschrift für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte* ["Revista trimestral de historia social y económica"], fundada en 1893 por científicos vieneses, se convirtió en la revista internacional para la historia social que trabajaba con el método de la crítica de fuentes. Con todo, el centro de la atención lo ocupaba la historia constitucional y administrativa. Un papel nada desdeñable lo desempeñaba el empeño por proyectar sobre el pasado el moderno estado autoritario de procedencia prusiana; es el caso de Georg von Below, el editor alemán de la *Vierteljahrzeitschrift*, después de 1903[47]. En Francia la historia social se zafó, en los trabajos de Henri Hauser sobre las condiciones de vida de los obreros medievales y modernos[48], de la

estrecha visión del estado. Mencionemos aquí todavía *La Franche Comté sous Philippe II* ["El Franco Condado bajo Felipe II"] (1912) de Lucien Febvre. Fue la primera gran obra que, diecisiete años antes de la fundación de la revista *Annales*, emprendió el intento de escribir una historia exhaustiva de una región basándose en el análisis cuidadoso de fuentes no sólo políticas, sino también económicas, religiosas, literarias y artísticas.

b. La historia económica y social en Alemania

El primer impulso para una historia social que se ocupara seriamente de los problemas desencadenados por la industrialización fue la Nueva Escuela Histórica de Economía Nacional en Alemania, cuyo representante más significativo fue Gustav von Schmoller. Tomó del historicismo clásico la convicción de que la economía no era determinada por leyes estrictas, universales y expresables en fórmulas matemáticas, tal como afirmaban la economía política clásica inglesa y escocesa y el teórico de la economía vienés Menger, sino que aquélla sólo podía ser comprendida históricamente y dentro del marco de valores e instituciones de un pueblo. La "Escuela de Schmoller" adoptó de la práctica científica del historicismo clásico alemán aún dos elementos más: la insistencia en el papel central del estado y los métodos de la crítica de fuentes. La escuela se identificaba con la monarquía de los Hohenzollern, pero —a diferencia de la socialdemocracia— veía también la posibilidad y necesidad de integrar a los obreros en el estado. De esta escuela surgieron los primeros grandes estudios empíricos acerca de las condiciones de vida de los obreros industriales de la época, pero también esmerados trabajos sobre la artesanía en el medievo[49]. En esta tradición, si bien independientemente de ella, nació la obra *Deutsches Wirtschaftsleben im Mittelalter* ["La vida económica alemana en la Edad Media"] (1884-85) de Lamprecht: el intento de aprehender la estructura económica y social y la mentalidad —en el subtítulo Lamprecht habla de la "cultura material"—[50] de una región, la del Mosela. Para el desarrollo de la historia económica y social esta intensa ocupación de Lamprecht con una región fue de mayor relevancia que su *Deutsche Geschichte*, la cual, si bien causó sensación, en su pretensión de señalar unas supuestas regularidades o leyes sociopsicológicas resultaba altamente especulativa.

Ciertamente, estos historiadores sociales y económicos

ampliaban el objeto de la historia más allá de la política y la cultura espiritual, para englobar en él también a la sociedad y a la economía, y, sin embargo, adoptaron de los historiadores políticos elementos sustanciales del concepto de ciencia. Para Schmoller, así como para el francés Hauser y el belga Pirenne, —éste último el más importante intermediario entre la historiografía social alemana y la francesa— la cientificidad de su historiografía seguía consistiendo en la evaluación crítica de las fuentes que servían de base a su exposición. En Schmoller, no obstante, esta exposición aparecía unida a una doctrina evolutiva de estadios, cuyo carácter especulativo se contradecía hasta cierto punto con su cuidadoso trabajo sobre las fuentes. De un modo general puede decirse que los trabajos de Schmoller y de la Nueva Escuela Histórica de Economía Nacional se apoyaban en unas premisas teóricas y metódicas que nunca fueron explicitadas por ella de un modo crítico o sistemático.

Para un creciente número de historiadores sociales, este irreflexivo modo de trabajar no era suficiente. Wilhelm Dilthey, Wilhelm Windelband y Heinrich Rickert ya habían distinguido a finales del siglo XIX entre las ciencias del espíritu* o ciencias culturales, cuyos procedimientos se basaban en la individualización y la comprensión —y a las que, a su parecer, pertenecía también la ciencia histórica— y las ciencias naturales, cuya meta era la explicación con arreglo a regularidades o leyes universalmente válidas. Al mismo tiempo insistían, sin embargo, en que las ciencias del espíritu o ciencias culturales, para poder reclamar el rango de ciencia, necesitaban, como cualquier ciencia, de una conceptualidad rigurosa que, por otra parte, debía dar cuenta de la significación de los fenómenos espirituales y culturales.

Para las ciencias históricas fueron importantes Otto Hintze y Max Weber, representantes de una corriente de investigación que tiene su origen en la práctica científica de la Nueva Escuela Histórica de Economía Nacional, pero que aspira a lograr una conceptualidad precisa y que une a ello la comprobación crítica de las premisas metódicas y teóricas de esa práctica. En la controversia en torno a Lamprecht, Otto Hintze desempeñó un papel de mediador[51]. Mien-

* Aunque habitualmente traducimos *Geisteswissenschaften* por ciencias culturales o ciencias humanas, hemos empleado aquí "ciencias del espíritu" para recoger así el término de la traducción castellana de la clásica obra de W. Dilthey *Einleitung in die Geisteswissenschatften* [*Introducción a las ciencias del espíritu*, México, F.C.E., 1949.] (N. del Trad.)

tras los críticos de la *Deutsche Geschichte* de Lamprecht apelaban a menudo al concepto de Wilhelm Windelband de la historia como una ciencia cuyo modo de proceder se basaba únicamente en la individualización, Hintze resaltaba que, a la vez, la historia tenía que vérselas con fenómenos colectivos, los cuales no podían ser aprehendidos sin recurrir a conceptos abstractos. Dado su carácter especulativo, la construcción histórico-filosófica de Lamprecht resultaba inaceptable, pero no así su esfuerzo por aprehender las condiciones sociales mediante conceptos. Desde el punto de vista de que sin una estricta conceptualidad la cientificidad no era posible, Max Weber criticaba a Knies, Roscher y Schmoller, los representantes de la Escuela Histórica de Economía Nacional[52], quienes partían del supuesto de que la exposición de un proceso histórico era ya científica por sí misma. Por otra parte, Hintze y Weber coincidían con el historicismo clásico en su afirmación de que toda sociedad constituía un entramado de significados y valores que había de ser comprendido en su concreticidad. De ahí el llamamiento de Weber en busca de una "verstehende Soziologie" ["sociología comprensiva"*][53]. Pero para Weber, comprender no significa, como en la tradición de Ranke, Droysen o Dilthey, un acto intuitivo de "compenetración intuitiva" inmediata o de "experiencia", sino un proceso altamente racional. "Comprender" no excluye, de ningún modo, la "explicación" ni, por consiguiente, el análisis.

Para Weber, y también para Hintze, la distancia que mediaba entre la sociología y la historia no era tan grande como para el historicismo clásico. En sus comienzos en Francia y en América, la sociología era asociada a menudo a una ahistórica creación de tipos, mientras que la historia aparecía unida a un discurso narrativo que evitaba tal creación de tipos. En sus grandes ensayos de los años veinte sobre el feudalismo y el capitalismo[54] como categorías histó-

* "Verstehende Soziologie" es un término que plantea serios problemas de traducción. Aunque inicialmente pensamos en el neologismo "sociología comprendiente" para recoger el sentido activo del calificativo "verstehende", derivado del verbo "verstehen", que significa comprender o entender, hemos optado al final por "sociología comprensiva", que es la expresión empleada usualmente en las traducciones de las obras de Weber (así en *Economía y sociedad: esbozo de sociología comprensiva*, México, F.C.E., 1964). "Verstehende Soziologie" podría traducirse también por "sociología intelectiva" e incluso quizás por "sociología interpretativa", puesto que según Weber la comprensión sociológica implica una interpretación de las significaciones de la acción social (véase Peter L. Berger, *Invitació a la sociologia*, Barcelona, 1989, pág. 153).

ricas, Hintze intentaba trabajar con "abstracciones sugestivas", las cuales debían conferir una coherencia conceptual a los fenómenos sociales y políticos. Rompe conscientemente con el núcleo idealista del historicismo clásico de Ranke y Droysen, también del de Hegel y Dilthey, a saber, el contemplar las instituciones históricas, sobre todo al estado, como "poderes éticos"[55], como "objetivacion(es) de la vida"[56]. Hintze, en cambio, ve en el estado una "institución"[57] o una "empresa", cuya estructura y función históricas debieran ser examinadas serena y objetivamente. Max Weber niega aún con mayor énfasis la unión de valores y ciencia, insistiendo en la neutralidad de la ciencia[58] que, según él, bien puede y hasta debe analizar los conceptos de valor, pero que de ningún modo es capaz de fundamentar científicamente la validez de estos valores.

Para Weber, la cientificidad de la historia como ciencia social no sólo se fundamenta en su imparcialidad, sino que exige, como toda ciencia, la aplicación de conceptos causales. Esta unión de ciencia y causalidad en Weber se apoya en la concepción neokantiana según la cual esas causalidades no se hallan radicadas en una realidad objetiva, sino que tienen su base en el pensamiento científico. Salta a la vista una continuidad desde Hegel hasta Weber, pasando por Marx, aun cuando Weber se aparte radicalmente de la concepción hegeliana de un proceso histórico racional, concepción que, claro está, es también la de Marx. En un mundo que no conoce valores objetivos tampoco puede haber un objetivo de la historia. No obstante existen para Weber unas líneas de desarrollo que son inequívocas y conforman el núcleo de una ciencia social histórica. Como para Marx, las sociedades humanas poseen también para Weber una dinámica interna, cuyo foco, sin embargo, habría de ser buscado no tanto en la esfera material, sino en la cultural, en estructuras de pensamiento y de comportamiento que hacen comprensibles las relaciones sociales y el cambio social. Para Weber, la ciencia presupone al científico que piensa y no a un mundo en sí; por ello no puede haber leyes objetivas. Weber sustituye las leyes por tipos ideales *(Idealtypen)*, por conceptos que tienen en cuenta las estructuras de pensamiento que determinan la actuación y el cambio social. Los tipos ideales indican cómo los hombres y las sociedades deberían actuar, en el caso ideal, a partir de la lógica de sus ideas, y con ayuda de esta hipótesis de trabajo se podría medir la realidad de las actuaciones humanas y de las relaciones entre los hombres.

Pese a la sobriedad de Weber, pese a su ruptura con la visión

teleológica de la historia y su rechazo hacia una concepción para la cual (como todavía para Marx) el mundo y, con él, la ciencia tiene un carácter objetivo, Weber no abandona dos supuestos fundamentales del pensamiento histórico del siglo XIX, del historicismo clásico y del marxismo clásico: el de que exista una continuidad coherente en la historia del mundo occidental y el de que una dedicación científica a este mundo sea posible e intelectualmente razonable. Para Weber (como para Marx) el capitalismo desempeña aquí un papel central, aun cuando no se le considere tanto en relación a las diferencias de clases, sino, antes bien, desde la perspectiva de un proceso de racionalización que determina al mundo occidental desde la Antigüedad judía y griega, y el cual, para Weber, está arraigado en una visión del mundo que diferencia a éste de las culturas no occidentales. Por lo que respecta a las relaciones de poder, éstas no se pueden reducir a las categorías del equilibrio de las Grandes Potencias (Ranke) o de la lucha de clases (Marx). Una cierta contradicción, todavía sin resolver, en la concepción de ciencia de Weber se aprecia entre el origen específicamente occidental de la ciencia moderna y la ahistórica creencia kantiana de que la lógica de la investigación, en la cual se basa esa ciencia, sea una lógica universal. "Pues es cierto y continuará siendo cierto que una demostración científica metódicamente correcta en el campo de las ciencias sociales debe, si pretende haber alcanzado su fin, ser reconocida como correcta por un chino, a la vez que éste puede no tener "oídos" para nuestros imperativos éticos[59]". Weber cuestionó las premisas filosóficas no sólo de las ideas históricas y científicas tradicionales, sino también de las marxianas, pese a lo cual continúa adherido en muchos aspectos a la concepción de una historia universal y de una ciencia objetiva, al menos en lo que respecta al método. Weber, como también Hintze, no llegó a ejercer influencia en la ciencia histórica hasta después de la II Guerra Mundial; por ello volveremos a ocuparnos de él más adelante, cuando hablemos de la "historia social" posterior a 1960.

c. Tradiciones americanas en historia social

Por lo tanto, ni Marx ni Weber se desligaron por completo de los conceptos histórico-filosóficos y de los conceptos de teoría científica, estrechamente relacionados con aquellos, del idealismo alemán. En el mundo angloparlante, el esfuerzo por unir la historia

con perspectivas sociocientíficas enlazó con tradiciones intelectuales distintas de las que había en Alemania. Los historiadores ingleses y americanos solían trabajar con un concepto de sociedad que reflejaba un orden social distinto del de los países europeos continentales. Es importante resaltar que en Inglaterra, y sobre todo en América, pese al alto grado de industrialización, seguía siendo característico durante largo tiempo un bajo nivel de burocratización de la sociedad. Así, la sociedad burguesa, tal como era comprendida desde John Locke y los filósofos moralistas escoceses, estaba también mucho más independizada del estado que en la concepción de Hegel o de Ranke. En su concepción de la historia y de una aproximación científica a la historia, los historiadores de los dos países anglosajones se esforzaban mucho menos por conseguir una concepción sistematizadora que los historiadores alemanes o franceses.

Al igual que en Alemania o en Francia, también en América la discusión metodológica se inició, hacia el cambio de siglo, a partir de la convicción de que la ciencia histórica tradicional en las universidades ya no correspondía a las exigencias científicas y sociales de una moderna sociedad industrial democrática. Especialmente en América hubo esfuerzos por modernizar la historiografía. Esto significaba: ampliar el objeto de la historiografía, que hasta entonces había estado limitado al estado y a las personalidades que lo sustentaban —las cuales, siguiendo el ejemplo alemán, también habían tenido una importancia capital en la historiografía americana— hacia una historiografía de enfoque amplio que abarcara toda la población. Con Wilhelm Riehl había habido en Alemania, desde mediados del siglo XIX, una "historia cultural"[60], que proponía la historia del pueblo paralelamente a la historia del estado. Sin embargo, la nueva corriente americana, que se autodenominaba *New History* ["Nueva Historia"][61], se diferenciaba de la historia cultural al estilo de Riehl por su afán de modernización. Mientras ésta dirigía su mirada nostálgica hacia un pasado caracterizado por un orden jerárquico y su estructura agraria, aquella afirmaba la modernidad y, con ella, el orden social democrático. Mientras la más antigua, la denominada *Scientific School* ["Escuela Científica"], que se apoyaba en Ranke, quería demostrar las supuestas continuidades entre las instituciones medievales "germánicas" y el orden político americano que descansaba sobre bases anglosajonas, los *New Historians* ["Nuevos Historiadores"] insistían en la ruptura con

el pasado europeo premoderno. América era para ellos un país de inmigrantes que acuñaban la imagen de la "frontier" ["frontera"] rural en el oeste, como también la de las grandes ciudades en el noreste y en el medio oeste. Una historia puramente política basada en fuentes de archivo no era ya suficiente. Las ciencias con las que se quería asociar la *New History* eran las de la sociedad moderna, ante todo la economía y la sociología. La creencia en un consenso americano, tan importante para la ciencia histórica anterior, era ahora reemplazada por una visión nueva que, sin negar del todo las realidades comunes, prestaba mayor atención a los aspectos contradictorios.

Resulta difícil hallar un denominador común para la *New History* ["Nueva Historia"]. Charles Beard[62] veía en los conflictos económicos y sociales los factores decisivos en el establecimiento de la constitución americana; James H. Robinson, Vernon Parrington y Carl Becker dieron la máxima importancia al papel de las ideas; Perry Miller a la religión[63]. No bastaba una exposición histórica puramente narrativa. Tal como hicieron Turner en su *Frontier These* ["Tesis de la frontera"][64] o Beard en su interpretación económica de la historia americana, la historiografía refería conscientemente la exposición del desarrollo histórico a un determinado marco teórico. Por otro lado, los *New Historians* se alejaban claramente de la asociación entre ciencias sociales e historia, tal como Durkheim y Simiand la pretendían instituir de un modo mucho más sistemático en Francia, y Marx, Lamprecht y Max Weber en Alemania. Para los *New Historians*, y de modo similar para Henri Berr[65], la asociación entre investigación histórica y ciencias sociales es distendida y ecléctica. Estas últimas deben ofrecer conocimientos y posibles modelos de explicación; pero no se pretende convertir la ciencia histórica en una ciencia social sistemática. Tanto para los *New Historians* como para Henri Berr, el evolucionismo y el optimismo con respecto al desarrollo de una sociedad en vías de democratización y modernización tienen una cierta importancia, pero falta la tendencia a predeterminar los procesos históricos, una tendencia crucial no sólo en la fe en el progreso de Marx sino también en el pesimismo de Weber.

En los primeros dos decenios que siguen a la II Guerra Mundial se ponen en tela de juicio los fundamentos políticos y científicos de estos *Progressive Historians* ["Historiadores progresistas"], como ellos mismos se definen. En la guerra fría se descubre un nuevo consenso nacional[66]. A diferencia de Europa, América es entendida

como la sociedad sin clases por excelencia, en la que, con la excepción de una guerra civil "evitable", jamás se habían librado conflictos sociales o políticos de envergadura. De acuerdo con estos historiadores, las grandes diferencias sociales han quedado niveladas al amparo de una expansiva economía de mercado capitalista. En estos años, América se convierte cada vez más en el modelo del "mundo libre". En el estadio del desarrollo social alcanzado, los conflictos ideológicos son cada vez más insignificantes[67]. Al carácter altamente racionalizado de la moderna sociedad industrial capitalista corresponde una concepción racionalizada de la ciencia, es decir, a la que se puede acceder con métodos de cuantificación. El ordenador aparece en su justo momento. En la investigación histórica se introducen, de modo creciente, no sólo en América, sino también en Inglaterra, Francia, Escandinavia y otros países, incluso en los socialistas, métodos cuantitativos. Las cifras han de reforzar el carácter científico de la investigación.

Sin embargo, la aplicación de métodos cuantitativos no significa todavía, en modo alguno, el paso hacia una ciencia social sistemática y analítica. La cuantificación a menudo no es más que un medio auxiliar para documentar estadísticamente las afirmaciones sobre desarrollos sociales. Desde la década de los cincuenta, en EE.UU. y en otros países se trabaja cada vez más con la recién desarrollada tecnología de ordenadores y con métodos cuantitativos en, al menos, cuatro campos. En la historia política, el comportamiento electoral es correlacionado con variables sociales. Se crean las bases para una demografía histórica, si bien en este ámbito la investigación ha avanzado más en Francia e Inglaterra que en América. La movilidad social es investigada en América con ayuda de los censos de población, que tienen lugar cada diez años. Por último, los métodos cuantitativos son cada vez más utilizados a la hora de analizar procesos económicos[68]. Los métodos cuantitativos ciertamente pueden asociarse con un concepto de historia que tenga en cuenta la singularidad de la actuación humana y el papel de los conceptos axiológicos en las sociedades humanas. Sobre todo, la investigación histórica cuantitativa implica la dedicación a personas concretas, a la vez que el análisis del comportamiento colectivo. Como fuente para la demografía histórica, los registros parroquiales permiten saber algo sobre la vida de determinadas personas y familias y también aportan datos acerca del comportamiento de grandes grupos y sobre sus conceptos axiológicos. Estos datos

también permiten formarse una idea acerca del comportamiento sexual y, con ello, sobre los conceptos morales de las personas inscritas en el registro. Los métodos cuantitativos permiten reconstruir aspectos del mundo vital concreto de personas concretas en un momento determinado de la historia y en un determinado ámbito cultural.

Donde más radicalmente se ha impuesto la equiparación entre la investigación histórico-científica o socio-científica y la cuantificación es en la historia económica. Marx y Weber, por ejemplo, habían trabajado ambos con un concepto de ciencia social que por un lado insistía en una conceptualidad estricta, pero que por otro tenía también en cuenta que para las formaciones sociales, al contrario que para las naturales, son necesarios, a modo de entramados de significaciones, conceptos históricos que tomen en consideración tanto la unicidad como la comparabilidad de esas formaciones. Por una parte se dieron cuenta de que la ciencia natural es un producto de la cultura humana —para Weber aquélla sólo era posible en el mundo occidental, el cual había creado un concepto abstracto de racionalidad—, y por otra, de que la naturaleza, por muy fenoménica que aparezca, sólo puede ser entendida de forma mediata, es decir, a través de categorías condicionadas por la sociedad[69]. En última instancia, las ciencias sociales tratan de relaciones que deben ser comprendidas en su aspecto cualitativo, si bien las cifras resultan útiles para aprehender con mayor precisión los contornos de esas relaciones llenas de sentido, así como para verificar las afirmaciones teóricas.

La investigación histórica basada en la estricta cuantificación, que en los años setenta desempeñó un papel importante sobre todo en América y en Francia, trabaja, en cambio, con un concepto de ciencia, para el cual la ciencia histórica, como todas las ciencias, únicamente obtiene su cientificidad por el hecho de que sus afirmaciones pueden adoptar una forma matemática. Le Roy Ladurie subrayó en 1973 que "en última instancia no existe ninguna historia científica que no sea cuantificable"[70]. Esta perspectiva adquiere una mayor relevancia en los años sesenta y setenta, con el perfeccionamiento del ordenador y la consiguiente transformación de la economía y de la sociedad. En su visión panorámica de 1979, redactada para la UNESCO, sobre las tendencias en la ciencia histórica, Geoffrey Barraclough comenta que la cuantificación es una característica importante de la ciencia histórica actual[71]. Sin embargo, aquí debemos distinguir, como ya se ha indicado más arriba, entre la aplicación

de métodos cuantitativos, tal como viene siendo habitual desde hace muchos decenios en la historia social y, particularmente, en la historia económica, y una ciencia histórica concebida según el modelo de las ciencias basadas en la rigurosa generalización. Entre estos dos polos nace en los años sesenta y setenta una corriente de investigación que en América se autodenomina *Social Science History* ["Historia como Ciencia Social"], pero que también está muy extendida en Francia y en Escandinavia y que se propone como objetivo la pura investigación empírica. Un ejemplo del tratamiento informático de grandes cantidades de datos es el gigantesco *Philadelphia Social History Project*, mediante el cual se intenta registrar la totalidad de la población de Philadelphia sobre la base de varios censos de población del siglo XIX, a fin de obtener datos más precisos sobre la movilidad social.[72]

La historia cuantitativa, tal como fue comprendida por los representantes de la *New Economic History* ["Nueva Historia Económica"] en EE.UU., es una ciencia que, siguiendo el ejemplo de las ciencias naturales o de la economía política clásica, trabaja con modelos teóricos. De modo parecido se establecen en Francia, en la *histoire sérielle* ["historia serial"], relaciones causales mutuas entre largas —a menudo se remontan a lo largo de siglos— cadenas de datos sobre el clima, los precios, los salarios, los nacimientos y las defunciones[73].

La historia económica, como la representada en los EE.UU. por Robert Fogel, el representante más significativo de la *New Economic History*, se basa en cuatro supuestos: en primer lugar, en que existen leyes de bronce que determinan el curso de la economía, siendo estas leyes las formuladas originalmente por Adam Smith y David Ricardo. También Marx creía en "leyes de bronce de la naturaleza", sólo que, según él, estas leyes no eran de naturaleza puramente económica y eran historizadas e impulsadas hacia adelante por los conflictos sociales. El segundo supuesto es que la economía capitalista se caracteriza por un crecimiento imparable que adopta formas parecidas en todas las sociedades modernas o en vías de modernización, tal como afirmó Walt Rostow en 1961 en su "manifiesto no comunista"[74]. En este sentido, la sentencia de Marx: "el país industrialmente más desarrollado no hace sino mostrar al menos desarrollado la imagen de su propio futuro"[75] puede aplicarse también al punto de vista de Rostow. En respuesta a Rostow, Alexander Gerschenkron[76] ha recalcado que el punto de partida de los países en los que el proceso de

industrialización ha comenzado más tarde, por ejemplo en Alemania, Rusia o Japón, tenía que ser diferente del de Inglaterra, y también, que se hallaba determinado por condiciones políticas y sociales distintas. Esto no fue tenido en cuenta por Rostow, quien defendía un punto de vista puramente económico. En tercer lugar: el proceso de modernización económica conduce necesariamente a una modernización política, es decir, hacia una sociedad de mercado libre y a una democracia liberal, tal como, después de la II Guerra Mundial, se instauró en las naciones industriales occidentales. El cuarto y último supuesto básico es que el método cuantitativo no sólo es aplicable a los procesos económicos, sino también a los sociales.

En 1974 apareció el primer gran estudio, elaborado con apoyo informático, de Fogel y Stanley Engerman sobre la esclavitud en los estados del sur americanos[77]. Los autores no sólo querían, como afirman en el prólogo, resolver de una vez por todas la discutida cuestión de la rentabilidad de la esclavitud; recurriendo a fuentes cuantificadas también pretendían proporcionar datos irrefutables acerca de la calidad de la vida material de los esclavos, así como sobre su moral laboral y familiar. El libro, que en un principio fue celebrado en la prensa americana en general como una obra científica convincente, muy pronto fue sometido a una crítica devastadora, no sólo por parte de historiadores sociales convencionales, sino asimismo por historiadores de la economía que trabajaban con métodos de cuantificación y los cuales eran conscientes de lo difícil y arbitrario que era convertir los testimonios cualitativos en enunciados cuantitativos[78]. Ello no impidió que Fogel fuera llamado a ocupar una cátedra de fundación en la universidad de Harvard. La ciencia histórica a la que él se enfrentaba se diferenciaba de otras ciencias sociales en que su discurso aún no había sido invadido por la jerga especializada y era accesible a un público de lectores cultos. Para Fogel, esto era, en fin, incompatible con la ciencia verdadera. Para él, el historiador debía ser, como cualquier otro científico, un especialista con una formación técnica, el cual se comunica con otros especialistas en el lenguaje formal de la ciencia[79]. Sin embargo, detrás del concepto de Fogel de una ciencia objetiva e imparcial se oculta, como en Ranke, un completo armazón ideológico. De él forma parte la identificación de Fogel con la sociedad de consumo y de crecimiento existente. Aún no piensa en los peligros para el medio ambiente, sino que se ha comprometido con un optimismo histórico que no sólo está convencido de la posibilidad de una ciencia objetiva y mensurable, sino también de la función emancipadora de esa ciencia.

d. Francia: los Annales

No es obvio que los *Annales* sean tratados en este capítulo. El concepto de ciencia y la práctica de los historiadores de los *Annales* es complejo. Por un lado comparten las ideas, ya expuestas, de las corrientes sociohistóricas acerca de las posibilidades del método y del conocimiento científicos, por otro relativizan dichas ideas. La concepción de lo que es la historia y de quién la hace, tal como, desde Ranke hasta hoy, ha dominado en la ciencia histórica de forma casi absoluta, experimenta con ellos un cambio fundamental. También se modifica el concepto del tiempo. Este ya no es considerado como un movimiento unidimensional del pasado al futuro, tal como lo concebían no sólo Ranke, sino también Marx y Weber. Los *Annales* continúan los esfuerzos sociocientíficos de la ciencia histórica en el siglo XX, pero al mismo tiempo van más allá de la historia social moderna y persiguen una historia cultural que cuestiona muchas de las premisas de la historiografía social moderna.

Los representantes de los *Annales* han subrayado repetidas veces que ellos no son una "escuela", como a menudo se les ha denominado, sino que más bien tienen en común una actitud, un *esprit*, que invita a buscar nuevos métodos y enfoques de investigación, pero que no es ninguna doctrina[80]. De hecho, ello es cierto en gran medida. En las publicaciones de los *Annales* los enfoques son muy variados, si bien se mantienen dentro de un discurso que, por muy amplio que sea, excluye casi siempre las formas tradicionales de la historia política y cultural narrativa. Además es característico el hecho de que la praxis prevalece claramente sobre la teoría; pero la praxis incluye importantes presupuestos teóricos.

Pese a todo: los *Annales* se han convertido en una escuela científica más o menos institucionalizada: un hecho que ha puesto límites a su discurso. Se hallan fuertemente influenciados por el modelo de sus fundadores, Lucien Febvre y Marc Bloch. A los antecedentes de los *Annales* pertenece la ya mencionada discusión francesa sobre el método, la cual tuvo lugar en la revista *Revue de synthèse historique* de Henri Berr hacia 1900. El libro de Lucien Febvre sobre la Franche-Comté, citado más arriba, señala la transición hacia un nuevo género de ciencia histórica, que ha incorporado las ideas desarrolladas en aquella discusión. Las magnitudes fijas que hasta entonces habían desempeñado un papel tan importante, el estado, la economía, la religión, la literatura y las artes, pierden sus límites y su

autonomía y se convierten en áreas parciales dentro de una cultura que lo abarca todo. Esta cultura no es entendida desde el punto de vista de las ciencias humanas, no como el estilo ideológico y estético de una alta capa social, sino con un enfoque antropológico, como el modo de sentir y de vivir de toda la población.

Lucien Febvre y, sobre todo, Marc Bloch, quien en los años 1908/09 estudió en Leipzig y en Berlín, han seguido atentamente la historiografía social y económica alemana. Existen también paralelismos entre el libro de Febvre sobre la Franche-Comté y la historia económica medieval del país del Mosela de Lamprecht. Mientras la mayor parte de los trabajos sobre la historia regional en Alemania se centraba, en aquella época, en la administración y en la constitución, lo que les interesaba a Lamprecht y a Febvre era la estrecha unión de las estructuras sociales, económicas y políticas con los modos de pensar y de comportarse dentro de una determinada región. En Alemania, en el período 1850-1900, de 141 titulares de cátedras de historia, 87 tenían la filología como segunda especialidad (de éstas, 72 filología clásica), 23 tenían teología o filosofía; sólo 10 habían estudiado economía nacional y 12, geografía[81]. En Francia, por el contrario, la geografía era un elemento fijo de la *agrégation*, el examen que era prácticamente obligatorio a fin de poder optar a una ulterior carrera universitaria como historiador. Y la geografía, que fue desarrollada en Francia por Paul Vidal de la Blache hacia 1900 (el cual en muchos aspectos siguió la tradición de la geografía alemana del siglo XIX, encabezada por Carl Ritter), era una disciplina que situaba el espacio geográfico en un marco histórico-cultural. Vidal de la Blache, tal como fue entendido también por Febvre, evitaba en su *géographie humaine* el determinismo geográfico de su contemporáneo Friedrich Ratzel en Alemania.

A la influencia de la geografía vino a añadirse el enfoque sociológico de Emile Durkheim, el cual fue transmitido a los historiadores de los *Annales* a través de un discípulo de Durkheim, el economista François Simiand. Por una parte, Durkheim quería transformar la sociología en una ciencia rigurosa, lo que para Simiand significaba matematización. Por otra parte, para Durkheim el objeto central de una ciencia de la sociedad es la conciencia, una conciencia colectiva en la que las normas, las costumbres y la religión son elementos importantes. Estas influencias explican la estrecha imbricación entre geografía, economía y antropología en la historiografía francesa, una imbricación que se pone en movimiento con la discusión sobre el método, en

oposición a la insistencia en el estado, la administración y el derecho, propia de la tradición alemana, incluso de Max Weber. De este modo se hace comprensible la gran importancia que Febvre y Bloch conceden a las estructuras anónimas, y también su insistencia en la "vida sentimental", que ellos, en el marco de una antropología histórica, conciben como una mentalidad colectiva.

Los fundamentos de los *Annales* fueron sentados por Febvre y Bloch mucho antes de la fundación de la revista. El libro sobre la Franche-Comté (1912) y el de Marc Bloch sobre las artes curativas mágicas de los reyes ingleses y franceses en el medievo (1924)[82] se publicaron mucho antes de la fundación de la revista en el año 1929. Ésta no representaba a ninguna doctrina. Siguiendo el modelo de la *Vierteljahrzeitschrift für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte* ["Revista trimestral de historia social y económica"], en sus orígenes adoptó el nombre de *Annales d'histoire économique et sociale* ["Anales de historia económica y social"]; después de 1946, para resaltar aún más su carácter interdisciplinar, pasó a llamarse *Annales. Economies. Sociétés. Civilisations* ["Anales. Economías. Sociedades. Civilizaciones"]. La historia debía convertirse en la ciencia guía, pero en otro sentido que el que tenía para el historicismo de estirpe rankeana. Tanto en los *Annales* como en el historicismo, la historia era la ciencia central del hombre, pero mientras Ranke anteponía la historia del estado a los campos parciales, a los cuales historizaba, los historiadores de los *Annales* anulaban los límites entre las disciplinas parciales para integrarlas en las "ciencias del hombre" (*sciences de l'homme*). El plural es utilizado deliberadamente para subrayar la pluralidad de las ciencias. Los *Annales* renunciaron a formular, incluso en la "Apología de la historia"* de Marc Bloch[83] —unas notas tomadas en 1940 en el frente—, una teoría de la historia o de la historiografía, tal como Ranke hizo en ocasiones y Droysen y Dilthey sistemáticamente. La finalidad de los *Annales* era, tal como Bloch y Febvre explicaron en la introducción al primer número de la revista, ofrecer un foro a las diversas corrientes y a los nuevos enfoques[84].

Tampoco en el aspecto político es posible reducir los *Annales* a un denominador común, en oposición a los historiadores alemanes en la tradición del historicismo, quienes, desde Ranke hasta Gerhard

* Empleamos aquí la traducción literal del título original francés, mantenida también en la traducción alemana citada por Iggers, aunque la edición castellana de esa obra se ha publicado con el título *Introducción a la historia*; la catalana, en cambio, se atiene al título original *Apologie de l'histoire*.

Ritter, abogaban casi en su totalidad por el estado autoritario y de poder. Pero para comprender el compromiso político de los fundadores de los *Annales* es importante saber que Marc Bloch, que era de origen judío, fue torturado y asesinado por los alemanes como miembro de la resistencia en 1944. La situación científica era que, antes de que fueran llamados a París hacia finales de los años treinta, Febvre y Bloch se hallaban, como catedráticos de la universidad de Estrasburgo, en un conflicto permanente con los historiadores de la Sorbona, los cuales —como Seignobos— representaban la historiografía política tradicional. Más tarde las cosas cambiaron por completo. En las grandes obras de Bloch, Febvre, Fernand Braudel, Georges Duby, Jacques Le Goff, Emmanuel Le Roy Ladurie, Robert Mandrou, Michel Vovelle, François Furet y otros, los historiadores de los *Annales* lograron algo que sus colegas alemanes y franceses por lo general no conseguían, a saber, el unir la cientificidad rigurosa con la buena literatura y ganarse la aceptación de un amplio público.

Por otro lado no debe pasarse por alto la institucionalización de los *Annales*. En 1946 fueron integrados en una poderosa institución, la sexta sección de la *Ecole Pratique des Hautes Études*. Ésta había sido fundada como centro de investigación en 1868, siguiendo el ejemplo alemán, y no ofrecía carreras normales, sino que estaba dedicada exclusivamente a la investigación y a la formación de investigadores. En la cuarta sección, la de ciencia histórica, fueron introducidos en los años setenta del siglo XIX los seminarios concebidos según el modelo de Ranke. La sexta sección, que fue fundada en 1946 y que desde 1972 funciona como un centro independiente —la *Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales* (EHESS)— se propuso como objetivo integrar en una exhaustiva ciencia del hombre no sólo las ciencias sociales que habían sido importantes para los *Annales* en los primeros años, a saber, la economía, la sociología y la antropología, sino también la lingüística, la semiótica, las ciencias de la literatura y del arte y el psicoanálisis. Mientras antes de 1939 los miembros del círculo de los *Annales* eran unos marginados, con la creación de esta nueva institución, apoyada con fondos del consejo nacional francés de investigaciones científicas (CNRS), llegaron a ejercer una gran influencia en la investigación y en la asignación de plazas.

Esta institucionalización tuvo resultados contradictorios. Favoreció la investigación interdisciplinar y, con ello, a menudo una nueva receptividad. Hizo posible el trabajo en equipo y proyectos coordina-

dos en los que se recurría de forma creciente a las nuevas herramientas que proporcionaba el tratamiento electrónico de datos (y que en ocasiones tomaban un cariz cientificista). Así, en los años sesenta y setenta surgieron por un lado las grandes síntesis de Fernand Braudel, Pierre Goubert, Jacques Le Goff, Georges Duby, Emmanuel Le Roy Ladurie y Robert Mandrou,[85] y por otro aparecían en los *Annales* artículos altamente especializados, que con frecuencia estaban escritos en una jerga tal que resultaban incomprensibles para el profano.

Pese a la variedad de enfoques metódicos e ideológicos en los 80 años que han transcurrido desde el libro de Febvre sobre la Franche-Comté, publicado en 1912, las obras de los historiadores de los *Annales* presentan puntos en común. Para elucidar esto pasaremos revista brevemente a algunas obras del período que abarca desde 1912 hasta mediados de los años ochenta: el libro de Febvre sobre la Franche-Comté; el de Marc Bloch *La sociedad feudal*, publicado en 1939/40; el libro de Febvre sobre la incredulidad en la época de Rabelais, de 1942; el libro de Fernand Braudel sobre el mar Mediterráneo, de 1949; *Los campesinos del Languedoc* (1966) y *Montaillou* (1975) de Le Roy Ladurie y, finalmente, los dos primeros volúmenes de la *Identité de la France* ["Identidad de Francia"][87], de Braudel, de aparición póstuma en 1987 y 1988, respectivamente.

En ninguna de estas obras existe ya un punto central o una institución central que pudiera servir como hilo conductor de una historia, en la que las acciones de las personas desempeñan un papel decisivo. El estado y también la economía han quedado integradas en una consideración global de la sociedad. Esto no significa que se ignore el elemento político. Éste desempeña un papel sustancial en el estudiode Bloch sobre la sociedad feudal —si bien distinto del que tenía en la medievística alemana, para la cual son de máximo relieve la constitución y la administración— a saber, como un complejo de modos de comportamiento y de relaciones humanas. Al hablar de un "complejo" evito conscientemente el concepto de "sistema", concepto que tampoco los historiadores de los *Annales* emplearon apenas y que objetivaría y cosificaría excesivamente los modos de comportamiento humano. Por la misma razón también se debe ir con cuidado al hablar de una "estructura", concepto utilizado alguna vez por los historiadores de los *Annales*. Las personas, los hombres individuales, rara vez aparecen en estas obras. *Montaillou* es una excepción y, en cierto sentido, representa el comienzo de una nueva etapa. Los reyes en *La sociedad feudal* de Bloch, por ejemplo, sólo son mencionados al

margen, mientras que en el libro sobre el Mediterráneo de Braudel son desterrados a una parte separada del libro, no unida de forma orgánica con las dos partes principales. Se niega el concepto idealista de la personalidad, del individuo, que era fundamental para toda la concepción de la burguesía culta del siglo XIX. Tampoco los campesinos y campesinas de Montaillou, el pueblo medieval de herejes de Le Roy Ladurie, son personas en el sentido idealista de unos individuos que tuvieran una idea clara de sí mismos y de su mundo.

Otra ruptura con la tradición es la ruptura con la idea historicista tradicional acerca del desarrollo de la historia, la ruptura con el concepto de un tiempo de progresión lineal, el cual hasta entonces había sido imprescindible para la concepción de ciencia de la ciencia histórica. Según Reinhart Koselleck la idea de que existe una historia y no sólo historias[88] es fundamental para la transición de la época premoderna a la época moderna, después de 1750 aproximadamente. Michel Foucault considera la idea de *una* historia como una invención de la época moderna que ya ha llegado a su fin. Pero en las ya mencionadas obras de los historiadores de los *Annales*, en cambio, no existe ya un solo tiempo, sino tiempos muy diversos, así en el clásico ensayo de Jacques Le Goff *El tiempo de la iglesia y el tiempo del comerciante en la Edad Media*[89] y en el libro sobre el Mediterráneo de Braudel, en el que distingue entre el tiempo casi estacionario del mar Mediterráneo como espacio geográfico *(la longue durée)*, el tiempo lento de las estructuras sociales y económicas *(conjonctures)* y el tiempo rápido de los acontecimientos políticos *(événements)*. Junto con el concepto del tiempo se pierde tamién la confianza en el progreso y, con ella, la fe en la primacía de la moderna cultura occidental en la historia. No sólo es que no haya yaun tiempo único que pueda servir como hilo conductor de una narración; tampoco existe ya ningún punto único de referencia en torno al cual esa narración pueda articularse. El concepto de nación, que fue tan importante para la fe que la burguesía culta y la ciencia histórica del historicismo tenían en la historia, se disuelve. Con pocas excepciones, la historiografía de los *Annales* es regional o supranacional. Como historia regional sigue el ejemplo proporcionado por el libro de Febvre sobre la Franche-Comté, describiendo los contornos culturales y sociales de una región sobre la base de un cuidadoso examen empírico. De carácter supranacional es, por ejemplo, *Civilisation matérielle et capitalisme* ["Civilización material y capitalismo"] (1967-1979)[90] de Braudel, quien pone de relieve las características de una

gran área, en este caso las del mundo europeo en la época del capitalismo temprano, en comparación con el mundo extraeuropeo, siempre destacando los modos de vida y de comportamiento. La última gran obra de Braudel, su historia nacional francesa[91], vuelve a ser, en cambio, historiografía nacional, que, sin embargo, persigue el objetivo de destacar la variedad de las regiones francesas y la capacidad de supervivencia de los modos de vida premodernos, especialmente de los de la cultura campesina, en la Francia moderna.

Estas observaciones sobre la concepción de la historia y la práctica historiográfica de los *Annales* no pretenden dar a entender que se trata de una ciencia que no hubiera cambiado en el transcurso de ochenta años. Existe una continuidad entre las concepciones de historia y los métodos de Febvr y Bloch y de los historiadores posteriores de los *Annales*; con todo, los *Annales* reflejan los cambios más relevantes en el pensamiento histórico del siglo XX, pero habiéndoles conferido su propio carácter. Las estructuras figuran en primer plano, pero esas estructuras tienen siempre una dimensión mental, sin la cual no existirían. Cuando Bloch se ocupa de la técnica, ya sea del molino de agua o del arado[92], entonces las herramientas con las que trabajan los hombres en una sociedad determinada, son para él siempre la clave de acceso a su modo de pensar y de vivir. A ello se añade que, especialmente en los trabajos posteriores a la II Guerra Mundial, se percibe una relación de tensón entre un concepto de ciencia fuertemente empírico, en algunos aspectos positivista, y otro estructuralista que pone en duda ese positivismo. Sobre todo Braudel subraya una y otra vez los fundamentos materiales de la historia. Por materiales él entiende los factores geográficos, climáticos, biológicos, tecnológicos y los condicionados por el mercado, los cuales, naturalmente, no tienen nunca una causa puramente mecánica, sino que son configurados por los hombres; de ahí su interés en la cocina, la ropa, la moda. Por geografía entiende una *géographie humaine*, la cual, en la tradición de Paul Vidal de la Blache, resalta el elemento humano. A menudo señala los límites que esos factores materiales imponen a la libertad humana. En la historia económica de Francia, que escribió conjuntamente con el historiador de la economía Ernest Labrousse[93], le interesan las grandes coyunturas cíclicas que son importantes para poder comprender la estabilidad histórica y el cambio histórico. El siguiente paso, que no dio el propio Braudel, pero sí sus discípulos, es la historia económica y social cuantitativa.

En los años sesenta se impone en Francia, de modo parecido a

como sucedió en los EE.UU., la fascinación por las cifras y por el ordenador. Esta fascinación no se circunscribe de ningún modo a los *Annales*, sino que es adoptada en gran medida por la investigación internacional. La demografía histórica surge primero en Francia y en Inglaterra como una ciencia puramente cuantitativa. Pero con la reconstrucción de familias pronto se ocupa de las condiciones de vida de una forma más concreta. La culminación de una historiografía que trabaja con modelos cuantitativos, neomaltusianos, de interrelación entre la población y el precio de los alimentos, es el libro de Le Roy Ladurie sobre los campesinos en Languedoc desde la peste del siglo XIV hasta la revolución demográfica y agraria del siglo XVIII. Sin embargo, en su exposición de los sangrientos conflictos que acompañaron el carnaval de Romans en 1580, Le Roy Ladurie va al mismo tiempo más allá de una reconstrucción abstracta de los grandes ciclos económicos y demográficos y se ocupa de la reforma protestante, a la que considera en el contexto de esos ciclos.

El enfoque material, casi materialista, constituye sólo una cara de la historiografía de los *Annales* en los años sesenta y los primeros años setenta. De mayor trascendencia para la investigación histórica posterior fue la historia de las mentalidades. A la *histoire des mentalités*[94] se la diferenciaba rigurosamente de la historia de las ieas del historicismo —de la de Friedrich Meinecke o de Benedetto Croce— y también de la *intellectual history*, que en los años posteriores a 1940 había ganado en importancia en los EE.UU. La historia ideológica y la *intellectual history* parten del supuesto de que las peronas tienen ideas claras y que son capaces de transmitirlas. Los textos son una expresión de las intenciones de sus autores y como tales deben tomarse en serio. El concepto de *mentalité*, en cambio, designa posturas que son mucho más difusas que las ideas y que, a diferencia de éstas, son propiedad de un grupo colectivo, no el resultado del pensamiento de determinados individuos. En los años setenta la "historia de las mentalidades" *(histoire des mentalités)* se asocia con una "historia serial" *(histoire sérielle)*, en la que largas secuencias de datos son procesadas electrónicamente, por ejemplo el contenido de miles de testamentos en un momento determinado y en una región o localidad determinada, a fin de estudiar el proceso de secularización y las ideas sobre la muerte[95].

Junto a esta aproximación casi mecánica a la historia de las mentalidades es importante el intento, de naturaleza muy distinta, de penetrar hasta las estructuras de pensamiento ocultas en el

subconsciente colectivo. Esta corriente de investigación vio allanado su camino por la obra de Febvre, publicada en 1942, sobre *El problema de la incredulidad en la época de Rabelais*. Para responder, por ejemplo, a la pregunta de si Rabelais fue ateo o no, no son decisivas las ideas explícitas, sino el instrumental lingüístico con el que pensaban los hombres de la época de Rabelais. Los métodos hermenéuticos del historicismo no son suficientes para "entender" las concepciones eligiosas de una época, la lengua contiene algo mucho más concreto, algo mucho más libre de subjetividad, un resto arqueológico que nos permite acceder a una cultura del pasado. La prioridad de la lengua ya fue formulada en la obra de Ferdinand de Saussure *Fundamentos de lingüística general*[96] publicada póstumamente en 1916: la lengua determina el contenido del pensamiento y, con él, la cultura, y no viceversa. Toda cultura, toda sociedad es un texto que debe ser descifrado. Desde este punto de vista debe comprenderse también el tratamiento que Le Roy Ladurie da a la matanza perpetrada por las altas capas hugonotes contra las bajas capas católicas durante el carnaval en la ciudad de Romans, en el sur de Francia. Detrás del simbolismo sexual de los desfiles de carnaval se oculta una estructura más profunda de las relaciones y acciones sociales.

En los trabajos de los historiadores de los *Annales* de los últimos ochenta años llaman la atención dos cosas: el descuido de la historia posterior a 1789, y a la revolución industrial, y la concentración en la época premoderna, en el *Ancien Régime* y en la Edad Media. Por lo visto, este abandono tiene que ver con el hecho de que las concepciones y los métodos se pueden aplicar mejor a las sociedades relativamente estables que a aquellas que se hallan sujetas a rápidos cambios, y además, —lo cual no es ninguna coincidencia— con el hecho de que Bloch era medievalista y Febvre un historiador especializado en los inicios de la Edad Moderna. Pero tal vez este abandono esté también relacionado con un cierto cansancio con respecto al mundo moderno. En cualquier caso: en los años treinta los *Annales* dedicaron mucha atención a los problemas de la moderna sociedad industrial en las grandes ciudades del mundo desarrollado, así como también del mundo todavía colonial. También se analizaron las nuevas formas políticas —fascismo, bolchevismo y *New Deal*—. En los años setenta aparecieron los trabajos de Maurice Agulhon[98] y Mona Ozouf,[99] quienes estudiaron las tradiciones republicanas del siglo XIX a través de sus símbolos. En su historia de la Revolución Francesa, François Furet[100] volvió a descubrir la política y las ideas. En los años ochenta,

la obra colectiva *Les Lieux de Mémoire*, en cuya elaboración participaron muchos de los importantes colaboradores de los *Annales*, se ocupa de los símbolos y de los lugares conmemorativos de la moderna conciencia nacional francesa.

Pese a la atención que han recibido en el ámbito internacional, los *Annales* no han dejado nunca de ser un fenómeno específicamente francés, profundamente arraigado en las tradiciones científicas francesas. Pero como modelo a seguir para hallar nuevos caminos en la investigación histórica de la cultura y de la sociedad han ejercido una gran influencia internacional. Esta influencia se extendió también a los países socialistas, donde un número creciente de historiadores reconoció que los *Annales* brindaban un acceso mucho mejor a la cultura material y a la vida cotidiana del obrero que el dogmático marxismo. Así apareció incluso, en 1971 en la Unión Soviética, la gran obra *El universo del hombre medieval*,[101] de Aaron Gurievich, que, totalmente liberada de los esquemas marxistas, se movía en la tradición de Bloch y de Febvre. En parte, esta influencia de los *Annales* se debe seguramente a que sus concepciones de ciencia son más complejas que las de otras tendencias sociocientíficas de la ciencia histórica. Ello incluye numerosas contradicciones en la teoría de la ciencia y en la práctica científica de los *Annales*. Por un lado se encuentran repetidamente enfoques en pro de un pronunciado cientificismo y de una objetivación de la historia. Sobre todo en los años sesenta y en los primeros años setenta, algunos de sus representantes, entre ellos Furet y Le Roy Ladurie, subrayaron a menudo que no existe una historia social científica que no trabaje con métodos cuantitativos. Por otro lado, Bloch, Febvre, Le Goff, Duby y otros con frecuencia han tenido en cuenta fuentes como el arte, las costumbres o las herramientas, que llevan a modos de pensamiento cualitativos mucho más sutiles. Estos trabajos también han relativizado el riguroso límite que separa la ciencia de la literatura. A la vez, el enfoque antropológico, que desde el principio formaba parte del pensamiento de los *Annales*, ha logrado que se cuestionara la pretensión de exclusividad de las ideas occidentales acerca de la ciencia, una pretensión que no sólo tenían Marx y los teóricos americanos del crecimiento económico, sino también Max Weber. Con el rechazo de esta pretensión está también relacionado el escepticismo con respecto a la civilización moderna. Así llegamos al punto en el que el pensamiento histórico y la práctica historiográfica se aproximan de forma cada vez más crítica a *todas* las ideas tradicionales sobre la historia como ciencia rigurosa.

Segunda parte

De la ciencia social histórica al "giro lingüístico". Teoría de la historia e historiografía en los últimos veinte años

1. El retorno de la narrativa

En 1979 apareció en la revista *Past and Present*, que desde su fundación en los años cincuenta constituye un foro para la discusión sociohistórica en Gran Bretaña, el ensayo de Lawrence Stone, *El retorno de la narrativa. Reflexiones acerca de una nueva y vieja historia**. En este ya célebre ensayo[1], Stone constata para los años setenta un cambio fundamental en lo que respecta a la comprensión de la historia. Habla del "fin de la creencia de que sea posible una explicación científica coherente de las transformaciones del pasado", tal como pretendía, en la época de posguerra, una gran parte de la historiografía de todas las naciones. Según Stone, ha surgido, en su lugar, un interés renovado por aquellos aspectos de la existencia humana que no se dejan reducir fácilmente a modelos abstractos y, en consecuencia, la "convicción de que, como determinantes del cambio, la cultura de un grupo o incluso la voluntad de un individuo deben ser tomadas tan en serio como las fuerzas impersonales de la producción material o del crecimiento demográfico"[2]. Esta insistencia en la importancia de las acciones humanas y de la conciencia humana nos retorna hacia una historiografía narrativa que se esfuerza por tener debidamente en cuenta los aspectos subjetivos de la existencia humana.

* Nos ha parecido preferible "historia" a historiografía, en la traducción del título del artículo de Stone -que Iggers menciona en su versión alemana- porque en aquél aparece *History*, no *historical writing*. Historia se entiende, desde luego, en el sentido de historiografía y por eso también es correcta la traducción al alemán (*Geschichtsschreibung*) de Iggers.

Pero tal alejamiento de las ciencias sociales analíticas no supone, en modo alguno, un retorno a las teorías y a la práctica del historicismo clásico. De las corrientes sociocientíficas de la historiografía de los años de posguerra se adoptan importantes temas y aspiraciones. Los *Annales* y la demografía histórica han allanado, cada cual a su manera, el camino hacia una historia cuya atención no se centra ya en las élites, sino en las capas amplias de la población. De este modo, la "nueva historia cultural" de la vida cotidiana, que rechaza rotundamente el estudio de los procesos anónimos y los métodos cuantitativos de la "nueva historia social" que la precede, no solamente significa una ruptura, sino al mismo tiempo también una continuación de formas anteriores de la historiografía social. Como resalta Stone, la nueva historiografía narrativa se dedica, en contraste con la tradicional, "casi exclusivamente a los itinerarios vitales, los sentimientos y los modos de comportamiento de los pobres e insignificantes (y no de los ricos y poderosos)". Al contar "la historia de una persona [...] o la de un acontecimiento dramático, no lo hace por esa persona o ese acontecimiento en sí mismo, sino para arrojar luz sobre el modo de funcionamiento de una cultura o de una sociedad del pasado"[3]. Para avanzar en la comprensión de una cultura o de una sociedad no rompe, en modo alguno, con los métodos y conceptos sociocientíficos tradicionales, sino que los transforma. Como veremos, la nueva historiografía significa una ampliación de la racionalidad científica y no una renuncia a ella. El mundo de los hombres es considerado como más complejo de lo que era en la concepción positivista de la ciencia, y por ello precisa también de prácticas científicas que den cuenta de esa complejidad.

Al mismo tiempo, sin embargo, para la nueva historiografía se vuelve extremadamente problemático el concepto de ciencia, así como la relación con ella. El profundo cambio estructural que viene sufriendo la sociedad moderna va acompañado de un escepticismo ante la ciencia que se ha acrecentado en los últimos tres decenios y en el que se manifiesta la desazón por la moderna civilización técnico-científica, desazón que ya se percibía en la crítica cultural de finales del siglo XIX y de principios del XX. En las disputas políticas de la segunda mitad de los años sesenta, desencadenadas en los EE.UU. por los conflictos suscitados en torno a los derechos civiles y a la guerra del Vietnam, lo que importa no es sólo la crítica a las condiciones políticas y sociales reinantes, sino también la crítica a la

calidad de la vida en una sociedad altamente industrializada. La fe en el progreso y en la ciencia, en la que se fundamentaba no sólo la historia económica cuantitativa de la *New Economic History* sino también el marxismo, resultaba cada vez más cuestionable en vista de los peligros y de la brutalidad que acarreaba el proceso de tecnificación en el Primer y Tercer Mundo. Es importante tener claro que los movimientos estudiantiles de finales de los sesenta en Berkeley, París, Berlín o Praga estaban dirigidos al mismo tiempo contra el capitalismo realmente existente y contra el marxismo ortodoxo. Por lo que se refiere a los desarrollos que tuvieron lugar en la historiografía, esto es importante para comprender por qué ni los modelos sociocientíficos habituales ni el materialismo histórico fueron capaces de seguir convenciendo. Ambos parten de concepciones macrohistóricas y macrosociales, para las cuales el estado, el mercado o —para el marxismo— la clase, constituyen conceptos centrales. En el trasfondo yace la fe firme en la posibilidad y en la deseabilidad de un crecimiento científicamente controlado.

En estas concepciones macrosociales había poco espacio para aquellos grupos de la población que hasta entonces habían quedado excluidos de un orden social patriarcal y jerárquico y con los cuales tampoco el marxismo clásico se mostraba muy comprensivo: mujeres, minorías étnicas, grupos social y culturalmente marginales, los cuales ahora reivindicaban una identidad y una historia propias. A esto se añadía que, concentrada en los macroprocesos, la historiografía establecida orientada a las ciencias sociales no tenía ningún interés por los aspectos existenciales de la vida, aquellos que conforman la vida de cada día, con todas sus emociones y temores (aspectos que, sin embargo, ya habían merecido una notable atención por parte de los historiadores de los *Annales*).

En la concepción de historia de la "Nueva Historia Cultural" desempeña, con frecuencia, un papel de primerísimo orden una valoración pesimista de la historia occidental, unida a una relación muy paradójica con el marxismo. De él muchos de los nuevos historiadores e historiadoras adoptan la concepción de que la historiografía posee una función emancipadora. No obstante, esa emancipación —o las presiones de las que los hombres deben emanciparse— es imaginada por estos historiadores de un modo totalmente distinto de cómo la veía el marxismo clásico. Según Foucault, esas presiones no surgen, en primera instancia, de las estructuras institucionalizadas, por ejemplo del estado o del domi-

nio de clase, sino que se encarnan en las muchas relaciones interpersonales, en las que unos hombres ejercen poder sobre otros. Pero, al mismo tiempo, la idea de la función emancipadora de la ciencia vuelve a ser cuestionada. Tras las amargas experiencias con los esfuerzos marxistas o marxistas-leninistas desde la revolución de noviembre de 1917 por convertir las utopías en realidad, todo intento de hacer ciencia con pretensiones ideológicas o emancipadoras cae bajo la sospecha de querer manipular la verdad y las personas.

En la ciencia histórica de los años setenta, las ciencias sociales anteriores no sólo desempeñaban un papel relevante, tal como veremos al tratar el ejemplo de la ciencia social histórica en Alemania y del marxismo en general en el mundo occidental; experimentaron incluso un nuevo auge. Pero los temas y, con ellos, los métodos de la historiografía social, cambiaron. El foco de atención se desplazó de las estructuras y de los procesos hacia las culturas y los modos de vida, pero sin disolver necesariamente la unión entre los dos polos. Una historiografía que se dedica más decididamente a las experiencias existenciales del hombre medio precisa de métodos alternativos, capaces de aproximarse más a la comprensión de este mundo, sin que por ello, en la práctica, renuncie a la pretensión de cientificidad.

Con todo, los historiadores no siguen, por lo común, la crítica radical a la ciencia, ejercida por los teóricos postmodernos (Barthes, De Man, White, Foucault, Derrida), para quienes la historiografía no puede reclamar ninguna cientificidad y quienes, por ello, la consideran exclusivamente como un género literario. Tampoco la "Nueva Historia Cultural", la cual se muestra reacia al uso de teorías, confía en una "descripción densa"[4] etnológica, sino que combina en gran medida, como veremos en los apartados que siguen, procedimientos hermenéuticos y analíticos.

2. Teoría crítica e historia social. La ciencia social histórica en la República Federal de Alemania

Pese a que las aspiraciones y aportaciones críticas de los historiadores sociales modernos en los países occidentales condujeron, en los años sesenta, a una discusión fundamental común, iniciándose, más que en ninguna otra época desde la Ilustración, un discurso que rebasaba las fronteras, las nuevas corrientes de la historiografía y del pensamiento histórico en la antigua República

Federal de Alemania se diferencian sustancialmente de las de otros países occidentales. En particular, la historiografía social francesa de los *Annales*, de la cual partieron impulsos decisivos para la investigación moderna, se ha dedicado sobre todo a la época premoderna, preindustrial, actuando así en consonancia con el malestar que provocaba el mundo vital moderno. Una gran parte de la investigación alemana federal, que se movía en nuevas direcciones metodológicas y conceptuales, se dedicaba, en cambio, a la época industrial.

Dos motivos han desempeñado seguramente un papel en ello: la necesidad moral y política de afrontar los crímenes de la época nacionalsocialista, y, como resultado de ello, la tarea de investigar las causas de aquella catastrófica evolución. A esto último contribuía, a su vez, una necesidad de recuperación que, en comparación con otros países occidentales, era doblemente acuciante. La cuestión que se planteaba era la de si Alemania —y, en caso afirmativo, por qué y cómo— había seguido, en el transcurso de la fundación del imperio en el siglo XIX, un "camino especial"[5] que se apartaba de la evolución, considerada como normativa, de los modernos estados industriales, en los cuales habría tenido lugar una modernización económica y técnica en el marco de una democratización política que se vió bloqueada en Alemania. De las condiciones políticas y de las intelectuales, relacionadas con aquellas, así como de la actitud frente a la historiografía en el Imperio Alemán, fue característica la disputa en torno a Lamprecht, cuyo resultado fue, a fin de cuentas, que los historiadores alemanes continuaran interesándose básicamente por el estado y la política. Mientras que en otros países occidentales, —y también en Rusia y en Polonia— una vez finalizada la discusión internacional sobre el método[6] iniciada hacia el final del siglo pasado, una historiografía social interdisciplinar y analítica le disputaba la primacía a la historia política narrativa, la cual se centraba en los acontecimientos y en las personas, ésta continuaba manteniendo en Alemania y, después de 1945, en la República Federal, su papel preeminente en la ciencia histórica todavía durante mucho tiempo. La revisión crítica de las tradiciones autoritarias de la historia alemana y de la ciencia histórica con ella relacionada, no tuvo lugar aquí hasta los años sesenta de este siglo, en un momento en el que, en los demás países occidentales, la crítica a la modernidad ya cuestionaba las premisas sociocientíficas de la historiografía.

Un punto de partida importante para la aproximación crítica al

pasado alemán en la República Federal fue la discusión sobre el estudio de Fritz Fischer, publicado en 1961, sobre los objetivos de guerra alemanes en la Primera Guerra Mundial, incluido en su libro *Griff nach der Weltmacht* ["En pos de la hegemonía mundial"]. Pese a que este libro se basaba en una revisión enteramente convencional de unos documentos estatales, la cual llevó a Fischer a la convicción de que el gobierno del Imperio había aceptado conscientemente una guerra preventiva en el verano de 1914, el autor relacionó las funestas decisiones que condujeron a la guerra con las intenciones de ciertas asociaciones con intereses económicos comunes. Esto hizo necesario que se ampliara la investigación desde los acontecimientos y las decisiones, proporcionadas por los documentos, hasta el marco estructural en el que esas decisiones fueron tomadas. Las tesis de Fischer sobre los objetivos de guerra alemanes entre 1914 y 1918 plantearon también la cuestión de la continuidad hasta los planes de conquista nacionalsocialistas, así como la cuestión del arraigo de esa política en las estructuras sociales y políticas que se remontaban, cuando menos, al siglo XIX[7].

Para el surgimiento de una orientación crítica en el seno de una generación más joven de historiadores que se formaron después de la II Guerra Mundial y a los que les separaba una mayor distancia del pasado que a sus maestros, —los cuales habían iniciado sus carreras en el III Reich— fue importante la publicación de los ensayos de Eckart Kehr de la época de Weimar tardía y la reedición de su tesis doctoral *Schlachtflottenbau und Parteipolitik* ["Construcción de la armada y política de partido"] de 1930, ediciones ambas de las que se cuidó en 1965 y 1966, respectivamente[8], Hans-Ulrich Wehler y que se situaban en el contexto de la controversia, suscitada por los trabajos de Fischer, en torno al pasado alemán. Para Kehr, quien murió en 1933 a la edad de treinta años, y para los jóvenes historiadores que retomaron sus ideas en los años sesenta, fue fundamental la tesis de un desarrollo anacrónico en Alemania desde el estado de los Hohenzollern del siglo XVIII. Afirma que "en consecuencia, la industrialización alemana se afirmó dentro de la concha del estado autoritario tradicional"[9], cuyos valores e ideales procedían de una sociedad y de una cultura más antigua, preindustrial. Por eso, la política alemana que condujo a la Primera Guerra Mundial era para Kehr, Fischer y Wehler un resultado de las tensiones que había generado la contradicción entre la modernización económica y social por un lado y el atraso político por otro.

Para Kehr y para Wehler, la ciencia histórica tiene —y es consciente de ello— una función crítica, la cual para Wehler, quien se apoya en Horkheimer y en la Teoría Crítica, consiste en mensurar las condiciones reinantes con el criterio de una sociedad razonable[10]. Si bien Wehler, al contrario de Kehr, se aleja claramente de Marx, parte de la idea de que el desarrollo de la sociedad alemana ha estado determinado por la durabilidad de una desigualdad social[11] y estructural. Sin embargo, Wehler, como ya Kehr, lee a Marx con los ojos de Max Weber, concibiendo el poder, la economía y la cultura como "tres dimensiones que, si bien, en un sentido fundamental, no hacen sino configurar cualquier sociedad, asimismo se compenetran y se condicionan unas a otras"[12].

En viva contradicción con la crítica a la modernidad, la cual se impone en la historiografía occidental de los años sesenta, Wehler juzga positivo —con una confianza aún mayor que Weber, quien era consciente de la antinomia inherente a este proceso— el irresistible impulso hacia la modernización. La tragedia alemana consiste para él en la modernización incompleta. Según Wehler, el proceso de modernización significa económicamente "el triunfo del capitalismo que culmina en un capitalismo industrial extremadamente desarrollado", para él "un proceso básico de la historia social alemana"[13], el cual desde finales del siglo XVIII ha configurado la historia alemana de forma irresistible. "La norma de esta modernización" la constituye el "avance de clases 'condicionadas por el mercado' y, en definitiva, de clases 'sociales' ". En lo que atañe a la cultura, esta modernización significa la "expansión del pensamiento medio-fin de una razón instrumental" que encarna el espíritu del capitalismo; políticamente, la modernización significa el "triunfo del estado-institución burocrático"[14]. Hasta aquí Marx, visto con los ojos de Weber. Lo que, al principio de su carrera científica en los años sesenta y aún en los dos primeros volúmenes de la *Deutsche Gesellschaftsgeschichte* ["Historia social alemana"] de finales de los años ochenta, mantiene viva la confianza de Wehler es la fe en que la evolución de la República Federal de Alemania conduce en dirección a un estado social moderno y democrático.

En lo que se refiere a la teoría científica, la investigación histórica y la historiografía practicadas por Wehler, Kocka y los historiadores sociales críticos que les son afines, parten de dos "intereses guiadores del conocimiento"[15], a saber, el de que la ciencia histórica es una ciencia social histórica a la que le interesa "un

análisis, orientado por problemas, de procesos y estructuras importantes", y el de que existe una estrecha relación entre la investigación científica y la práctica social. En este sentido, la ciencia social histórica parte de dos concepciones que radican en una reinterpretación weberiana del concepto marxiano de las formaciones sociales y en la idea de un proceso histórico occidental unitario. En un sentido amplio, la "historia de la sociedad" es entendida como la historia de fenómenos sociales, políticos, económicos, socioculturales e intelectuales. El tema central es la investigación y exposición de los procesos y de las estructuras del cambio social. "Vista así, la historia de la sociedad es, a lo largo de períodos prolongados, la historia de las estructuras sociales"[16]. La responsabilidad política se basa en el compromiso con las categorías de una Teoría Crítica en el sentido de Max Horkheimer o de Jürgen Habermas, "la cual, interesándose en una sociedad futura racionalmente organizada, examine con ánimo crítico la sociedad pasada y la presente"[17]. La idea de modernización, tal como es representada por Wehler, incluye, enlazando con la Teoría Crítica, la concepción normativa que une la ciencia con los valores políticos, a saber, que a la industrialización, como factor principal de la modernización económica, "con su revolución tecnológica, transformación institucional y cambio social permanentes, le corresponde una evolución hacia una sociedad de ciudadanos jurídicamente libres, políticamente responsables y emancipados". El principal cometido de una historia alemana de la sociedad consiste en averiguar por qué esta evolución fue distinta en Alemania que en otros países de Europa occidental y por qué tuvo las consecuencias de 1933[18].

Esta vinculación de una ciencia analítica de la historia a la identificación con un estado social democrático se impuso, en la República Federal, en los años sesenta y setenta, es decir, en una época en la que estos valores, que, en cierta manera, servían de modelo a Wehler, eran cuestionados de forma creciente en los círculos intelectuales de las sociedades occidentales. Ello también tenía algo que ver con el hecho de que, en Alemania, la discusión de las tradiciones del historicismo clásico no estaba aún, ni mucho menos, concluida. Sin embargo, en los años setenta la nueva tendencia de la historia de la sociedad recibió una sólida base institucional. El monopolio que el historicismo clásico mantenía en las universidades fue quebrantado. La universidad de Bielefeld, fundada en 1971 y a la que fue llamado Wehler, se convirtió en un lugar para la

investigación interdisciplinar[19], para la cooperación entre los científicos sociales y humanísticos, de forma parecida a como ocurrió con la *École des Hautes Études en Sciences Sociales*, el hogar de los *Annales*, pero con intereses cognitivos sociales y políticos distintos. Con la fundación de la serie de monografías *Kritische Studien zur Geschichtswissenschaft* ["Estudios críticos sobre la ciencia histórica"] (1972) y de la revista *Geschichte und Gesellschaft* ["Historia y Sociedad"] (1975) se creó una vasta red de posibilidades de publicación. Los historiadores de este círculo se han dedicado sobre todo a investigar con métodos empíricos la historia de los obreros y empleados alemanes y, posteriormente, de forma creciente la de la burguesía alemana.

Los temas de la investigación y las cuestiones que se planteaban eran distintas de las de la *Social Science History* americana o de las de los *Annales*. Contrariamente a la mayoría de los trabajos de los *Annales*, la atención no se centra ya en el mundo preindustrial y en las estructuras que permanecen estables a lo largo de prolongados períodos, sino en los rápidos procesos del cambio en las sociedades industriales. A la vez, para la ciencia social histórica existe una estrecha relación entre estructuras y procesos sociales y políticos. Está dispuesta a recurrir a métodos cuantitativos, pero con una mayor reserva que la *New Social History* americana o la *histoire sérielle* francesa. Los verdaderos antepasados de la ciencia social histórica son alemanes: Marx, Weber y sus transmisores en la República de Weimar y en la emigración; historiadores como Eckart Kehr y Hans Rosenberg, quienes se dedicaban al problema de la democratización frustrada o retrasada de Alemania. La concepción de ciencia de la ciencia social histórica es, por tanto, distinta de la *Social Science History*. Siguiendo la tradición de las ciencias humanísticas y sociales alemanas, define a una sociedad mucho más en virtud de sus valores y concepciones de vida, por lo que una ciencia de la sociedad, tal como ella la concibe, debe unir métodos hermenéuticos con métodos analíticos.

Pese a que Wehler coloca a la cultura, como "una dimensión —sin solución de continuidad y con igualdad de derechos— de la sociedad", junto al poder y a la economía, definiéndola antropológicamente como un complejo de interacciones simbólicas[20], se le ha reprochado repetidamente que descuida el aspecto cultural de la historia. En su historia de la sociedad, los hombres desaparecen detrás de las estructuras, y la cultura es tratada exclusivamente en sus formas organizadas,

como iglesias, escolarización, universidades y asociacionismo. Apenas se estudian las formas de la vida cotidiana; en tanto que, como aspectos de la problemática de la mujer, únicamente se mencionan escuetamente el derecho conyugal, el trabajo de la mujer y el movimiento feminista[21]. La historia de la sociedad trabaja con macroconjuntos en los que apenas hay cabida para experiencias vitales existenciales. En efecto, en su *Historia Social Alemana*, Wehler concede, por ejemplo, a las mujeres y a la vida cotidiana menos espacio que Thomas Nipperdey en su *Historia Alemana de 1800 a 1918*, el cual por un lado regresa a una historia política narrativa y por otro dedica a la vida cotidiana, incluida la problemática de los sexos, secciones más detalladas que Wehler [22].

Pero hay que tener en cuenta que los trabajos de Wehler —como los de Braudel— estaban pensados como grandes proyectos de síntesis, y no como trabajos empíricos, como historia de la sociedad, no como historia social. No obstante, la concepción de Wehler de una historia social crítica dio impulso a una gran cantidad de investigaciones y discusiones sociohistóricas empíricas. En el centro de esas investigaciones figura el proceso de industrialización con sus efectos sobre clases y capas sociales, sobre obreros, empleados y burguesía. Este interés por las consecuencias de la industrialización no es nuevo en Alemania. Era ya el tema principal del *Arbeitskreis für moderne Sozialgeschichte* ["Círculo de trabajo para historia social moderna"], fundado en 1957 por Werner Conze, al cual pertenecieron entonces (y siguen perteneciendo) muchos de los jóvenes historiadores sociales críticos y en cuyas series de publicaciones han aparecido muchos de sus trabajos. Sin embargo, la historia social crítica introdujo un nuevo matiz en la investigación, esto es, la perspectiva política con la vista dirigida al pasado alemán y una asociación mucho más fuerte entre la teoría y la empiria. Los temas que ocupan a los historiadores sociales críticos alemanes de los años setenta, en especial la historia de los obreros, contaban en Inglaterra sobre todo, pero también en América, con una larga tradición, y en los años setenta y ochenta fueron adoptados en Francia. Pero les solía faltar la clara referencia a las teorías del cambio estructural, las cuales en los trabajos alemanes, en los que se resaltaba conscientemente que la misión del historiador no sólo consiste en contar, sino también en explicar, desempeñaban un papel central. Jürgen Kocka lo expresó así: "de un modo general, es indudable que la historia pasada sólo habrá sido comprendida del todo cuando se puedan entender y

explicar las conexiones que existen entre estructuras y procesos por un lado y experiencias y acciones por otro"[23].

A finales de los años sesenta, Jürgen Kocka ya emprendió el primer gran intento de emplear modelos teóricos en el análisis de desarrollos sociohistóricos. Mediante el ejemplo de la gran empresa Siemens entre 1847 y 1914[24] no sólo se analiza el problema general que supone la formación de un colectivo de empleados, sino que también se verifica el tipo ideal weberiano de la burocracia en la economía privada. En este trabajo, y aún más en su investigación comparativa de los empleados en Alemania y América entre 1890 y 1940[25], donde lo que le interesa a Kocka es hallar una explicación de la proclividad de los empleados alemanes hacia el nacionalsocialismo, se intenta claramente traspasar los límites de las estructuras y de los procesos objetivos y enlazar éstos con la conciencia política de los afectados. Esta relación de las condiciones laborales con las realidades existenciales de los obreros y, además, con la cultura de los obreros, desempeña un papel cada vez más importante en los trabajos empíricos de los años setenta y ochenta, que se ocupan de la vida del obrero, por ejemplo de las condiciones de vivienda, del tiempo libre y de la familia. En muchos de estos trabajos, también en Kocka, el concepto de clase ocupa un lugar decisivo. Se basa en una concepción de capas sociales que modifica el concepto de clase marxiano, pero que presupone, —en un grado aún mayor que Max Weber, para quien el estamento* y el honor continúan ocupando un lugar importante incluso en la sociedad industrial— la estrecha relación entre la conciencia de clase y las relaciones de producción. Pero los trabajos empíricos sobre el colectivo obrero, por ejemplo los estudios de Niethammer, Tenfelde y Brüggemeier en los años setenta sobre las condiciones de vida de los mineros del Ruhr[26], conducen necesariamente —así al tratar la cuestión de los inmigrantes polacos en la zona del Ruhr— a factores tales como la etnicidad y la religión, que, si no desbaratan el concepto de clase, fuertemente influenciado por Marx, sí lo modifican de un modo fundamental.

Esta ampliación de la historia social desde una historia de estructuras y procesos sociales hacia una historia de la vida y de la cultura no quedaba limitada a la ciencia histórica alemana federal. Partiendo de un concepto de clase marxista clásico, Hartmut Zwahr



* "Stand", en el original. Como queda de manifiesto en este capítulo, el estamento es una categoría sociológica capital en Weber y no se aplica únicamente a la sociedad del Antiguo Régimen preindustrial. *(N. del Trad.)*

muestra en su estudio *Zur Konstitution des Proletariats als Klasse. Strukturuntersuchungen über das Leipziger Proletariat während der industriellen Revolution* ["Sobre la constitución del proletariado como clase. Estudios estructurales sobre el proletariado de Leipzig durante la revolución industrial"], terminado en 1974 en la RDA y basado en grandes cantidades de datos empíricos, cómo los procesos estructurales se reflejan en las relaciones entre las personas, esto es, en las relaciones familiares y de amistad, así como en la conciencia social. También en América, Francia, Italia y, como veremos, sobre todo en Inglaterra, la historia social se desplazaba de modo creciente de las estructuras hacia los mundos vitales. En los años sesenta y setenta, en América han tenido mucha importancia los estudios sobre la movilidad social[27], realizados con el ordenador. En los años setenta, trabajos como los de Herbert Gutman[28], parecidos a los de Edward P. Thompson en Inglaterra, comenzaron entonces a subrayar las tradiciones culturales y del mundo vital con las que una población en extremo heterogénea entró a participar en el proceso de industrialización. Las investigaciones cuantitativas sobre las elecciones, emprendidas desde los años cincuenta por politólogos americanos para conocer la composición del electorado en las elecciones presidenciales y al congreso de los siglos XIX y XX, condujeron, de forma parecida a como hicieron los análisis de los éxitos electorales nacionalsocialistas, a la convicción de que los conceptos de clase tradicionales no eran suficientes para explicar el comportamiento electoral. El camino condujo desde los factores sociales a los culturales, religiosos, regionales y, en América de forma creciente también a los factores étnicos y específicos de la cuestión del sexo.

Para la nueva orientación de las investigaciones sociohistóricas llevadas a cabo en la República Federal de Alemania en los años ochenta resultan ejemplares los estudios comparativos acerca de la burguesía europea en el siglo XIX que Jürgen Kocka emprendió en colaboración con un gran círculo internacional de especialistas en ciencias sociales y humanas, entre los que figuraban también científicos del antiguo bloque del este[29]. Aquí, una definición que emana ante todo del estatus económico de la burguesía, es relevada por una concepción que relaciona estrechamente a la burguesía con el "ser burgués"*, el cual, en última instancia, solamente puede ser aprehendido mediante conceptos como cultura, honor y modo de comporta-

* "Bürgerlichkeit" en el original. También habría podido traducirse por "condición burguesa" o quizá por "burguesidad", pero "ser burgués" nos ha parecido preferible. *(N. del Trad.)*

miento. De ninguna manera se niegan las estructuras y los procesos que son accesibles a los métodos cuantitativos y a la estricta conceptualización, pero sí se humanizan y se llenan de un contenido que coloca los modos de vida en el centro de la investigación[30].

Como ejemplo de la estrecha unión entre la historia de las estructuras y la de las experiencias, entre métodos cuantitativos y hermenéuticos, puede servir el libro de Dorothee Wierling *Mädchen für alles. Arbeitsalltag und Lebensgeschichte städtischer Dienstmädchen um die Jahrhundertwende* ["Chicas para todo. Historia de la vida y trabajo cotidiano de las criadas en las ciudades hacia el cambio de siglo"] (1987). El oficio de criada es visto aquí como una manifestación de una sociedad que se transforma en el proceso de industrialización y modernización. Durante esa transición, las criadas hicieron posible un estilo de vida que la señora Wierling califica de "burgués". Participaron en el significativo cambio histórico desde una sociedad agraria-feudal a una sociedad urbana-capitalista. La inclusión de la perspectiva de las criadas en la exposición tiene por finalidad "convertir en objeto de la investigación histórica las diversas interpretaciones de los participantes, subjetivas en cada caso, de una situación histórica, de un cambio social, como elementos de una experimentación compleja de historia"[31]. Esta investigación histórica exige una unión de fuentes nuevas, como las historias de vida obtenidas mediante entrevistas, con las fuentes y los métodos clásicos de la ciencia social histórica.

También la variante austríaca de una "ciencia social histórica" crítica, como la representada por Michael Mitterauer y sus colaboradores tras ser llamado a Viena en 1971, enlaza los puntos de vista socioestructurales con la consideración de las experiencias vitales. El "grupo Mitterauer" ha adoptado métodos cuantitativos según los modelos angloamericano y francés, en un grado todavía mayor que la "escuela de Bielefeld", la cual se halla todavía muy unida a las tradiciones humanísticas alemanas y, por encima de todo, a un Marx en la lectura de Weber. La Demografía Histórica, tal como surgió en Inglaterra y en Francia, desempeñó aquí un papel especial. Por primera vez en el ámbito germanoparlante se efectuaron evaluaciones de fuentes masivas a gran escala con ayuda del ordenador. Sin embargo, a diferencia de la Demografía Histórica, como la practicada en Inglaterra por el *Cambridge Group for the History of Population and Social Structure* y en Francia por el grupo formado en torno a Louis Henry, se atribuye aquí una mayor importancia a la historia de

la familia moderna y al proceso de modernización. Los aspectos socioestructurales son vinculados a los demográficos más estrechamente que en Inglaterra o en Francia. Llegan a discutirse temas como la pubertad, la sexualidad y la juventud; se enlazan los métodos estadísticos con la reconstrucción de los itinerarios vitales individuales mediante los métodos de la *Oral History* ["historia oral"][32].

3. La ciencia histórica marxista desde el materialismo histórico hasta la antropología crítica

Con el derrumbamiento de los regímenes del socialismo real, los cuales se consideraban a sí mismos como encarnaciones de ideas marxistas o marxistas-leninistas, se plantea, por supuesto, la cuestión de si el marxismo ha perdido su relevancia no sólo como sistema social, sino también como método científico.

La aportación que el marxismo ha hecho a la moderna ciencia histórica no debe ser subestimada. Sin Marx no son concebibles ni la ciencia social histórica ni Weber, ni tampoco las formas principales de la historia cultural moderna, como veremos en el apartado siguiente. Existen ciertamente similitudes fundamentales entre los conceptos de ciencia de la ciencia social histórica y las principales tradiciones de la historiografía marxista. Ambas tienen en común tres premisas. El primer punto en común consiste en el supuesto de que existe una lógica de la investigación que es obligatoria para todas las ciencias. En este sentido, las ciencias sociales y las naturales forman una unidad. En unas como en otras, la cientificidad equivale a la utilización de unos procedimientos analíticos cuya meta consiste en explicar el mundo visible. Este es también el punto de vista del positivismo lógico, del cual, sin embargo, la ciencia social histórica y el marxismo se diferencian en que, para ellos, el mundo social sólo puede ser comprendido como historia. Así lo ve también el historicismo clásico desde Ranke a Dilthey y Meinecke. Sólo que la ciencia social histórica rechaza la separación que el historicismo establece entre los métodos explicativos, analíticos, y los objetivos cognitivos de las ciencias naturales por un lado, y los métodos comprendientes, hermenéuticos, y los objetivos cognitivos de las ciencias históricas por otro; y aspira a una ciencia de la sociedad que una los métodos hermenéuticos con los analíticos. Además, el marxismo y la ciencia social histórica se hallan unidas por la idea de que

la sociedad y la historia poseen una coherencia interna. Para ambas, esta coherencia consiste en el concepto de una formación social y de un desarrollo hacia adelante, tal como se formulan en la doctrina marxista de los estadios, en la concepción weberiana de la racionalización o en la wehleriana de la modernización. La tercera idea que comparten la ciencia social histórica y el marxismo es el rechazo de una ciencia aséptica y neutral, tal como la postulan, cada cual a su manera, el positivismo lógico y Max Weber. En este orden de cosas, el difuso concepto de la "dialéctica" significa que la realidad no es aquello que intentan describir las ciencias empíricas, sino que, más bien, debe comprenderse como un todo. Este todo presupone la coherencia entre la sociedad y la evolución. Todo fenómeno empírico debe ser entendido en el marco de esta totalidad. A ello va también unida una perspectiva normativa, sin la cual no es posible comprender ni la ciencia social histórica ni el marxismo, a saber, la idea de una sociedad racionalmente organizada, liberada de antagonismos y de dominación. Cualquiera que lea el primer capítulo de *El capital* de Marx, que termina con el apartado sobre el fetichismo de la mercancía, verá claramente que con ello se pretenden desenmascarar las contradicciones económicas y a la vez las contradicciones humanas del capitalismo, como ya insinúa el subtítulo "Crítica de la economía política". De modo parecido a como le ocurrió a la ciencia social histórica, también el marxismo se vió obligado cada vez más, en los años setenta y ochenta, a revisar sus premisas macrosociales y macrohistóricas.

La historia del marxismo como teoría científica está caracterizada desde sus inicios por la contradicción entre la pretensión del materialismo histórico y dialéctico de ser una ciencia rigurosa en el sentido de las ciencias naturales, y la perspectiva sociocrítica que rechaza este afán de objetividad como una forma de positivismo. Ha sido una debilidad del marxismo el que se haya orientado durante demasiado tiempo hacia un concepto de ciencia positivista. El materialismo, tal como es representado por Friedrich Engels en el *Anti-Dühring* y en la *Dialéctica de la naturaleza*, significa una visión del mundo que, pese a apelar a la dialéctica, entiende el mundo con arreglo a conceptos en parte mecanicistas y en parte darwinistas. Marx dio pie a una visión semejante cuando en su frecuentemente citado prólogo a la *Crítica de la economía política* (1859) presentó el transcurso de la historia mundial como el de un proceso predeterminado por leyes y condicionado de un modo relativamente mecá-

nico por la base económica[33]. Mientras a través de su concepción problematizante e interdisciplinar de la sociedad, Marx por un lado impulsaba la posibilidad de una dedicación científica a la historia, por otro lado la limitaba por su esquema histórico-filosófico, el cual predeterminaba en gran medida los resultados de la investigación empírica.

Con la revolución bolchevique y el establecimiento del socialismo real, esta concepción de la historia se convirtió en el fundamento de una ideología oficial, el marxismo-leninismo. Este ya se diferenciaba del marxismo marxiano por la base institucional que recibía en un régimen dictatorial. La posición predominante del partido hizo posible ulteriormente una creciente dogmatización de la filosofía marxiana. Los teóricos hablaban de la "unidad de lo lógico y de lo histórico" y postulaban "que la historia se cumple como un proceso histórico-natural, unitario, en un todo regulado por leyes"[34], que "en el presente es equivalente a la convicción de una victoria irresistible del socialismo y del comunismo"[35]. El papel central del partido condujo también a una mayor instrumentalización de la ciencia histórica como "principal arma ideológica [...] de la lucha de clases"[36].

Un gran defecto de la propia historiografía de Marx, que pesaba también sobre la historiografía en los países del socialismo real, reside en la circunstancia de que él no fue capaz de ir más allá de la unión esquemática entre teoría y exposición. Esto se hace patente en el *18. Brumaire* ["18 de Brumario"]. Los conceptos de clase carecen de una base empírica precisa; la conexión entre política y sociedad es dada por supuesta. Lo que queda es una historia desde arriba que se concentra en las acciones y decisiones de personalidades conspicuas. Lo que la diferencia de la llamada historiografía burguesa, es su actitud y su valoración políticas y polémicas. Este patrón básico de la concepción marxista-leninista de la historia ha impedido, en gran medida, una historia social que hubiese podido emprender la investigación con planteamientos marxistas de las interrelaciones sociales, o que se hubiera dedicado a la vida de las capas amplias de la población. Para la historia de los obreros, el patrón básico significaba a menudo una historia de un movimiento dirigido por el partido. Mencionemos aquí un ejemplo grotesco: la *Geschichte der deutschen Arbeiterbewegung* ["Historia del movimiento obrero alemán"] de 1968, de ocho volúmenes, la cual apela sobre todo a los trabajos de Marx, Engels, Lenin y a las "decisiones del partido de la clase obrera y los discursos y ensayos de

funcionarios relevantes del movimiento obrero alemán"[37].

Con el derrumbamiento del socialismo real, este modo de comprender y de escribir la historia había de perder por completo su relevancia. Ya antes, con la naciente crisis de los sistemas del socialismo real desde los años setenta (en Polonia incluso antes), los historiadores de los países socialistas habían buscado, en campos de investigación que no tenían que ver directamente con las cuestiones políticas más delicadas, una apertura hacia la ciencia histórica internacional, sin por ello abandonar necesariamente su orientación fundamental marxista. En algunos casos, incluso la habían llegado a desarrollar más.[38] Ello ha llevado a importantes contribuciones a la investigación internacional. Me refiero aquí sobre todo al intento de Witold Kula, en su *Teoría económica del sistema feudal*[39], de elaborar la lógica de acción de un sistema de relaciones, para realizar así respecto al feudalismo lo que Marx había realizado respecto al capitalismo. Mencionemos también una vez más el intento de Hartmut Zwahr, en su libro sobre la constitución del proletariado de Leipzig como clase, de enlazar las macrocuestiones con las cuestiones relacionadas con las acciones de los seres humanos.

Por lo demás, entre los historiadores e historiadoras de los países occidentales, sobre todo en Italia, América Latina, Francia y Japón, aunque también en Gran Bretaña[40], el ideario marxista desempeñaba un papel importante. Pero incluso en estos países el marxismo se hallaba sumido en una profunda crisis. Aún así parece ser que, paradójicamente, la crisis y la creciente relevancia del marxismo en los países occidentales hayan estado estrechamente relacionadas entre sí.

Lo que hacía interesante el marxismo en Occidente era su postura crítica ante las relaciones que imperan en una moderna sociedad industrial capitalista, y su compromiso político con los socialmente perjudicados. Por otra parte, estas mismas relaciones cuestionaban, en una época postindustrial, las concepciones básicas en las que se fundamentaba el marxismo. Éstas se hallaban profundamente ancladas en el mundo del siglo XIX, en concepciones que Marx y los marxistas compartían con el mundo ideológico burgués que ellos rechazaban. De ellas formaba parte la fe en un crecimiento ilimitado basado en el progreso técnico-científico, además del afán por propagar la civilización europea por todo el mundo. Al mismo tiempo, los pensadores críticosociales de la era postindustrial percibían la concentración marxiana en macroagregados, tales como la

productividad, las clases y el estado, como demasiado restrictiva en vista de las formas extraeconómicas y extraestatales de ejercer el poder y el dominio en la vida cotidiana, incluidas las relaciones entre los sexos.

En Occidente, ya poco después de la Primera Guerra Mundial, algunos pensadores marxistas tomaron conciencia de los límites del materialismo histórico, tal como había sido interpretado por la ortodoxia marxista desde las obras tardías de Friedrich Engels y, posteriormente, por el marxismo-leninismo. En los años veinte, Antonio Gramsci, György Lukács y Karl Korsch, entre otros, trasladaron el peso de la crítica al capitalismo de la economía a la cultura. Para Lúkacs, *El capital* de Marx era una crítica al pensamiento economicista del capitalismo y a su racionalidad, en el cual todas las relaciones humanas son "cosificadas"[41]. Esta interpretación cultural de la crítica marxiana a la moderna sociedad capitalista halló su confirmación en la publicación en 1932 de los manuscritos de París, en los que Marx coloca, en 1844, el concepto de la alienación en el centro de su crítica[42]. Esta crítica constituye también el núcleo de la interpretación de Marx por la Teoría Crítica de la Escuela de Francfort. Sus representantes trabajaban también con un concepto de ciencia que sustituía el objetivismo positivista, el cual era determinante en el marxismo ortodoxo y en el marxismo-leninismo, por un concepto de comprensión que parte de la premisa de que las sociedades humanas encarnan sistemas de valores cuyo significado debe ser "comprendido".

En la historiografía marxista de los países occidentales se formaron, después de la II Guerra Mundial, dos corrientes principales, una, estructuralista, y la otra, culturalista, las cuales, no obstante, muchas veces se confunden una con la otra. La corriente estructuralista está todavía estrechamente ligada a la doctrina marxiana de la infraestructura, la superestructura y a la de los estadios. El problema central que interesa a historiadores como Dobbs, Sweezy, Bois, Brenner y Wallerstein, es la transición del feudalismo como formación social al capitalismo[43]. Pese a que la doctrina de los estadios podía llevar a adoptar criterios unilaterales dogmáticos, en los años cincuenta y sesenta ha conducido a vivas y fructíferas discusiones con historiadores sociales y de la economía no marxistas sobre la formación de un sistema económico y de un orden social modernos[44]. Hace tiempo que estas discusiones han amainado. Pero la concepción del capitalismo como un sistema mundial originado en la época

moderna ha suministrado instrumentos conceptuales al problema de la dependencia y del subdesarrollo del Tercer Mundo, así por ejemplo para las teorías latinoamericanas de la Dependencia[45].

Mientras para los estructuralistas, orientados frecuentemente hacia Althusser[46], las relaciones sociales objetivas son decisivas para el desarrollo de la conciencia de clase, para un gran número de marxistas angloparlantes e italianos (Thompson, Rudé, Hobsbawm, Genovese; Ginzburg, Levi, Poni) la conciencia desempeña un papel decisivo. En esto se diferencian no sólo de los marxistas estructuralistas y de las corrientes principales de las ciencias sociales americanas empíricas, sino también de la historia de las mentalidades de los *Annales* y de la Antropología Histórica de Lévi-Strauss o Clifford Geertz[47]. El centro de gravedad de su investigación sigue siendo la lucha de clases o, mejor dicho, el problema de la dominación. Continúa siendo marxista la insistencia en la relación entre la conciencia y el modo de producción, y en el conflicto entre los que ejercen la dominación y aquellos que son dominados. Es nuevo, en cambio, el realce de la conciencia y de la cultura como factores decisivos en la acción social. Lo decisivo es cómo los seres humanos viven su situación. Al contrario de las ciencias sociales sistemáticas se resalta lo específicamente histórico como conjunto interrelacionado de significados. La historia es ahora considerada "desde abajo". A diferencia de la antropología histórica y de la historia de las mentalidades, las cuales excluyen en gran medida el contexto político y postulan una conciencia colectiva y unos patrones de acción colectivos, los marxistas orientados hacia la cultura continúan partiendo del carácter conflictivo de cualquier sociedad. Este conflicto es de naturaleza política, si bien no siempre adopta la forma de un enfrentamiento abierto, sino que se puede expresar en resistencias que se dan encubiertas en la vida cotidiana. Mientras Marx subraya la pasividad de las bajas capas preproletarias cuando compara a los campesinos franceses con un "saco de patatas"[48], el marxismo orientado hacia la cultura resalta la participación activa[49] y las resistencias cotidianas de esas capas.

Un importante impulso para una historiografía de esta guisa lo dió Edward P. Thompson con su libro *La formación histórica de la clase obrera en Inglaterra. 1780-1832* (1963)[50] y con sus posteriores enfrentamientos teóricos con la ortodoxia marxista y, especialmente, con el estructuralismo marxista de Louis Althusser. Thompson distingue nítidamente "entre el marxismo como sistema cerrado y

una tradición, procedente de Marx, de investigación y crítica abiertas. La primera se sitúa en la tradición de la teología. La segunda es una tradición de la razón activa", la cual "se libera de la idea verdaderamente escolástica de que los problemas de nuestro tiempo (y las experiencias de nuestro siglo) pudieran comprenderse mediante el análisis riguroso de un texto publicado hace ciento veinte años"[51]. La idea de Marx de que la existencia social determina la conciencia social es "problemática", si no nos damos cuenta de que "hombres y mujeres (y no sólo los filósofos) son seres dotados de razón que reflexionan sobre lo que les sucede a ellos y al mundo"[52]. Con esto, Thompson rechaza la doctrina de la infraestructura y la superestructura, según la cual la clase obrera sería el resultado de las nuevas fuerzas productivas[53]. Él no ve a la "clase como una 'estructura' o, menos aún, como una 'categoría', sino como algo que efectivamente tiene lugar en las relaciones entre seres humanos"[54]. Esto, sin embargo, no significa un culturalismo puro. "La experiencia de clase se halla en gran medida determinada por las relaciones de producción del entorno en que uno nace —o ingresa— en contra de su voluntad". La conciencia de clase, en cambio, "es el modo en que se interpretan y transmiten culturalmente estas experiencias: se encarna en tradiciones, sistemas de valores, ideas y formas institucionales"[55]. La formación de la clase obrera, —y aquí no se trata de una clase obrera prototípica, sino de una clase obrera inglesa concreta— "es a un tiempo un desarrollo en el ámbito de la historia política y cultural *y* en el de la historia económica. No fue el producto automático del sistema de fábricas. Y del mismo modo no debemos imaginarnos tampoco una fuerza externa, la 'Revolución Industrial', que actúa sobre un material humano en bruto indefinido y no diversificado para, al final, producir una 'nueva raza de seres vivientes'. Los cambios en las relaciones de producción y en las condiciones de trabajo causados por la Revolución Industrial no fueron impuestos a ningún material en bruto, sino al inglés nacido libre", que incorporó en este proceso conceptos, modos de comportamiento y valores establecidos mucho tiempo atrás. De aquí que Thompson subraye que en esta transformación los obreros desempeñaron un papel activo. "La clase obrera no sólo fue creada, fue al mismo tiempo su propio creador"[56].

Sin que se niegue el papel objetivo de las relaciones de producción, éstas son englobadas en el marco de una cultura concreta que no puede ser comprendida sin las experiencias de hombres y mujeres

reales. Al reconocer a la subjetividad un papel decisivo, esta concepción puede aproximarse de un modo crítico a las tradiciones científicas de origen marxista y sociocientífico, para las cuales son decisivas las estructuras sociales o económicas. La historia es resaltada ahora como clave para poder comprender las relaciones sociales. "Por clase", escribe Thompson, "entiendo un fenómeno histórico"[57]. Pero la historia es entendida de otra manera que en la tradición marxista o en la ciencia social histórica. A pesar de la insistencia de Thompson en los elementos culturales, se mantienen dos componentes decisivos de la tradición científica del marxismo: el presupuesto de que las relaciones de producción y posesión son los puntos de partida del análisis social y, relacionada con ello, la convicción de que estas relaciones determinan la desigualdad social y el conflicto. Como en el marxismo clásico, la transición de la sociedad preindustrial a la industrial es decisiva para la comprensión del mundo moderno. Thompson sigue esta transición en sus consideraciones sobre el cambio del concepto del tiempo en el proceso de industrialización, desde un tiempo concreto, ligado a la naturaleza, hasta un tiempo abstracto, rigurosamente mensurable, que domina toda la vida[58]. Para Thompson no se trata aquí de un proceso aséptico, tal como fue definido repetidamente en las teorías de la modernización de los años sesenta, no de una evolución hacia una mayor racionalidad y eficiencia de la actividad humana, sino de un industrialismo capitalista, en el que la racionalidad sirve como instrumento de dominación económica y social y, por lo tanto, también cultural, al objetivo arquetípico de la maximización del beneficio.

Al evaluar el significado del proceso de industrialización y/o modernización, Thompson, no obstante, se diferencia de las concepciones históricas marxistas clásicas. Rechaza la idea de que la modernización signifique un progreso de la humanidad en el camino hacia una sociedad más evolucionada, a lo largo del cual se anulan las contradicciones y los antagonismos de todas las sociedades precedentes. La mejora cuantitativa de las condiciones de vida, que la Revolución Industrial trajo consigo en algunos campos, no compensó las grandes pérdidas en calidad de vida, consecuencia de la modernización. Esto significa el retorno a un historicismo que, de un modo mucho más consecuente que Ranke o Droysen (quienes se contentaban con ver en su época el punto culminante de la historia), se resiste a la idea de que el pasado sea una etapa en el camino hacia el futuro. Al mismo tiempo, Thompson considera la vida de cada

individuo como algo históricamente valioso y se opone a la concepción que "interpreta la historia a la luz de intereses posteriores y no tal como ha tenido lugar en realidad". "En lugar de ello", escribe Thompson, "intento rescatar al calcetero pobre, al tundidor luddita, al tejedor 'anticuado', al artesano 'utópico', incluso al obcecado seguidor de Joanna Southcott, de la desmedida arrogancia de la posteridad", pese a que "su hostilidad hacia el nuevo industrialismo quizá estuviese orientada hacia el pasado"[59]. A pesar de que se distancian de la concepción de un proceso histórico unitario, Thompson y los historiadores marxistas de orientación cultural posteriores perseveran en dos conceptos generales: en el concepto de clase y en el de la cultura popular. Por cultura popular Thompson entiende una cultura plebeya, un concepto que adopta del discurso etnológico, pero que en sus manos adquiere un significado marxista. Y subrayando que "la clase es una relación y no una cosa"[60], Thompson rechaza decididamente la concepción marxista ortodoxa que hace derivar la clase de las fuerzas productivas objetivas, y ve el núcleo de la clase en la conciencia social, tal como se ha originado históricamente y, por lo tanto, también en los aspectos culturales. Pero Thompson aún se halla tan ligado a la ortodoxia marxista que está firmemente convencido de que existe una clase obrera inglesa unitaria, y no simplemente diversas clases obreras con tradiciones culturales diversas[61]. Según él, la conciencia obrera inglesa se formó en el encuentro con la nueva industria. Los disturbios del pan en el siglo XVIII no habrían de ser entendidos principalmente como consecuencia de la escasez económica, sino como la manifestación de una cultura popular que defendía la idea de una "economía moral" que era cuestionada por la moderna economía de mercado[62].

El concepto de una cultura popular plebeya que se resiste a las condiciones y prácticas de poder establecidas, aparece repetidamente en los estudios, de inspiración marxista, de las sociedades preindustriales y de la temprana era industrial. Ello empieza ya en Friedrich Engels. En su obra *La situación de la clase obrera en Manchester* proporcionó ya en 1844 un ejemplo de resistencia no sólo como oposición política directa, sino de resistencia contra las fuerzas dominantes y contra la cultura dominante en las más diversas formas y en todos los ámbitos de la vida. Más típico de la historiografía marxista fue, no obstante, *El 18 de Brumario de Louis Bonaparte* de Marx, donde se describe la lucha de clases vista desde arriba, desde el escenario político, con sus estadistas y políticos. Aún así, *Rebeldes*

sociales de Hobsbawm, los trabajos de George Rudé[63], *Whigs and Hunters* de Thompson y numerosas publicaciones italianas, por ejemplo, se dedican a la resistencia de una población de campesinos o artesanos contra la irrupción de las formas económicas capitalistas, una resistencia que no se manifestaba tanto en las acciones políticas directas, como en las formas ocultas de los "trucos campesinos" (Poni) y de la obstinada actitud ante el trabajo y el rendimiento[64]. En *El queso y los gusanos. El mundo de un molinero hacia 1600*, de Carlo Ginzburg, esta cultura campesina plebeya que lo impregna todo se condensa en la visión del mundo de un hombre excepcional. El pueblo aparece aquí como un todo provisto de una cultura común que lo separa de las capas sociales que poseen el poder social y cultural. Es importante aquí la idea de que "los hombres (hacen) su propia historia"[65], que los hombres no son objetos pasivos de unas fuerzas materiales, sino que son ellos los que participan en la configuración de sí mismos. Éste es el significado del título inglés de la obra de Thompson *The Making of the English Working Class* y del libro de Eugene Genovese *Roll Jordan, Roll. The World the Slaves Made*, el cual se ocupa de la relación amo-siervo entre esclavos y dueños de esclavos en el sur americano.

Todo ello lleva a la cuestión de cuál es la concepción de ciencia del marxismo orientado hacia la cultura. Reconociendo el papel de las relaciones de producción como factores objetivos, Thompson quiere situarse en el terreno del Materialismo Histórico, pero al mismo tiempo resalta que esas relaciones de producción sólo existen dentro de un marco que recibe su forma por la acción conjunta de la cultura y de la conciencia.[66] A la investigación empírica le atribuye un papel de cierta importancia, pero al mismo tiempo rechaza un "empirismo" que se limite a una investigación de este tipo. En última instancia, la realidad de una sociedad sólo puede ser comprendida a través de las experiencias de sus personas, pero esas experiencias en un principio escapan de las investigaciones empíricas. Aquí Thompson regresa a puntos de vista hermenéuticos, como había representado ya el historicismo clásico, sólo que para él son relevantes temas muy diferentes. En *The Making of the English Working Class* las ideas desempeñan todavía un papel importante, así, por ejemplo, las opiniones de Paine, Cobbett, Owen, de la *London Corresponding Society* y las tradiciones políticas del radicalismo inglés. En este sentido, *The Making of the English Working Class*, más que historia de las experiencias, es aún historia de las ideas. Una

historia de las experiencias requiere fuentes que vayan más lejos, como las que utiliza Thompson para sus ensayos posteriores. Para el cambio del concepto del tiempo, o, dicho más exactamente, para el cambio en el modo de experimentar el tiempo, Thompson recurrió a otras fuentes, especialmente literarias[67]. Con la transición desde una historia de las ideas políticas, lo que, al fin y al cabo, es *The Making of the English Working Class*, hasta la consideración de la cultura plebeya se opera la transición hacia la Antropología Histórica, la cual exige un procedimiento hermenéutico distinto.

4. Historia de la vida cotidiana, microhistoria y antropología histórica. La puesta en tela de juicio de la ciencia social histórica

La crítica a los modelos sociocientíficos de la historiografía que surgió en los años setenta y ochenta en los países occidentales y, esporádicamente, también en los del socialismo real, y que era cada vez más acentuada, refleja la estrecha relación que existía entre el pensamiento histórico, la historiografía, y las concepciones políticas y sociales de los historiadores e historiadoras en cuestión. Tal como lo formularon Carlo Ginzburg y Carlo Poni[68], dos de los más significativos representantes italianos de la nueva historia cultural y social, las razones para alejarse de la historiografía, tal como la hacían los marxistas y también la ciencia social histórica, residían en una radical puesta en tela de juicio de la valoración optimista del progreso técnico y civilizador, en la cual se basa esa historiografía. Así, para Jürgen Kocka, la ciencia social histórica se halla estrechamente relacionada con el "objetivo general de la Ilustración crítica que apuesta por la razón" y que, pese a su "'coste', sus quiebras y sus catástrofes" tiene en la sociedad moderna una función emancipadora y de crítica al poder y a la ideología. Los rápidos cambios que tuvieron lugar en Europa del Este —escribe Kocka en 1991— podrían leerse una vez más como la "confirmación de la teoría de la modernización, en la medida en que ésta mantiene el paralelismo, interdependiente y que se impone a largo plazo, de *a*) la economía de mercado y la industrialización, *b*) la pluralización* social, *c*) la 'civic culture' y *d*) el estado constitucional liberal y democrático"[69]. Pero eran precisamente estos logros del progreso técnico y civilizador,

* Hemos optado por el neologismo "pluralización" para recoger el sentido activo del término original, "Pluralisierung". *(N. del Trad.)*

con sus fenómenos concomitantes de la creciente depauperación a nivel mundial, la amenaza nuclear y las catástrofes ecológicas, los que parecían refutar política y éticamente las teorías de la modernización.

Asimismo, los argumentos esgrimidos en contra de la historia social tradicional son, ante todo, de naturaleza política y ética, sin importar si se refieren a Marx, a Weber o a las teorías americanas del crecimiento. Esta historia social presupondría un proceso histórico mundial unitario que "se caracteriza por los distintivos de la modernización, la industrialización y la urbanización, así como del estado nacional institucional y burocrático"[70]. Se habría pasado por alto el coste humano de este proceso, el hecho de que "el despliegue desproporcionado de las fuerzas productivas [...] no se puede desligar del desarrollo de las *fuerzas destructivas*"[71]. Estos procesos, por así decirlo, habrían tenido lugar a espaldas del hombre. Lo que importaría ahora sería incluir en la historia a aquellos hombres que hasta el momento han sido omitidos por ella, en particular al "hombre de a pie". Para ello no se trataría tanto de las condiciones materiales de la vida cotidiana, tal como las describe Braudel en su libro sobre la vida cotidiana en su *Civilización material, economía y capitalismo, siglos* XV-XVIII, sino, antes bien, de cómo los hombres experimentan esas condiciones. Lo que hasta ahora le ha faltado a la historia social es, en la opinión de sus críticos, una idea adecuada y matizada de "cómo se puede aprehender y exponer la compleja relación mutua que existe entre las estructuras globales y la praxis de los sujetos, entre las condiciones de vida, las relaciones de producción y de dominación y las experiencias y los modos de comportamiento de los afectados"[72].

Esta insistencia en la subjetividad de muchas personas requiere una concepción distinta de la historia que complemente los actuales "puntos de vista históricos centristas y unilineares" de la historia social y de su "lógica sistémica" con una "lógica del mundo vital, comunicativa y referida a las experiencias" (Habermas)[73]. De forma muy parecida reaccionaron respecto a la antigua historia social y al marxismo tradicional los historiadores sociales y culturales en todos los países occidentales —en Italia, Francia, Inglaterra, los EE.UU., Suecia, la antigua República Federal de Alemania, Japón y otros— y exigieron una historia "microhistórica" de la vida cotidiana[74]. Desde la Ilustración no ha habido ningún discurso internacional homogéneo como éste. En sus matices nacionales, las tradiciones de la historia social, determinantes en Francia, en los EE.UU. y en Alemania durante los dos primeros

tercios de este siglo, se diferenciaban mucho más fuertemente entre sí de lo que lo hace la nueva historia cultural.

La nueva historia de la vida cotidiana, o microhistoria, no se puede separar de las valoraciones políticas y filosófico-históricas, a las cuales se halla estrechamente vinculada. Lo que le importa es la gente corriente. Una historia de la vida cotidiana y una historia cultural de las élites habían existido desde hacía tiempo. Ejemplos de ello son las historias biográficas antiguas y medievales, no sólo las biografías de Plutarco, sino también la descripción de Alcuino de la vida cotidiana de Carlomagno, además de la *Cultura del Renacimiento* de Jakob Burckhardt y del *Otoño de la Edad Media* de Johan Huizinga. Pero en la nueva historia de la vida cotidiana se trata conscientemente de aquellos hombres que no llevaban las riendas del poder, se pretende, tal como lo formula Edward P. Thompson, "salvar al calcetero pobre, al artesano 'anticuado' [...] de la desmedida arrogancia de la posteridad"[75]. Esto significa al mismo tiempo que se renuncia a considerar al poder político como el elemento constituyente de la historia. En lugar de una sola historia, ahora existen muchas historias. Los historiadores intentan librarse de una visión "etnocéntrica", la cual identifica el progreso occidental con la verdadera historia, pero que no tiene en cuenta las grandes pérdidas en valores humanos que acompañaron a ese progreso. Se recalca que las culturas no tienen una historia unitaria. La historia no arranca de un centro ni se mueve de forma unilineal en una sola dirección. No sólo existe un gran número de culturas de igual valor, incluso dentro de esas culturas no existe ningún centro en torno al cual se pueda desarrollar una exposición unitaria. Por ello es posible una multiplicidad de historias, cada una de las cuales exige métodos específicos para aprehender los aspectos cualitativos de las experiencias vitales.

Con la crítica a la concepción de la historia como la de un proceso unitario que parte de un centro social y político, se cuestionó el concepto de ciencia en el que se basaban la investigación histórica y la historiografía. Se pretendía que la ciencia que trabajaba con teorías abstractas y que trataba la materia de su investigación como un objeto, fuese reemplazada por una ciencia alternativa, capaz de reconstruir los aspectos cualitativos de las experiencias. Una ciencia así requería la renuncia a una teoría que impusiera "su método y su lógica al objeto". En lugar de ello debería intentar reconstruir "la lógica informal de la vida"[76]. Pero los teóricos de la historia de la vida cotidiana y de la microhistoria, como Hans Medick, Giovanni Levi,

Natalie Davis y Roger Chartier, advierten al mismo tiempo del peligro que supone la concepción, procedente de la hermenéutica, de que sea posible compenetrarse con el objeto de la investigación[77]. Pues, según estos teóricos, la hermenéutica, que fue el fundamento del historicismo clásico, presupone una comunión entre el mundo vital del historiador por una parte, y las acciones y los razonamientos que investiga por otra. Adopta la "unidad y continuidad culturales de exactamente el mismo entramado de experiencias y tradiciones", que unen al historiador con su objeto y que son "condición previa a cualquier modalidad de comprensión"[78].

Con la enorme ampliación del campo de trabajo por la nueva historia social y cultural, esta premisa de una tradición cultural común que hace posible la comprensión histórica, ha dejado de ser algo obvio. Para la nueva historia de la vida cotidiana, la antropología cultural, tal como era representada en los años setenta y ochenta por Clifford Geertz[79] y, con un componente histórico más fuerte, por Marshall Sahlins[80], se convertía cada vez más en un modelo para la investigación histórica. "El etnólogo no cuenta con ningún acceso directo a la experiencia ajena. Por ello queda limitado a descifrar la cultura y los modos de vida ajenos de una forma indirecta"[81]. Esta cultura y estos modos de vida se manifiestan en acciones rituales y simbólicas que van más allá del carácter inmediato de cada una de las intenciones y acciones y que forman un "texto", que hace posible el acceso a la cultura ajena. Geertz hablaba de una "descripción densa". "Yo intentaba [...] investigar las relaciones e ideas más íntimas, pero no figurándome que yo era otro —un arrocero o el jeque de alguna tribu, para luego contemplar lo que percibía— sino buscando y analizando las formas simbólicas —palabras, imágenes, instituciones, modos de comportamiento—, con cuya ayuda los hombres de cualquier lugar se representan, tanto ante sí mismos como ante los demás"[82].

Pero la cuestión acerca de las reglas metodológicas que debiera seguir el análisis de esta "descripción densa" permanece abierta. Para Jürgen Kocka este procedimiento significa el abandono de la racionalidad metódica y el retroceso hacia un neohistoricismo. "La mera reconstrucción de las experiencias no (puede) llevar a una reconstrucción comprendiente de la historia", escribe[83]. Geertz y Medick quieren evitar el aproximarse a su objeto con planteamientos y teorías explícitas, para, en su lugar, dejar al descubierto una "teoría innata de los sujetos históricos"[84]. Sin embargo, la "descrip-

ción densa" presupone, tal como han subrayado repetidas veces los críticos, que la cultura que se describe sea una unidad homogénea y que no se descomponga en sectores ampliamente separados entre sí. Tal vez sea una contradicción de numerosos historiadores de la vida cotidiana y microhistoriadores —aunque, en modo alguno (como veremos) de todos— que por un lado ciertamente nieguen la unidad de la cultura occidental, mientras que por otro no vayan lo suficientemente lejos en su postura descentralista, en tanto que dan por supuesta la unidad de su objeto de investigación y con ello pasan por alto que "toda descripción, por muy densa que sea, es ya el producto de una selección"[85].

Pese a su crítica masiva a la historia social tradicional, casi todos los representantes de la historia de la vida cotidiana y de la microhistoria adoptan concepciones filosófico-históricas, científicas y políticas fundamentales de la tradición sociocientífica. Casi todos ellos, incluido Medick, aceptan que haya un proceso de modernización. Este es para ellos más complejo y está lastrado por mayores costes que para Marx, Weber o Rostow, pero avanza irreversiblemente en una dirección que es en gran medida idéntica a las "grandes transformaciones", a la modernización, la industrialización, la urbanización, la burocratización, etc. Bien es cierto que desde el punto de vista de los años noventa de nuestro siglo ya no es seguro si este proceso es, en efecto, irreversible o si alcanzará algún límite o si ha creado condiciones que conduzcan necesariamente en otras direcciones, por ejemplo a una limitación del crecimiento. Una crítica cultural de larga tradición, que se remonta al siglo XIX e incluso al siglo XVIII, comienza a tomar conciencia de las pérdidas que ha acarreado el proceso de modernización. Ahora bien, también Weber era consciente de esas pérdidas. Los historiadores de la vida cotidiana y los microhistoriadores se esfuerzan ahora por averiguar cómo los hombres han vivido y experimentado este proceso. El marxismo y la ciencia social histórica carecen, según ellos, de una "teoría matizada del sujeto"[86]. Los historiadores de la vida cotidiana y los microhistoriadores pretenden tenerla. Su deseo consiste en humanizar la historia, lo cual al mismo tiempo requiere ampliar la historiografía, incluyendo en ella, además de los grandes procesos, la historia en un espacio reducido, las vivencias y experiencias de personas concretas o de pequeños grupos de personas, pero siempre dentro del marco de esos grandes procesos.

El relevo —que no el abandono total— de la visión centrista

significa que ahora reciben un tratamiento histórico aquellas esferas de la vida que hasta el momento han quedado al margen del acontecer histórico. Un papel importante lo desempeña aquí la vida privada —infancia, sexualidad, familia, ocio, muerte—, la cual ya había merecido la atención de los trabajos franceses del círculo de los *Annales*. Sin embargo, no se aceptan los métodos de cuantificación, utilizados en la Demografía Histórica de Louis Henry en Francia, así como en el *Cambridge Group for the History of Population and Social Structure* y en la *histoire sérielle* de Pierre Chaunu, Michel Vovelle[87] y otros. El libro de Emmanuel Le Roy Ladurie *Montaillou* (1975), obra que contempla un pequeño pueblo herético en el sur de Francia en los años 1314-1321 y que siguió al estudio demográfico-económico del mismo autor, *Los campesinos del Languedoc* (1966), que abarca los cinco siglos desde 1300 hasta aproximadamente 1800, es un ejemplo de esta transición de una macrohistoria a una microhistoria, de las estructuras a las experiencias y a los modos de vida.

En casi todos los trabajos históricos de orientación antropológica que se ocupan de las épocas posteriores a la Edad Media, o también de las culturas extraeuropeas, como por ejemplo *Völker ohne Geschichte* ["Pueblos sin historia"] de Eric Wolf y *Die süße Macht* ["El dulce poder"] de Sydney Mintz, el proceso de modernización desempeña, sin embargo, un papel de máxima importancia; constituye, de hecho, el hilo conductor. Con frecuencia esto es también el caso en el medievalismo, como en el famoso ensayo, ya citado, de Jacques Le Goff sobre el origen del concepto moderno del tiempo. Todos éstos son, en realidad, esbozos macrohistóricos que trasladan el acento de la política y la sociedad a la cultura. Y si bien Foucault ha subrayado repetidas veces que la historia no posee unidad y que está caracterizada por las rupturas, sus trabajos sobre la locura, la clínica y la prisión[88] sí parten del presupuesto de que el transcurso de la historia moderna equivale a una creciente disciplinación de la vida cotidiana. Ésta es también la idea básica de los trabajos de Robert Muchembled[89], quien asocia el despliege del estado administrativo en los inicios de la Edad Moderna en Francia a la exclusión de grupos marginales no conformistas. También las investigaciones microhistóricas, que tienen por objeto lo privado y personal, —y que son cada vez más frecuentes— parten en su mayoría de concepciones de modernización.

Un impulso importante para estas investigaciones lo dio la obra de Norbert Elias *Über den Prozeß der Zivilisation* ["Sobre el proceso de

civilización"], que fue publicada ya en 1939 en la emigración pero que no llegó a ser conocida hasta que fue reeditada en 1969. Elias defiende la tesis de que con el Absolutismo se originó una cultura cortesana que sometió las funciones corporales, como comer, digerir, amar, las cuales anteriormente habían sido ejercidas sin traba alguna, a unas reglas estrictas, relegándolas de la esfera pública a la privada. Esta concepción de la "privatización de las costumbres"[90] es la idea fundamental de la *Historia de la vida privada*, que abarca el mundo occidental desde la Antigüedad romana hasta la Francia del siglo XX. Se compone de cinco volúmenes y colaboran en ella muchos de los más significativos historiadores sociales y culturales franceses. La privatización de la vida personal es vinculada estrechamente al creciente anonimato de la sociedad moderna, en la cual, hasta bien entrado el siglo XX, la familia se convierte en un lugar de refugio, al menos para las capas burguesas de una sociedad que se halla marcada predominantemente por valores burgueses. La actual crisis de la familia anuncia la transición de un mundo moderno y burgués a un mundo postmoderno y postburgués.

Existe un segundo aspecto en el que la historia de la vida cotidiana y la microhistoria enlazan directamente con ideas del marxismo y de la ciencia social histórica: el de que las sociedades se hallan caracterizadas por los conflictos. El marxismo y también la ciencia social histórica consideran estos conflictos como una disputa entre clases que se han formado en relación con el desarrollo de las fuerzas productivas[91]. Ya en los años sesenta y setenta, sin embargo, pensadores marxistas resaltaban de forma creciente los factores culturales y de conciencia, sin por ello renunciar al concepto de clase social y de lucha de clases[92]. Hemos visto ya que Edward P. Thompson no consideraba la clase "como una 'estructura' o como una 'categoría', sino como algo que tiene lugar entre los hombres, en sus diversas relaciones". El antropólogo francés Pierre Bourdieu escribió en 1970 (por entonces aún se consideraba marxista): "una clase social jamás se puede determinar únicamente por su situación y posición dentro de una estructura social, es decir, a partir de las relaciones que, objetivamente, mantiene con otras clases de la sociedad; pues debe toda una serie de sus características al hecho de que los individuos que constituyen la clase establecen entre ellos, deliberadamente o sin darse cuenta, unas relaciones simbólicas". Bourdieu prosigue aquí una discusión que comenzó hacia el cambio de siglo en la sociología alemana y americana (con Max Weber, Georg Simmel y Thorsten

Veblen). En su opinión, Weber distingue entre la clase económica y el estamento, "una comunidad de personas determinada por una cierta 'posición' dentro de la jerarquía de honor y prestigio", y añade que "merece la pena remarcar que todos los rasgos que Weber atribuye al estamento pertenezcan al orden simbólico"[93]. Afirma que también es dudoso si en la moderna sociedad industrial ha tenido realmente lugar la evolución hacia un tipo ideal, 'clase', que correspondiera al concepto marxiano en tanto fuera posible definirlo meramente según su relación con la producción. Según Bordieu, esta agrupación social, sea ésta definida como clase o como estamento, está más bien en estrecha conexión con el concepto del "estilo de vida". Desde este punto de vista, Thorsten Veblen caricaturizó hacia 1900, con burla mordaz, la simbología del honor de una alta capa social en una sociedad moderna, postestamental y capitalista[94].

Si bien Thompson define la clase como una relación y como la conciencia de esa relación, se mantiene en que hubo una clase obrera inglesa como "fenómeno histórico", el cual justifica que se hable de "la clase y no de clases". El concepto de una "experiencia de clase", que para Thompson todavía "se halla determinado en gran medida por las relaciones de producción"[95], es cuestionado de forma creciente en los años setenta y ochenta. Y hace ya tiempo que el colectivo de los trabajadores no es concebido como una unidad con una conciencia homogénea, tal como la describió aún Thompson. Una proletarización, como la que Marx ha reflejado en sus tipos ideales, no se ha dado en esa forma. Para Thompson, el colectivo de los trabajadores es un grupo muy heterogéneo. Las tradiciones artesanales sobrevivieron incluso en la fábrica. Una gran variedad de relaciones, de naturaleza religiosa y étnica, que trascienden las barreras de las clases, determinan la identidad de los grupos.

Esto lo han mostrado los análisis de los éxitos electorales nacionalsocialistas de 1932, análisis en los que el concepto de clase proporcionó el hilo conductor incluso en los estudios no marxistas. Así, en 1959, el politólogo americano Seymour Martin Lipset rechazó decididamente, y con razón, la interpretación comunista del nacionalsocialismo como función de las fuerzas agresivas del capital monopolista, pero aún así trabajaba con conceptos de clase explícitos[96]. Hoy, su teoría sobre la base pequeño-burguesa del electorado nacionalsocialista y sobre el rechazo casi unánime del partido nacionalsocialista por parte de los obreros ya no es sostenible. William Sheridan Allen[97] subrayó ya en su temprano estudio

sobre la toma de poder nacionalsocialista en Northeim que, pese que hasta cierto grado correspondían a las agrupaciones socioeconómicas, los partidos políticos eran allí asociaciones complejas, en las que las sociedades, los círculos de amigos y las agrupaciones sociales desempeñaban un papel decisivo. Los análisis electorales de Richard Hamilton[98], Thomas Childers[99], Jürgen Falter[100] y otros han demostrado que los electores del partido nacionalsocialista alemán procedían de todas las clases, incluso de la alta burguesía y, aunque en menor grado, del colectivo obrero. La identidad social y política no la determinaban los criterios socioeconómicos, sino los modos de comportamiento y los vínculos culturales e incluso religiosos, los cuales iban más allá de esos criterios. Como ya se ha mencionado, Thomas Childers ha investigado el papel del lenguaje y de la retórica en la movilización política de los electores en la República de Weimar[101].

La historia de la vida cotidiana y la microhistoria se han distanciado de las categorías macrohistóricas "mercado" y "estado", las cuales eran de importancia decisiva para el marxismo y para las diversas formas de la ciencia social histórica; pero han adoptado la idea de que el poder y la desigualdad social constituyen factores básicos de la historia. En la concepción de historia de la mayor parte de los historiadores de la vida cotidiana y de los microhistoriadores, la desigualdad y las relaciones de dominación asociadas con ella incluso asumen un papel aún más relevante que en el marxismo. Sólo que ahora la atención no se centra ya en los macroagregados 'mercado' y 'estado', sino en las experiencias cotidianas de las personas.

Foucault, por ejemplo, dio, en sus trabajos ya citados, ejemplos de cómo estas relaciones de dominación —Foucault habla de poder (*pouvoir*)— repercuten en las relaciones interhumanas[102]. La historia de los obreros se examina no sólo en el macronivel del estado y de la economía de mercado, sino en el nivel altamente personal de las relaciones entre personas en el puesto de trabajo. Un ejemplo de una reorientación de esta naturaleza es la historia de las mujeres, la cual se aleja del movimiento feminista, originariamente el tema central de la investigación de la mujer, para orientarse hacia una historia crítica de la vida cotidiana de la mujer. Para el concepto marxista de clase, en cambio, la mujer es invisible como mujer[103]. Ahora a la categoría de "clase" se añade la de "sexo". La relación entre el hombre y la mujer es considerada, al igual que antes la relación entre el obrero y el patrón, como una relación esencialmente desigual. Lo que para el

marxismo es la lucha de clases, para muchos historiadores de la vida cotidiana y microhistoriadores es la resistencia. Ésta no se manifiesta tanto en disturbios espectaculares, sino más bien en formas sutiles del comportamiento cotidiano[104]. Una serie de estudios está dedicada a estas formas de resistencia, a la resistencia en la familia, en el puesto de trabajo de la sociedad industrial o en la corte de la sociedad campesina preindustrial.



Como ya se ha expuesto, teóricos alemanes de la historia de la vida cotidiana someten el concepto de ciencia de las ciencias sociales analíticas a una crítica radical. Desde la aparición de *Historia y conciencia de clase* (1923) de Georg Lukács, también los marxistas occidentales adoptan una postura crítica ante los planteamientos positivistas de la moderna investigación social. A partir de una visión dialéctica, Lukács había condenado un modo de proceder analítico que descomponía la historia y la sociedad en partes sin comprender el significado de estas partes en el gran conjunto de interrelaciones histórico-sociales[105]. La concepción macrohistórica de un transcurso racional de la historia, idea que Lukács adoptó de Marx, fue rechazada por los pensadores de la Escuela de Frankfurt, en particular por Max Horkheimer y Theodor Adorno. No obstante, ambos adoptaron la idea dialéctica de la interdependencia y de la interacción recíproca de toda vida histórica. Con ello enlazan con una tradición alemana que se remonta al siglo XIX y que insiste en que, dado que se ocupan de significados y valores, las ciencias de la cultura, es decir, también la historia, deben proceder con métodos hermenéuticos, comprendientes y narrativos, y que por ello los métodos puramente analíticos de las ciencias sistemáticas son inapropiados[106].

Se plantea, sin embargo, la cuestión de cómo los procedimientos hermenéuticos que evitan la argumentación analítica pueden llegar a aportar algún conocimiento demostrable. La hermenéutica, tal como ha sido comprendida desde Wilhelm von Humboldt y Leopold von Ranke hasta los microhistoriadores de nuestro tiempo, presupone que el historiador puede entender su materia directamente, ahondando en ella sin prejuicios mediante "el estudio documentado, concienzudo y profundo" de las fuentes[107]. De acuerdo con la hermenéutica, los planteamientos teóricos y los métodos analíticos de los científicos sociales empíricos no son aplicables aunque sólo sea porque los conceptos abstractos no son capaces de comprender y transmitir los aspectos cualitativos de la existencia humana sin que

se produzcan pérdidas o distorsión. Pero el salto hermenéutico presupone que exista un conjunto de interrelaciones mayor —en Ranke y Droysen, por ejemplo, las "potencias éticas", en Ginzburg y Davis la cultura campesina— que confieren una unidad a la materia y la hacen comprensible. Natalie Davis va más allá del procedimiento hermenéutico, cuestionando radicalmente la existencia de una frontera entre el hecho y la ficción. Según ella, la exposición histórica no puede pasar sin la facultad imaginativa del historiador o de la historiadora; sin embargo, esa facultad imaginativa puede alcanzar perfectamente el punto esencial de la cuestión. Lo factual y lo ficticio están inseparablemente fusionados entre sí. En su libro *La verdadera historia del regreso de Martin Guerre*, que trata de un forastero que se hace pasar por el esposo de una campesina de un pueblo francés del siglo XVI, la cual, habiendo sido abandonada por su marido, acepta al forastero como tal, la autora explica que el historiador está en su derecho de rellenar las lagunas que existen en las fuentes con una fantasía que se orienta por las fuentes, pero que también las trasciende (Davis utiliza para esto la expresión inglesa *invention*[108]). Naturalmente, a Davis se le reprocha que, yendo más allá de las fuentes, proyecte deseos feministas del siglo XX sobre el razonamiento de una campesina del siglo XVI[109]. Su punto de vista es el de que, profundizando en una amplia gama de fuentes que contengan información acerca de las condiciones sociales y económicas y de la relación entre los sexos en la región, se puede reconstruir el razonamiento de la campesina abandonada. Ello presupone que exista algo así como una cultura campesina que haga posible tal reconstrucción.

La historia de la vida cotidiana y la antropología histórica quieren restringir expresamente la influencia de las teorías, a fin de no violentar el objeto de la investigación. ¿Pero se puede pasar sin teorías explícitas? Para muchos historiadores de la vida cotidiana y microhistoriadores, incluidos Natalie Davis y Hans Medick, la "descripción densa" de Clifford Geertz brinda una clave para el conocimiento. La "descripción densa" exige que el investigador no se aproxime a su objeto con planteamientos guiados por la teoría, sino que deje que el sujeto de su investigación hable por sí mismo. Ello recuerda a la antigua hermenéutica del historicismo clásico alemán, pero se refiere a algo completamente distinto. Pues el historicismo presupone que los sujetos que el historiador quiere comprender tienen ideas y motivaciones, de las cuales son más o menos conscientes y que por lo tanto pueden ser comprendidas, sobre todo por

aquellos investigadores que pertenecen al mismo ámbito cultural que esos sujetos. En cambio, Hans Medick y los representantes de la Antropología Histórica en general subrayan precisamente la calidad de extraño de cualquier objeto de la investigación histórica, no sólo la de los "indígenas" extraeuropeos, sino también la de los aldeanos de Württemberg de la Edad Moderna[110] o la del obrero de fábrica en los años del nacionalsocialismo[111]. Para Medick, la "descripción densa" resulta de "la necesidad de mantener presente, en forma de una reconstrucción descriptiva y lo más completamente posible, aquello que, en los 'textos' de una cultura que se deben investigar, resulta nuevo, extraño, desconocido o difícil de interpretar". Vista así, la "descripción densa" se contrapone a la "investigación que comprueba las hipótesis". Medick resalta que la "descripción densa" no significa, en modo alguno, una renuncia a la interpretación sistemática, "pero sí una renuncia a suscitar la (falsa) apariencia de univocidad, coherencia y finalidad de una 'intervención' interpretativa"[112]. En su idea de una "descripción densa", a la cual Medick apela reiteradamente, Geertz parte, no obstante, del supuesto de que existe una cultura popular homogénea. Ello lleva a Geertz a desatender los conflictos sociales que se producen dentro de las culturas populares. Contra ello el microhistoriador italiano Giovanni Levi arguye que los conflictos sociales existen en todas las culturas, incluso en el nivel microhistórico, que ni las grandes sociedades ni las microsociedades constituyen sistemas integrados[113].

Es difícil reconstruir los procesos mentales de hombres que no pertenecían a las capas sociales altas y que por ello no han dejado testimonio alguno de sí mismos. Los trabajos que lo intentan se apoyan en su mayoría en sumarios judiciales, es decir, se ocupan de sucesos o personas extraordinarias. Son ejemplo de ello el pueblo herético de Le Roy Ladurie, Montaillou, el regreso de Martin Guerre, de Natalie Davis, el molinero filósofo Menocchio, de Carlo Ginzburg, y los aldeanos suabos de David Sabean, que se niegan a ir a comulgar[114]. El intento de Ginzburg de asociar las manifestaciones casi ateas de Menocchio a una antiquísima cultura campesina mediterránea, y de relacionar la ejecución del molinero con los esfuerzos de las nuevas élites del poder económico y político por suprimir esa cultura, es un ejemplo de la fusión de la investigación microhistórica con las especulaciones macrohistóricas del legado marxista aplicadas a la "gente corriente".

Los trabajos de muchos historiadores de la vida cotidiana y

microhistoriadores, por ejemplo del grupo de la protoindustrialización, del que hablaremos todavía, significan un complemento y no un rechazo a los métodos sociocientíficos practicados por la ciencia social histórica. Giovanni Levi es muy consciente de ello cuando diferencia claramente su tipo de microhistoria de la antropología histórica que representan Clifford Geertz y Marshall Sahlins. Para él, la microhistoria tiene sus raíces científicas, políticas y éticas en el marxismo. A partir de esta tradición se puede entender que, al menos en su forma italiana, se halle unida a la idea de que "la investigación histórica no es una actividad puramente retórica o estética". Por ello es importante "rebatir el relativismo, el irracionalismo y la reducción del trabajo del historiador a [...] la interpretación de textos"[115].

La transición del marxismo y de la ciencia social histórica a la historia de la vida cotidiana se manifiesta claramente en los trabajos, iniciados a mediados de los años setenta, del grupo de la protoindustrialización, de Gotinga. La postura teórica inicial de estos trabajos aparece ligada a la concepción marxista de que las relaciones de producción y de reproducción constituyen el fundamento de las estructuras y de los procesos sociales. La idea metódica básica procede directamente de la ciencia social histórica y consiste en el empeño por confirmar empíricamente "la teoría sobre la relación entre el cambio económico, el social y el demográfico en la Europa de la Edad Moderna"[116]. El libro *Industrialisierung vor der Industrialisierung* ["La industrialización antes de la industrialización"], con aportaciones de Peter Kriedte, Hans Medick, Jürgen Schlumbohm, Herbert Kisch y Franklin Mendels, presentó, en lo esencial, un programa teórico y metodológico que debe ser concretado en minuciosos estudios locales y regionales, lo cual, en parte, ya se ha hecho[117].

Es interesante observar cómo aquí el enfoque macrohistórico condujo a la microhistoria. Por un lado, la dedicación a una localidad y a una región respondía a un interés por la historia de la "gente corriente" —se le quería dar a la historia un "semblante humano"—. Por otro lado, ésta era la continuación consecuente de la investigación. Un importante impulso para la investigación de la protoindustrialización procedió de la Demografía Histórica. Ésta se dedicaba a la masa de la población, a la cual intentaba registrar con métodos cuantitativos. Pero la masa permanecía muda y sin rostro. Estos trabajos llevaron luego a la reconstrucción de familias, que descubría historias de vida y de familias, "además de los promedios

y de las 'reglas', también ejemplos de desviaciones y de alternativas". Por esta vía se hacían visibles las redes de relaciones sociales entre personas y entre familias concretas a lo largo de un período prolongado. Jürgen Schlumbohm expresa esto de la siguiente manera en la introducción metodológica a su estudio sobre los campesinos y las personas privadas de propiedad de la feligresía de Belm entre 1650 y 1860: "cuanto más progresa la investigación, tanto menos los hombres, cuyo modo de vida es el objeto de la misma aparecen enteramente determinados, en su comportamiento, por las duras estructuras, las condiciones económicas y el macrocambio; tanto más patente se hace que ellos colaboraban de manera activa en la configuración de la estructura social en la que vivían"[118]. Los estudios efectuados con ayuda del ordenador permiten, pues, obtener también una visión de los modos de comportamiento e, incluso, de los modos de pensar. Así, Hans Medick, basándose en inventarios sucesorios, consiguió investigar la posesión de libros y la cultura libresca en el pueblo suabo de Laichingen[119]. Lo que Kriedte, Schlumbohm, Medick y Sabean han emprendido de cara a un período prolongado, ha sido llevado a cabo por Carola Lipp y Wolfgang Kaschuba para un acontecimiento político, la revolución de 1848 en la ciudad de Esslingen[120]. En este caso, el centro de gravedad no se sitúa en las condiciones económicas y sociales, —las cuales, sin embargo, no son en modo alguno ignoradas— sino en los modos de comunicación de los hombres, (ya sea en el puesto de trabajo, en las asociaciones políticas o en la lucha por conservar un lugar gratuito para bañarse). Con un catálogo de preguntas, Carola Lipp ha registrado en el ordenador a todos los habitantes de Esslingen en el año 1848 en sus respectivos barrios, a fin de obtener una imagen que reproduzca los patrones de comportamiento de mujeres y hombres concretos[121].

Lo que a primera vista aparece como profundo abismo en las a veces violentas disputas entre los representantes de la ciencia social histórica, como Hans-Ulrich Wehler y Jürgen Kocka, y los de la microhistoria, como Hans Medick y Jürgen Schlumbohm, oculta las muchas afinidades que existen entre ambas tendencias. Como hemos visto en el ejemplo de los trabajos arriba citados, los estudios de Medick, Schlumbohm y Kriedte se fundamentan en investigaciones que en su atención empírica y cuantitativa a los factores económicos, sociales y demográficos superan incluso a la mayor parte de los trabajos de la ciencia social histórica. Del círculo de la ciencia social

histórica ha surgido asimismo una gran cantidad de estudios locales empíricos. Con mayor frecuencia que la historia de la vida cotidiana, estos estudios están dedicados al mundo industrial de los siglos XIX y XX[122]. Los estudios microhistóricos que hemos tratado no descuidan en absoluto la interrelación entre la historia regional o local y los grandes procesos del cambio económico, social y cultural, pero aportan una imagen más matizada de estos procesos.

5. El "giro lingüístico". ¿El fin de la historia como ciencia?

Hay teorías acerca de una historiografía postmoderna. La cuestión es si también hay formas postmodernas de la historiografía.

El punto de partida de estas teorías es "el fin de la creencia de que sea posible la explicación científica coherente de las transformaciones del pasado", tal como lo formuló Lawrence Stone[123]. Pero las teorías postmodernas van más allá de la formulación de Stone, defendiendo la opinión de que toda coherencia es sospechosa[124]. La idea fundamental de la teoría historiográfica postmoderna consiste en negar que la historiografía haga referencia a la realidad. Así, Roland Barthes[125] y Hayden White subrayan que la historiografía no se diferencia de la poesía, sino que ella misma es poesía. Conforme a esto, en su libro *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, White ha intentado mostrar, a través del ejemplo de cuatro historiadores (Michelet, Tocqueville, Ranke y Burckhardt) y de cuatro filósofos de la historia (Hegel, Marx, Nietzsche y Croce), que no existe ningún criterio histórico-científico de la verdad. Por eso tampoco existe, afirma, ninguna diferencia sustancial entre la ciencia histórica y la filosofía de la historia. Si bien el trabajo filológico sobre las fuentes puede establecer los hechos, toda concatenación de los mismos para obtener una visión global y coherente es determinada por apreciaciones estéticas y morales, no científicas[126].

Al mismo tiempo, en la historiografía no es posible separar la forma del contenido. Según White, los historiadores tienen a su disposición un limitado número de posibilidades retóricas, las cuales predeterminan la forma y también, en cierto grado, el contenido de la exposición. "Por lo general", escribe White, "[los teóricos de la literatura] han mostrado una cierta aversión a considerar las narraciones históricas como lo que más manifiestamente son: ficciones lingüísticas [*verbal fictions*], cuyo contenido resulta tanto de la *invención* como del

hallazgo y cuyas formas presentan más puntos en común con sus equivalentes en la literatura que con los que puedan tener en las ciencias"[127].

Este punto de vista, según el cual toda exposición histórica es invención, sobrepasa ampliamente las reflexiones desde Tucídides hasta Natalie Davis, que reconocían las cualidades literarias de la exposición histórica, pero no dudaban de que, al mismo tiempo, ésta permitía tomar conocimiento de las realidades humanas. También para Ranke la historia era, a un tiempo, ciencia y arte[128]. Él se abismaba en los pensamientos y sentimientos de sus protagonistas cuando intentaba reconstruirlos por medio de la facultad imaginativa, guiada por las fuentes. Pero a Ranke, como a los historiadores en general —por ejemplo también a Tucídides cuando reconstruía los discursos de los estadistas griegos— la facultad imaginativa les servía para aproximarse más al pasado real.

Existe por ello una diferencia entre una teoría que niega a la exposición histórica todo derecho a considerarse a sí misma como realista, y una historiografía que es plenamente consciente de la complejidad del conocimiento histórico, pero que aún así parte del supuesto de que los hombres reales tuvieron pensamientos y sentimientos reales, los cuales condujeron a acciones reales que pueden ser reconocidas y expuestas históricamente. Tal como lo formula Patrick Bahners, el que "no exista ningún criterio material de la verdad, no es, empero, una carencia de la historia, sino, desde Kant, la situación de la ciencia"[129]. Sin embargo aquí hay que observar que, si bien Kant o también Max Weber no admitieron ya ningún criterio material de la verdad, sí hubo para ellos un criterio formal, que se hallaba arraigado en la lógica de la investigación. Esta lógica gozaba de validez universal y constituía el fundamento de la ciencia objetiva. Este criterio formal de la verdad es ahora cuestionado por varios teóricos de la ciencia modernos.

En la teoría moderna de la ciencia cabe distinguir entre pensadores como Gaston Bachelard[130] y Paul Feyerabend[131] por un lado, y como, por ejemplo, Thomas Kuhn por el otro. Bachelard y Feyerabend entienden la ciencia como una actividad poética para la cual no existe una lógica o un método de investigación obligados. En su libro *Die Struktur der wissenschaftlichen Revolutionen* ["La estructura de las revoluciones científicas"] (1960), también Kuhn defiende la opinión de que la ciencia no puede ser comprendida como la reflexión de un mundo objetivo. Pero no es poesía, sino un discurso condicionado

por factores históricos y culturales, entre hombres que se han puesto de acuerdo sobre las reglas de su discurso. Para él, la ciencia es un modo de comportamiento institucionalizado, un modo de tratar la realidad en una comunidad de individuos animados por sentimientos y opiniones parecidas. Su núcleo reside en la comunicación y, por tanto, en el lenguaje. Cierto que, con ello, Kuhn también pone en duda que la ciencia haga referencia a la realidad, pero no, como Bachelard y Feyerabend, la posibilidad de un discurso científico.

La cuestión de la relación del saber con la realidad desempeña también un papel eminente en la teoría del lenguaje. La ciencia moderna ha entendido el lenguaje como un vehículo para la comunicación, es decir, para la transmisión de conocimientos dotados de sentido. El positivismo lógico, que surgió en los años 1930 del Círculo de Viena y que fue asimilado en el pensamiento del análisis lingüístico de los filósofos y pensadores angloamericanos, se esfuerza por conseguir una lengua de la que hayan sido eliminadas todas las antinomias y todas las ambigüedades que tienen su origen en la cultura, de modo que pueda transmitir conceptos no sólo claros y lógicos sino también referidos a lo real. Es precisamente esta función referencial de la lengua la que ha sido cuestionada por el estructuralismo.

Para la teoría lingüística, tal como fue formulada por el lingüista suizo Ferdinand de Saussure en su obra *Fundamentos de lingüística general*, aparecida póstumamente en 1916, eran básicas dos ideas relacionadas entre sí: el lenguaje forma un sistema autónomo cerrado en sí mismo, el cual posee una estructura sintáctica. Y: el lenguaje no es un medio para comunicar sentido o unidades de sentido, sino a la inversa, el sentido es una función del lenguaje. Expresado de otro modo: el hombre no se sirve del lenguaje para transmitir sus pensamientos, sino lo que el hombre piensa está condicionado por el lenguaje. He aquí la idea central de la concepción estructuralista de la sociedad y de la historia: el hombre se mueve en un marco de estructuras (en este caso, de estructuras lingüísticas), que no son determinadas por él, sino que lo determinan a él. Esta concepción ha tenido también un efecto en la teoría de la literatura que en los años cincuenta (y más tarde) representaron los defensores americanos del *New Criticism* ["Nueva Crítica"] y que en Francia ha tenido su continuación en una ininterrumpida discusión, desde Roland Barthes hasta Jacques Derrida: el texto no guarda relación (referencialidad) con un mundo exterior, sino que es una unidad cerrada. Esto no sólo

es válido para el texto literario, sino igualmente para el texto histórico-científico. Puesto que no hace referencia a la realidad, se desvanece, como señala Barthes, la diferencia entre la verdad y la poesía. Pero el texto no sólo es considerado independiente de su referencia al mundo exterior, sino también independiente de su autor. Lo que importa es únicamente el texto, no el contexto en el que se originó. El siguiente paso es la crítica de Michel Foucault, en la cual desaparece el hombre como factor activo y, con él, la intencionalidad humana como elemento creador de sentido. Por ello, para Foucault la historia pierde todo significado; es una tardía invención del hombre occidental en la llamada fase clásica de la tardía época moderna*, que ya está superada[132]. Paradójicamente, a pesar de ello, sus obras sobre la locura, la clínica y la prisión presentan una estructuración totalmente histórica.

Contra lo que se dirige la crítica desde Barthes hasta Derrida[133] son los conceptos ideológicos que, si se consideran a fondo, guían a cualquier autor. Por ello, el texto debe ser "liberado" de su autor. Al mismo tiempo se radicaliza el modo de entender el lenguaje. Para Saussure, el lenguaje tenía todavía una estructura, representaba un sistema. Todavía había una unidad entre la palabra *(signifiant)* y la cosa a la cual aquélla se refería *(signifié)*. Para Derrida, por el contrario, esa unidad ya no existe, él ve una plétora infinita de *signifiants* sin un sentido claro, ya que no existe ningún punto de apoyo desde el cual fuera posible fijar un significado. En opinión de Derrida, esto significa para la historiografía un mundo sin significado, sin actores humanos, sin intenciones, sin coherencia. Si en el futuro debe todavía haber historia, en ese caso sólo en otras formas muy diferentes, como ya había subrayado Stone: "las historias son contadas de una manera muy distinta que en Homero, Dickens o Balzac"[134], para quienes la unidad aristotélica de la persona, la acción y el tiempo era algo que se daba por supuesto. Ahora, los textos de Joyce, Proust o Musil aparecen como modelos más apropiados para la narración histórica. Hayden White y Dominick LaCapra, que desde los años setenta han venido ocupándose de los problemas teóricos que ha planteado esta discusión a la historiografía, vuelven a entender la historiografía como un género puramente literario. Según LaCapra, ésta debe recuperar la calidad retórica que poseía

* "Späte Neuzeit", en alemán. "Neuzeit", que hemos traducido aquí por "época moderna", designa todo el período histórico posterior al Renacimiento y abarca nuestra Edad Moderna y Contemporánea. *(N. del Trad.)*

desde la Antigüedad[135]. La desretorización, que en Jörn Rüsen y Horst-Walter Blanke-Schweers[136] es *la* característica distintiva por excelencia de la historiografía moderna, tal como se originó con Ranke, debe ser detenida. Sin embargo, aquí cabe observar que, exceptuando algunas formas extremas de la investigación cuantificada, seguramente no ha habido nunca ninguna historiografía sin un importante componente retórico. Pero White va más allá de esto. Para él, todo intento de escribir una historia coherente sobre la base de unos hechos va asociado a una serie de decisiones metacientíficas. Al igual que en una novela, éstas se hallan condicionadas por un limitado número de posibilidades, que determinan cómo el historiador configura la exposición histórica.

Esta crítica a la historiografía tradicional (e, implícitamente, también a la racionalidad histórico-científica) es tomada muy en serio por aquellos historiadores e historiadoras que ven en el imperativo de la objetividad el pilar de una concepción del mundo logocéntrica, la cual para Michel Foucault y para Jacques Derrida —y, antes de ellos, para Friedrich Nietzsche y para Martin Heidegger— constituye el fundamento de las estructuras de poder que desde Sócrates han dominado el mundo occidental. Esto es válido, por ejemplo, para la historiadora social americana Joan Scott, quien en su teoría de una historiografía feminista apela a Derrida y, siguiendo el modelo de Derrida de deconstrucción de la lógica tradicional y de los discursos tradicionales, quiere cuestionar las antiquísimas estructuras del dominio masculino, un dominio del que, según argumenta Scott, han sido víctima las mujeres y no sólo mujeres[137].

Con la insistencia en el lenguaje, en la actual discusión teórica se habla cada vez con mayor frecuencia del discurso como forma en la que tiene lugar la comunicación entre los hombres. La dedicación al discurso desempeña un papel cada vez más relevante en los trabajos histórico-sociales e histórico-culturales, pero también en la historia política y en la historia intelectual. Para la mayor parte de estos trabajos, el concepto de discurso es un medio para acercarse más a la compleja realidad histórica, no para negarla. Así, por ejemplo, la historia de las ideas políticas cobra vida nueva gracias a la dedicación al lenguaje político. Un ejemplo de ello es la historia de los conceptos políticos, tal como fue desarrollada en el contexto angloamericano por J.G.A. Pocock[138] y Quentin Skinner[139], en Alemania por Reinhart Koselleck y otros en el diccionario de seis tomos *Geschichtliche Grundbegriffe* ["Conceptos históricos fundamentales"][140].

Pocock, Skinner y Koselleck parten del supuesto de que para el origen de la moderna sociedad política han sido decisivas las ideas y los conceptos, pero que estas ideas forman parte de un discurso, de un vocabulario normativo a través del cual se legitima el comportamiento político. Lucien Febvre dio ya en 1942, en su mencionado libro *El problema de la incredulidad en la época de Rabelais*, un ejemplo de cómo es posible aproximarse a los razonamientos de una época mediante el análisis de su lenguaje, el cual constituye su "herramienta mental" *(outil mental)*. Esto no significa que las ideas o el lenguaje determinen una evolución histórica, como por ejemplo la formación de la idea moderna del estado, pero sí que la hacen comprensible[141]. En Koselleck —y asimismo en Pocock y en Skinner— sin embargo, nos encontramos todavía con conceptos que pueden ser resumidos de manera relativamente concisa. Además, Pocock y Skinner tampoco pretenden escribir historia social. Y si bien parten del análisis de textos, de textos clásicos, no comparten la concepción de la primacía del texto, en la cual se basan los trabajos de Barthes, White y Derrida. Su objetivo es el de comprender el sentido de un texto, es decir, las intenciones del autor, y, además, englobarlo en el contexto de la época en la que se originó, es decir, en el discurso de la época.

A otros historiadores e historiadoras, que se sienten más unidos a la moderna antropología cultural, la interpretación del lenguaje se les aparece como mucho más compleja. Para William Sewell, al igual que para Lynn Hunt, el lenguaje se convierte asimismo en una importante clave para la comprensión del cambio político, en este caso del origen de los movimientos socialistas franceses antes de la revolución de 1848, con sus raíces en el pensamiento corporativo de la época anterior a 1789. Este cambio no sólo se refleja en el lenguaje, sino que, según Sewell, abre el camino a un nuevo modo de pensar político y social. El lenguaje, el discurso común, reemplaza las antiguas ideas sobre agrupaciones sociales, como la de la clase en el sentido marxista. Pero el lenguaje se hace más complejo y más ambiguo. Ya no es posible reconstruir el significado de los conceptos a partir de los textos clásicos, tal como hacen todavía Pocock y Skinner. En lugar de ello hay que examinar las formas cifradas, simbólicas del lenguaje. En Sewell y en Hunt, el análisis lingüístico se transforma conscientemente en antropología histórica. De modo semejante a Furet[142], Lynn Hunt quiere, en su libro sobre la Revolución Francesa, "rehabilitar la política de la Revolución". Pero no es su intención exponer los acontecimientos revolucionarios, sino que

quiere "hacer el intento de descubrir las reglas del pensamiento político. Para comprender qué era lo que, en aquella época, los individuos que actuaban creían estar haciendo, los historiadores no se pueden limitar a reunir las manifestaciones de los implicados acerca de sus intenciones [...] Los valores, las expectativas y las reglas tácitas que confieren expresión y forma a las intenciones y actividades colectivas, forman lo que quisiera llamar la cultura política de la revolución; esta cultura política proporciona la lógica de la acción política revolucionaria"[143]. De forma similar escribe Sewell sobre el papel de los obreros en la revolución de 1848 en Francia: "pero dado que la comunicación no se limita al hablar y al escribir, debemos indagar en las formas inteligibles de muchas otras actividades: de acontecimientos y de instituciones, de las prácticas de las organizaciones de artesanos, de rituales y ceremonias [...] Si podemos descubrir el contenido simbólico y la coherencia conceptual de todos los tipos de experiencia de la clase obrera, entonces la recepción de ideologías políticas explícitas por los trabajadores no aparecerá ya como una repentina penetración de 'ideas' del exterior, sino como la introducción o elaboración de otro marco simbólico en unas vidas que, al igual que las de todos nosotros, estaban ya animadas por cuestiones y problemas conceptuales". No se trata ya "de los pensamientos de una serie de autores, sino de la reconstrucción de un discurso a partir de fuentes fragmentarias"[144].

El intento de describir la Revolución Francesa como un proceso de cambio de símbolos que constituirían las formas de un discurso, proceso que continúa hasta avanzado el siglo XIX, es el núcleo de los trabajos de Maurice Agulhon[145] y de Mona Ozouf[146] sobre la adopción de modos de pensar republicanos en Francia, vistos como un complejo entramado de modos de comportamiento. Y Gareth Stedman Jones, partiendo de la concepción de clase de Edward Thompson como la de una "relación histórica"[147], intenta definir la clase obrera o las clases obreras a través de "los sistemas de pautas lingüísticos (es decir, los discursos) en los que los hombres viven y perciben los diferentes procesos económicos y políticos"[148]. El papel del lenguaje y de la retórica en la movilización política de los electores en la República de Weimar fue examinado, como ya se ha mencionado, por Thomas Childers[149]. En su opinión, la propaganda del partido nacionalsocialista alemán* tuvo tanto éxito porque logró enlazar con

* En el original *NSDAP*, siglas de *Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei*, Partido nacionalsocialista alemán de los trabajadores. *(N. del Trad.)*

una retórica nacional que reflejaba la relación desavenida y tensa de la población con la modernidad.

Llegados a este punto, se plantea la cuestión de si para una historiografía, para la cual el lenguaje constituye el fundamento de todos los fenómenos sociales, existen todavía criterios científicos para la representación del pasado. Según el punto de vista rigurosamente lingüístico de Saussure, el lenguaje carece de toda referencia a la realidad o bien constituye en sí mismo la única realidad existente. En la teoría literaria de Barthes y Derrida, esta idea ha sido llevada hasta la postura de que "no existe nada fuera del texto" y de que, puesto que toda exposición histórica toma la forma de un texto lingüístico, la relación de cualquier exposición histórica con la realidad es similar a la relación de un texto puramente literario con la realidad. Para White y LaCapra, el objetivo de una reconstrucción lingüística del pasado no es la verdad, sino una narración con plenitud de significado. Y para un texto así, las intenciones del autor carecen de importancia.

Diferenciemos aquí una vez más entre la discusión teórica que hemos venido siguiendo, y la praxis de la investigación histórica. La creciente insistencia en el papel del lenguaje y, unida a ello, en la función semiótica de la historiografía, significa que las ideas acerca de la realidad histórica y de la intencionalidad humana se vuelven mucho más complejas, pero no que se pierdan. Así, la nueva historia cultural resalta, en un grado mucho mayor que las formas antiguas de historia social con su insistencia en las estructuras, el papel de los hombres que actúan, y su influencia en las estructuras en cuyo marco tiene lugar la acción. Y a pesar de los aspectos deterministas de la antropología cultural, tal como era representada en Francia, en una forma algo más antigua, por Durkheim y por Lévi-Strauss y en América, en los últimos años, por Geertz y por Darnton[150], el nuevo enfoque cultural y lingüístico suele conducir al intento de quebrar el determinismo de las anteriores tradiciones sociocientíficas, lleven éstas el sello de Marx o el de los *Annales*. En este intento, la cultura es entendida como el factor decisivo en la configuración de las formas de convivencia humana.

En resumen: sin duda alguna, la discusión teórica de los últimos decenios ha influido profundamente en la práctica historiográfica. Se han puesto en tela de juicio los presupuestos en los que se basaba la ciencia histórica desde su fundación como disciplina científica en el siglo XIX. La visión del mundo tradicional de la ciencia

histórica se ha revelado como demasiado simple para el ideario de finales del siglo XX. La historia orientada a las ciencias sociales sistemáticas y al marxismo ha adoptado de la antigua historia política, centrada en los acontecimientos y comprometida con el historicismo clásico, muchos de estos presupuestos de un modo poco crítico. Entre estos supuestos figura el de que las instituciones centrales, como el estado o la economía, formen la espina dorsal de la historia y el de que la ciencia histórica pueda orientarse por ellas; figura asimismo el supuesto, relacionado con el anterior, de que esas instituciones puedan englobarse dentro de una evolución histórica coherente que conduzca en línea recta hasta el moderno mundo occidental. No así la teoría postmoderna. Cuestionando el moderno orden social y su cultura, ha desarrollado una comprensión más compleja de la sociedad y de la historia, la cual coloca bajo el foco de la historia a aquellos hombres y aspectos de la vida que no habían sido tenidos en cuenta en el pensamiento histórico tradicional. A este orden de cosas pertenece también la idea de que el poder no procede exclusivamente de las instituciones centrales, de las cuales la historia tradicional se ha ocupado ante todo, sino que se manifiesta también en las relaciones cotidianas entre las personas. Con ello se han creado las bases no sólo para una historia de la vida cotidiana, sino también para una historia de la mujer y de los sexos. El campo de la investigación histórica ha sido ampliado de manera inconmensurable. Con ello se ha hecho también más difícil el conocimiento histórico. Una historiografía descentralizada, en la que las experiencias y los modos de comportamiento desempeñan un papel decisivo, requiere estrategias científicas mucho más complejas que las de las ciencias del espíritu o sociales tradicionales. La teoría postmoderna ha convertido las complejidades del proceso del saber, de los componentes ideológicos en todos los textos y de las contradicciones en el pensamiento de cada persona (contradicciones que cuestionan la idea de una personalidad integrada) en el objeto de la discusión. Se pasó de la raya en el momento en que no sólo mostró lo difícil que es comprender la realidad con todas sus contradicciones, sino además negó de forma radical la existencia de toda realidad. La ciencia histórica ha sido obligada por la teoría postmoderna a una mayor circunspección. Pero no debe renunciar a su derecho a afirmar que reconstruye —por muy perspectivista que sea al hacerlo— la vida real.

Consideraciones finales

Podemos concluir esta panorámica con la observación de que la dedicación científica a la historia no se halla sumida, en modo alguno, en una crisis tan profunda como podría suponerse tras las discusiones de los últimos veinticinco años. En estas discusiones se han venido articulando constantemente tres aserciones que son indicativas de una crisis de la moderna cultura occidental: que la historia ha llegado a su fin, que por ello también ha caducado la posibilidad de una historiografía objetiva y que, en fin, la Ilustración, en la que se basan la concepción de ciencia y la comprensión del mundo de la historiografía de los últimos dos siglos, ha sido una ilusión.

1. ¿El "fin" de la historia?

Se ha puesto de moda hablar de una posthistoria[1], de una época posthistórica. ¿Qué hay detrás de eso? El pensamiento judeo-cristiano de Occidente se caracteriza por la idea de que la historia tiene una meta o, por lo menos, un rumbo. En las culturas no occidentales y también en el ideario presocrático, en cambio, la visión de la historia ha estado determinada por la idea cíclica de un "eterno retorno". Luego, la Ilustración ha hecho llegar al mundo la idea de que el tiempo se cumple. En la creencia de que la historia representa un proceso provisto de sentido se basaba la absoluta confianza no sólo de la alta burguesía, sino también del hombre medio en la Europa del siglo XIX, en que la dedicación a la historia encerrase la clave de la educación y de la cultura. La historia era vista como una unidad, como "la historia", al final de la cual estaría la sociedad racional, tal como la veían, de diversas maneras, Kant, Condorcet, Hegel, Comte, Mill e incluso Marx.

La idea de que la historia ha llegado a su fin va unida, desde Burckhardt y Nietzsche, a la desesperación causada por la evolución de la cultura y sociedad modernas. Lo que les molestaba a Nietzsche, Burckhardt y también, por ejemplo, a Dostoievski, en el mundo

europeo de su época no eran tanto los estallidos de violencia sino más bien el rápido movimiento hacia lo que ellos percibían como la vulgarización de los valores que, para ellos, encarnaba la cultura del mundo occidental. Y, de modo parecido a como haría Nietzsche más tarde, Kierkegaard lamentó en vísperas de la revolución de 1848 que la moderna sociedad burguesa hubiese perdido la capacidad de la violencia heroica[2]. La ciencia y la técnica eran vistas como las últimas secuelas de un proceso de racionalización que destruye las raíces de la cultura en el mito y en la poesía y que coloca a los hombres ante la nada. Este pesimismo cultural, cuyos representantes posteriores, por ejemplo Ernst Jünger y Carl Schmitt, fantaseaban sobre una renovación del mundo tecnificado en guerras y violencia[3] en una comunidad popular postmoderna, era conscientemente elitista y antidemocrático. Aún así, después de 1945 inspiró a pensadores que, si bien rechazaban esta postura elitista, adoptaron en muchos de sus aspectos la crítica a la ciencia y a la técnica como parte de una crítica al capitalismo. Pensadores que veían en la ciencia y en la técnica modernas instrumentos para ejercer el poder sobre los hombres y para destruir un mundo humano.

Ha llegado a su fin el consenso de que existe *una* historia y que ésta desemboca en el moderno mundo occidental, el consenso, por tanto, que, muy contadas excepciones aparte, ha dominado el pensamiento del siglo XIX. Pero esto no significa, de ninguna manera, que la historia haya terminado. Debería llevar a comprender que no existe *la* historia, sino múltiples historias. Esta intelección es fundamental sobre todo para la microhistoria. Que la historia se considere como un proceso continuado o como una multiplicidad de historias depende también de las cuestiones que los historiadores plantean al pasado. Además, la historia se ha revelado como más compleja de lo que les parecía a Hegel, a Ranke o a Marx. Es cierto que nos vemos enfrentados sin cesar con vastos procesos de modernización, con todos sus fenómenos secundarios de orden social, técnico y cultural, los cuales nos empujan a planteamientos macrohistóricos. En este sentido, la pregunta de Weber —y también de Braudel— acerca del carácter específico del mundo occidental no está aún superada. Pero este planteamiento renuncia al empeño que Marx todavía perseguía: el de descubrir el curso de "la" historia. En última instancia, la macrohistoria no es determinada por su objeto, sino por los planteamientos de los historiadores. En el fondo, el concepto del fin de la historia se halla determinado, como subraya Lutz Niethammer, por

el mismo supuesto que el pensamiento histórico tradicional, a saber, el supuesto de que sólo puede haber una historia que progresa en el tiempo y de que, si ésta pierde su significado como un todo, la historia necesariamente debe haber llegado a su fin. Pero junto a esa única historia existen las historias de los muchos hombres, agrupaciones y culturas, y estas historias, en el fondo, están más cerca de la realidad que las ideas abstractamente proyectadas de una historia unitaria[4]. Gracias a los trabajos de Le Goff, Braudel, Thompson y Koselleck somos hoy conscientes de lo condicionado que está, por la época y por la cultura, nuestro concepto de un tiempo lineal y progresivo, el cual une el pasado, el presente y el futuro[5], es decir, el concepto del tiempo que, por así decirlo, constituía el hilo conductor para la historiografía moderna. Existen muchos tiempos, "el tiempo de la iglesia y el tiempo del comerciante en la Edad Media"[6], la *longue durée* de las estructuras sociales y culturales y el tiempo rápido de los acontecimientos; todas ellas concepciones del tiempo[7], que son condicionadas, al menos en parte, por los planteamientos del historiador y por el objeto de sus planteamientos. Se puede aseverar, con cierta justificación, que la historia no ha perdido, en modo alguno, su significado, sino que, gracias a la multiplicación de las perspectivas, ha ganado en significados.

2. ¿El fin de la historia como ciencia?

Esta panorámica de la historiografía del siglo XX ha intentado mostrar que la creciente incertidumbre sobre la posibilidad de una historia "objetiva" no ha conducido al fin de una investigación histórica y de una historiografía científicas, antes bien a una mayor matización. En las discusiones de los últimos decenios han sido puestas crecientemente en tela de juicio las concepciones científicas hermenéuticas y analíticas de la historia. Estas partían originariamente, en Ranke al igual que en Buckle, de la hipótesis de que había un objeto de la historia, el cual podía ser aprehendido científicamente, esto es, objetivamente. Para Ranke y para el historicismo clásico este objeto consistía en los hombres vivos, cuyas acciones eran intencionales al menos hasta cierto punto, englobados en unidades superiores como nación, estado, religión, las cuales encarnaban ideas de valores y visiones del mundo comunes. Ranke y la tradición hermenéutica hasta Dilthey[8] y Collingwood[9] eran perfectamente conscientes de que estos valores y este universo mental no podían ser

reconstruidos a través de una observación empírica y que, si se formulaban en abstracto, perderían su sentido. Con todo, estaban convencidos de que eran comunicables, esto es, que podían ser comprendidos. Otra tendencia, que abarca desde Buckle hasta Braudel y Fogel, acentuaba, al contrario de la hermenéutica del historicismo clásico, el entorno material y las realidades estructurales en las cuales tienen lugar las acciones y los pensamientos humanos. Pero esta tendencia estaba igualmente convencida de que esas estructuras podían ser aprehendidas científicamente en su objetividad.

Esta fe en un objeto, fuera éste comprendido como un conjunto de intenciones y valores o como una serie de estructuras suprapersonales, ha sido desacreditada en el transcurso del siglo XX. Kant ya había señalado que no se podía conocer "la cosa en sí", que el pensamiento científico no tenía como punto de referencia los objetos, sino que construía éstos con arreglo a las categorías de la razón. Ahora, sin embargo, se problematizaba radicalmente la posibilidad de un pensamiento rigurosamente científico, tal como aún lo presuponía incluso Max Weber. En cuanto al método hermenéutico, Gadamer[10] y Ricoeur[11] le cuestionaban la posibilidad de comprensión. Para ellos ningún texto puede ser comprendido tal como fue pensado. Siempre será entendido desde la perspectiva del lector. El lector, también el historiador, se aproxima a él con un "prejuicio", al que han contribuido la recepción del texto y toda la historia de su interpretación. El pasado como tal no existe. Como ya se expuso anteriormente, para Foucault y Derrida se desvanece incluso el autor como un firme punto de referencia. Un texto no tiene ningún significado cerrado, sino que contiene contradicciones irreconciliables. Por ello Barthes, White y Derrida han cuestionado la diferencia cualitativa entre la historia como ciencia y la historia como ficción. Pero también la historiografía que tiene como punto de referencia las ciencias sociales empíricas y analíticas es ahora consciente de que sus ideas acerca de las sociedades pasadas y presentes se basan en constructos. Los tipos reales, que Marx toavía había aplicado a la sociedad, son ahora reemplazados por los tipos ideales de Weber, que abordan la sociedad como objeto de la investigación, con conceptos que nacen del pensamiento científico del investigador y no de la sociedad como realidad objetiva. En el transcurso de los últimos años se ha resaltado además el papel de los factores culturales, que sólo pueden ser entendidos "sobre la base de la significación"[12] (Weber) y que por ello exigen métodos que van

más allá de los procedimientos de una ciencia social empírica.

La relación del historiador con el objeto de su investigación se ha vuelto mucho más complicada de lo que era en la ciencia histórica sociocientífica o historicista tradicional. Ello ha contribuido a que se haya puesto radicalmente en duda incluso la posibilidad de una aproximación científica a la historia. De hecho, esta nueva conciencia ha llevado, en la práctica, no a una disolución, sino a una ampliación del quehacer científico sobre la historia. En los últimos decenios ha tenido lugar una verdadera explosión de aquellos temas que son relevantes para la historiografía. Nunca antes la investigación histórica se había dedicado a tantas capas de la población. Al mismo tiempo, la reflexión histórica ha dado cabida a aspectos de la vida que con anterioridad, cuando el estado era el centro de atención y se distinguía rigurosamente entre "la historia y los negocios"[13], eran considerados insignificantes para la historia*. Los nuevos temas que la investigación histórica exploraba bajo el signo de un mundo en transformación, requerían nuevos métodos que fuesen más allá tanto de la crítica de fuentes del historicismo clásico como de los modelos cuantitativos de las ciencias sociales empíricas.

Ahora ya no hay ningún paradigma de la investigación histórica, como ciertamente existió en las universidades del siglo XIX y de comienzos del siglo XX, sino una multiplicidad de estrategias de investigación. Los historiadores no han renunciado a la pretensión de tratar la historia científicamente, si bien ahora con frecuencia ya no son tan inflexibles al trazar el límite entre ciencia y literatura. Sin duda, la pretensión de cientificidad tiene también su razón sociológica, a saber, el hecho de que aún a finales del siglo XX la historia se investiga, se enseña y se escribe en universidades e instituciones de investigación —tales como las que se originaron en el siglo XIX—. Este marco institucional determina en gran medida la forma en que el científico se comporta como tal. Sin lugar a dudas, la profesionalización también ha limitado las posibilidades de hallar nuevos caminos no convencionales en la historiografía y en el pensamiento histórico. Independientemente de las discusiones teóricas, que a menudo, controvirtiendo la referencia a la realidad y la coherencia interna de los 'textos', cuestionaban la posibilidad de una historia científica, los historiadores, incluso cuando se ocupaban de

* Respecto al sentido en el que se emplea "negocios", véase la nota del traductor de la página 16.

aspectos culturales, partían del supuesto de que no se ocupaban de hombres imaginarios sino de hombres reales, a los que querían entender.

La vieja confrontación entre el procedimiento hermenéutico, 'de comprensión', y el analítico, 'de explicación', tan resaltada en la discusión de métodos a finales del siglo pasado y retomada por algunos grupos de la *New Cultural History*, es falsa en muchos aspectos. Max Weber ya intentó crear las bases para una "sociología comprensiva", la cual fue una sociología histórica que partía de la hipótesis de que "la comprensión de los procesos culturales no es pensable si no es sobre la base de la significación que la realidad de la vida, que es siempre de índole individual, tiene para nosotros en determinadas relaciones particulares"[14]. El hecho de que las ciencias sociales y, por consiguiente, la ciencia histórica se ocupen de valores y significados que deben comprenderse en su contexto histórico concreto, no excluye, para Max Weber, en modo alguno la posibilidad de explicarlos, sino que, antes bien, hace posibles esas explicaciones.

Las formas que pueden adoptar estas explicaciones son muy variadas. Hoy ya no existe ninguna teoría de la historia —como la concebida por Droysen y Dilthey—, que articule los principios de la investigación científica que se imponen en nuestro tiempo. Y en vista de las muchas estrategias de la investigación histórica actual que son posibles y que se practican, es bueno que no exista. Por otra parte, el alegato de Lawrence Stone en favor de un retorno de la historia a la narrativa no ha de entenderse tampoco en el sentido de que la historia deba alejarse de las ciencias sociales.

El sujeto en la historiografía vuelve a adquirir un mayor protagonismo, y los historiadores han comenzado no solamente a ver a los hombres dentro de las estructuras sociales, culturales y lingüísticas que determinan las formas del comportamiento humano, sino también a plantearse cómo los hombres han contribuido a la formación y transformación de esas estructuras. La narración es un medio posible para aprehender la relación que existe entre las estructuras y las personas, precisamente porque, como argumentaban Arthur Danto[15] y Jörn Rüsen[16], es una forma de explicación. En efecto, la historia cultural más reciente parte, incluso cuando narra, de planteamientos y concepciones que constituyen la nueva historia social. Se puede estar de acuerdo con Jörn Rüsen cuando afirma que la historia es un diálogo con el pasado, un diálogo que, si bien puede adoptar formas muy variadas, siempre ha de respetar la autonomía

—individual o colectiva— de los hombres que constituyen el tema de la investigación histórica.

3. ¿El fin de la Ilustración?

La duda radical de la posibilidad de una historia científica está estrechamente ligada, en nuestro siglo, al creciente malestar provocado por la sociedad y la cultura modernas. Esta sociedad ha sido considerada como el legado de la Ilustración. La Ilustración fue entendida originariamente como emancipación, como una liberación que debía llevarse a cabo en el enfrentamiento, guiado por la razón, con las autoridades espirituales y sociopolíticas existentes. Pero la razón tiene dos caras, una normativa y otra instrumental-técnica. Su meta normativa es un mundo en el cual todo hombre, guiado por su razón, puede determinar su propia andadura y desarrollarse plenamente. El mundo, sin embargo, es también un mundo en el que el hombre, gracias a sus conocimientos científicos, domina la naturaleza y transforma la sociedad. La crítica al carácter emancipador de la Ilustración y a su idea de unos hombres con iguales derechos procedió, a finales del siglo XIX y en la primera mitad del siglo XX, de pensadores como Nietzsche y Heidegger, quienes, desde un punto de vista elitista, rechazaban la idea de la igualdad de derechos y de la superación de la violencia. Con el objetivo contrario, es decir, el de la igualdad de derechos, la crítica a la Ilustración fue luego adoptada por los representantes de la Teoría Crítica, por ejemplo por Horkheimer, Adorno y Marcuse. Ellos veían en la razón el instrumento con el que los hombres no sólo dominan la naturaleza, sino también, de forma creciente, a los hombres. En nombre de la razón, el mundo es cada vez más destruido y deshumanizado. La razón, que quería abolir el mito, se habría convertido en un nuevo mito. Auschwitz y la destrucción del medio ambiente eran consideradas como las secuelas consecuentes de la Ilustración.

Esta actitud crítica frente al mundo moderno determina una gran parte de la nueva historiografía antropológico-cultural. Al contrario de la ciencia histórica marxista, las nuevas tendencias rechazan las ideologías que pretenden arreglar el mundo, las cuales, en su opinión, han conducido a los sistemas totalitarios del siglo XX. Desde esta perspectiva debe entenderse también la actitud crítica que, frente a la Revolución Francesa, adoptan historiadores como Furet y Hunt, quienes desean retornar a una historiografía

desideologizada, que, sin embargo, como ellos bien saben, no puede corresponder ya al ideal clásico de una investigación "objetiva". Una gran parte de la nueva historia cultural (como Thompson) quiere rescatar al "calcetero pobre" y al "artesano anticuado" de la "arrogancia de la posteridad"[17]. En este sentido, la nueva historiografía se ha comprometido con el objetivo de un mundo más humano en el que hay lugar para las ideas ilustradas de una sociedad de hombres autónomos. Esta historiografía adopta muchas cosas del legado de la Ilustración, incluido el empeño por liberarse del mito. Pero es también una historiografía que ve los límites de la Ilustración. La nueva historiografía no ha renunciado de ningún modo a ocuparse científicamente del pasado; pero es consciente de la complejidad del pasado y de su investigación, particularmente en la necesidad de penetrar en las estructuras profundas de la conciencia y del comportamiento humanos. En ocasiones se hace entonces necesario recurrir a la expresión metafórica, de un modo que era inaceptable para la historiografía antigua. Pero esto no quiere decir, como han exigido los que critican a la historiografía científica, que la historia se disuelva en metáforas[18].

Para terminar, algunas observaciones todavía sobre el problema del relativismo y la distorsión ideológica. Toda historiografía surge de una perspectiva ligada a una persona, a una época y a una cultura, por lo que contiene un elemento ideológico. Todo intento de negar este elemento de perspectiva, como ha ocurrido una y otra vez desde Ranke hasta los representantes de una ciencia social empírica y exenta de valores, no ha hecho más que encubrir los juicios de valor y los presupuestos ideológicos en los que se basa la ciencia. Pero la perspectividad no excluye, de ningún modo, el encaramiento, esforzado en alcanzar el conocimiento, con el pasado. Johann Christoph Gatterer observó hace ya doscientos años que no son sino "la localización y el punto de vista del historiógrafo"[19] los que hacen posible el conocimiento histórico. El objetivo de la dedicación científica a la historia es la aproximación, por muy parcial que sea, a un pasado vivido y hecho por hombres reales. Por ello, la investigación de la historia se nos aparece como un diálogo continuo que no puede ser conducido de forma ni exclusivamente racional ni puramente arbitraria, pero que en todo momento debe orientarse hacia la realidad. La multiplicidad de estrategias de investigación y de perspectivas cognitivas a finales del siglo XX son una ganancia y han enriquecido nuestro acceso al mundo histórico.

Epílogo a la segunda edición alemana (1995)

Hace ahora tres años que terminé este volumen. En él se bosquejaba una evolución, iniciada en los años setenta, que se alejaba de una "historia social de la cultura para aproximarse a una historia cultural de lo social"[1], y que estaba unida a determinadas ideas acerca del carácter de la historia y de la ciencia histórica. Tal como mencionábamos, Lawrence Stone defendió esta evolución en 1979 en la revista *Past and Present*[2] como "el retorno de la narrativa", que ha conducido al "fin de la creencia de que sea posible una explicación científica coherente de las transformaciones del pasado". El abandono de las ciencias sociales empíricas, analíticas, dio lugar a un debate epistemológico que cuestionaba no sólo el concepto de una coherencia histórica ampliamente abarcadora, sino incluso la posibilidad del saber objetivo. Este nuevo pirronismo alcanzó una posición extrema en una filosofía del lenguaje que considera a éste como un sistema cerrado de signos que no se refieren a un mundo existente, sino que lo que hacen es construir ese mundo. De ello "se infiere la supresión de toda diferencia entre la ficción y la historiografía" y se considera a la historia, —en palabras de Hayden White—, como "una operación que genera ficción"[3].

Pese a que historiadores e historiadoras de tanto renombre como Joan Scott y Gareth Stedman-Jones han aceptado los postulados del *linguistic turn* ["giro lingüístico"], no existe, como hemos subrayado, ninguna obra histórica importante que haya sido escrita exclusivamente desde una perspectiva postmoderna que parta de los postulados de esa filosofía del lenguaje. Y es que una historiografía así no es posible, precisamente porque la historiografía busca alcanzar el conocimiento. Incluso cuando el historiador escribe en una forma literaria, su narración es más que pura literatura y se refiere a una realidad histórica. La gran aportación del debate teórico de los últimos dos decenios consiste en haber contribuido a mostrar lo complicado y lo indirecto que es todo conocimiento histórico. El método de la deconstrucción ha llamado la atención sobre las premisas ideológicas inconscientes que subyacen en toda afirmación

histórica. Pero la investigación histórica de orientación sociocientífica y la antropología histórica, de ningún modo se han alejado tanto entre sí como sus respectivos representantes han llegado a afirmar. En los últimos veinte años la historia social ha tomado en consideración, de un modo creciente, los aspectos culturales. Mientras que al principio ponía de relieve los componentes económicos y las estratificaciones sociales, las cuales podían ser aprehendidas estadísticamente, ahora otorgaba un mayor papel a factores más sutiles, tales como la "pertenencia a un determinado sexo o generación, las convicciones religiosas, las tradiciones educativas y de formación cultural o las solidaridades regionales"[4]. Por otra parte, la microhistoria trabajaba, como pudimos comprobar en los trabajos de Hans Medick, David Sabean, Carlo Poni y Giovanni Levi, crecientemente con factores sociales y económicos.

Desde que escribí este pequeño libro, las páginas de algunas de las revistas de vanguardia, entre ellas *Past and Present*, los *Annales*, la *New York Review of Books* y *History and Theory*, han sido reiteradamente el escenario de confrontaciones críticas con los adalides radicales del *linguistic turn*. Así, en *Past and Present*, Lawrence Stone inició en 1991 un debate en el que advertía de los peligros que para la historiografía entrañan los postulados radicales de la filosofía del lenguaje de Saussure, tal como fueron desarrollados posteriormente por Derrida, y la *cultural and symbolic anthropology* ["antropología cultural y simbólica"], practicada por Geertz y otros, para quienes "la realidad era tan imaginaria como lo imaginario" (*the real is as imaginary as the imaginary*). Los textos, advertía Stone, son convertidos en espejos "que se reflejan mutuamente, pero que no arrojan luz sobre la 'verdad', que (para ellos) no existe"[5]. Mientras que algunos participantes en el debate en *Past and Present* continuaban insistiendo en que "no se evidencia ninguna coherencia ampliamente abarcadora en la política, la economía o el sistema social (como punto de referencia para la historiografía)"[6], Gabrielle Spiegel, en una réplica muy ponderada, valoró los que, desde su punto de vista, eran los aspectos positivos y destructivos de las concepciones postmodernas de la ciencia. El postestructuralismo, afirmaba, había puesto sobre el tapete la problemática inherente a la relación entre "palabras y cosas, entre la lengua y la realidad extralingüística", y había señalado acertadamente que la vida mental se desarrolla en el lenguaje y que no existe ningún metalenguaje que permita observar una realidad desde el exterior. Pero si los textos sólo reflejan otros textos, sin hacer

referencia a una realidad, entonces "el 'pasado' se disuelve en literatura." En opinión de Spiegel, este enfoque pasa por alto el hecho de que todo texto nace en un contexto real. Así, coincide con Carroll Smith-Rosenberg en que "el lenguaje por sí mismo sólo alcanza significado y autoridad dentro de unos entornos históricos y sociales específicos. Así como las diferencias lingüísticas estructuran la sociedad, las diferencias sociales forman el lenguaje"[7]. Por consiguiente, el papel del lenguaje consiste en mediar entre el texto y la realidad.



De manera similar argumenta también Roger Chartier, uno de los más destacados historiadores culturales franceses y colaborador de los *Annales* durante largos años, en 1993 en *Le Monde*[8]. Constata que las "certezas" de la historia social, tal como era practicada en los *Annales*, se han tambaleado fuertemente en los últimos diez años. En primer lugar "fue restablecido en su derecho el papel de los individuos en el establecimiento de vínculos sociales", con lo que se cuestionaba la primacía de las estructuras y de los procesos. En segundo lugar, los historiadores se volvieron "conscientes de que su discurso, independientemente de cuál sea su forma, es siempre una narración." Pero, para Chartier, de esto no se deduce que la historiografía sea literatura pura. La historiografía se diferencia de la literatura pura por la dependencia del historiador de las fuentes o, en su caso, de los archivos, y, además, por la dependencia de unos criterios científicos, la cual "capacita a la historia para hacer valer los derechos de la verdad frente a todos los falsarios." Como para Spiegel, el mundo histórico aparece en forma de "representaciones"[9] [...] "que se manifiestan a través de signos o expresiones simbólicas". Pero la inclusión de métodos semióticos, necesarios para descifrar esta simbología, no significa, en modo alguno, una renuncia a los criterios de la investigación histórica científica, sino su robustecimiento.

Las revoluciones de los años entre 1989 y 1991 en la Europa del Este y en la Unión Soviética han planteado una serie de cuestiones adicionales para la ciencia histórica. Nadie había podido predecir el repentino derrumbamiento de los sistemas del socialismo real o la rápida reunificación de Alemania, consecuencia de aquel hecho. No se podía prever el cambio radical de 1989 con los métodos de la ciencia histórica, pero, a posteriori, se puede hacer el intento de explicar cómo se llegó a él. La historia no es una ciencia que pueda hacer afirmaciones exactas acerca del futuro, pero sí es una ciencia

retrospectiva, que puede y debe intentar explicar el pasado para entenderlo.

Ninguna de las tres grandes corrientes de investigación que hemos tratado en este libro, a saber, la historia política, narrativa, que se orienta hacia personas y acontecimientos; la historia social, orientada hacia las estructuras y los procesos; y la antropología histórica, orientada hacia las experiencias vitales, se halla en condiciones de dar una explicación satisfactoria. Pero juntas pueden contribuir a una comprensión de estas transformaciones revolucionarias. Es seguro que éstas no pueden comprenderse si no se relacionan con unos entramados sociales de mayor alcance. La afirmación postmoderna, a menudo defendida por los microhistoriadores, de que no existen ningunas estructuras y procesos históricos que lo abarquen todo, debe ser cuestionada. Paradójicamente, para formular unas hipótesis acerca del derrumbamiento de un sistema que se autodefinía como marxista, resultan útiles los conceptos marxistas de la interrelación entre los procesos económicos y los sociales. Por lo visto, la RDA y la Unión Soviética fracasaron ambas por no haber sido capaces de adaptarse al rápido desarrollo técnico de los últimos tres decenios, que revolucionó la economía mundial. Desde hacía treinta años, en el bloque del Este se hablaba mucho de la revolución técnico-científica, pero ésta no tuvo lugar allí. Los medios de producción se sublevaron, por así decirlo, contra las caducas condiciones de producción y la superestructura social y política de los estados del socialismo real. Aquí tienen también cierto valor, como recurso heurístico, los conceptos de modernización. Además, los estados del socialismo real fracasaron, en parte, seguramente debido a factores políticos e institucionales y a la rigidez de estos sistemas, la cual les impidió adaptarse a unas condiciones que habían cambiado. En esta rigidez juegan papeles importantes la economía planificada y la dictadura, las cuales impusieron límites a los nuevos desarrollos y al intercambio de opiniones, necesario para aquéllos. Sin embargo, esta rigidez no puede reducirse únicamente a factores económicos. El comportamiento de las capas dirigentes y de las capas amplias de la población en este marco social no puede comprenderse si no se tienen en cuenta las estructuras mentales y los modos de comportamiento. A esto se añaden decisiones políticas a todos los niveles de la sociedad, desde la cúspide hasta la base. Son procedentes aquí los conceptos y métodos de la sociología, de la psicología social y de la antropología cultural. También debe considerarse el papel de las

personas. ¿Habría sido distinta la evolución en la Unión Soviética sin Breznev o Gorbachov? O la RDA: ¿habría sido tan rígida sin Honecker y su vetusto equipo de colaboradores? Los últimos años han demostrado además lo persistentes que son las tradiciones culturales y los modos de pensar, de índole religiosa o nacional, que han sobrevivido incluso bajo el manto de un comunismo represivo. Jürgen Kocka ha deducido de ello "que la historia social *with politics left out* ["prescindiendo de la política"] en el futuro seguramente será aún menos convincente que hasta ahora"[10]. Y lo mismo se puede aplicar a la historia cultural. "La necesidad de llegar a conocer las interrelaciones, es decir, de llegar a conocer las grandes estructuras y procesos", —opinaba Kocka— "(será seguramente) aún más apremiante, y la limitación a una mera microhistoria sin planteamientos generales será, en el futuro, [...] todavía menos satisfactoria." Por otra parte, "la historia social política de los años noventa más bien deberá tomar en serio la dimensión cultural, el saber cultural y social, las formas de vida y las interpretaciones de las personas como elementos que condicionan la política y que son influenciados por ella." Todo esto no sugiere un nuevo paradigma estándar —la fuerza de la ciencia histórica reside en su pluralismo—, sino la superación de criterios unilaterales con los que, demasiadas veces, historiadores e historiadoras se han aproximado a la historia.

Es difícil darse cuenta de cómo los debates de los últimos años y las consecuencias de las revoluciones políticas han repercutido en la historiografía. Un vistazo al programa del congreso de la *American Historical Association* de enero de 1995 muestra que en la temática de los últimos diez años, centrada sobre todo en aspectos de etnicidad y género sexual, pocas cosas han cambiado. En Alemania, afectada más directamente por esas revoluciones, ha aumentado el interés por la historia nacional y por la política, pero sin que por ello la historia social o la historia cultural de orientación antropológica hayan perdido relevancia, como atestigua la fundación, en 1993, de la revista *Historische Anthropologie* ["Antropología histórica"]. Como indicio de que las ciencias sociales siguen ocupando un lugar importante en la ciencia histórica, mencionemos finalmente que, en Francia, los *Annales* cambiaron en 1994 su subtítulo *Economies. Sociétés. Civilisations*, como se leía desde 1946, por *Histoire-science sociale*, a fin de reestablecer el vínculo por un lado con la política, que había estado conscientemente desatendida durante mucho tiempo, y por otro, con las ciencias sociales analíticas[11].

Notas*

Introducción

1 Iggers: *New Directions*; ed. alemana: *Neue Geschichtswissenschaft*
2 Treitschke, vol. 1, pág. 28.
3 Droysen,* pág. 25 y s., 398.
4 Koselleck, "Geschichte, Geschichten",* pág. 130-143.
5 Ranke, "Idee der Universalhistorie", pág. 85
6 Sobre tres concepciones muy diversas de una ciencia social histórica véase Chaunu,* la revista americana *Social Science History*; y Wehler, *Sozialwissenschaft und Geschichtsschreibung*.
7 Weber, "Wissenschaft als Beruf",* pág. 612.
8 Niethammer, *Posthistoire*.
9 White, *Auch Klio dichtet*.

Primera parte

1 Kuhn.*
2 Bourdieu, *Sozialer Sinn*.*
3 Cf. Wehler, *Deutsche Gesellschaftsgeschichte*, vol. 1, pág. 481-485, vol. 2, pág. 504-520; Nipperdey, *Deutsche Geschichte 1800-1866*, pág. 470-482.
4 Ranke, "Idee der Universalhistorie", pág. 72-73.
5 Véase Kuhn.*
6 Sobre las academias véase Kraus, Ch. McClelland, Wehler, *Deutsche Gesellschaftsgeschichte* y Nipperdey, *Deutsche Geschichte 1800-1866*.
7 Véase Nipperdey, ibíd., pág. 498-533; asimismo Iggers, *Deutsche Geschichtswissenschaft*.
8 Véase Iggers, "Historicism", vol. 2, pág. 456-464.
9 Sobre "naturalismo" como expresión opuesta a "historicismo" véase Bramiss; también Iggers, "Historicism".
10 Véase Troeltsch y Mannheim.

* Un asterisco detrás del título de una obra indica que puede encontrarse la referencia de la edición original o de la edición castellana de esa obra en la relación bibliográfica que figura al final del libro. (*N. del Trad.*)

11 Ortega y Gasset,* pág. 68.
12 Véase Dilthey, *Einleitung;** Windelband;* Rickert.*
13 Véase Max Weber, "Roscher".
14 Meinecke, *Entstehung des Historismus,** pág. 4.
15 Véase Gadamer.*
16 Ranke, Vorrede zu den *Geschichten der romanischen und germanischen Völker,** pág. 46.
17 Véase ibíd., pág. 45 y Ranke, "Über die Verwandtschaft",* pág. 50: "daß deren [der Historie] Amt nicht sowohl auf die Sammlung der Tatsachen und ihre Aneinanderfügung, als auf das Verständnis derselben gerichtet sei". ["que su misión [la de la historia] no consiste tanto en reunir y acoplar hechos, como en comprenderlos"]
18 Véase Ranke, "Idee der Universalhistorie", pág. 80-83.
19 Ranke, *Großen Mächte,** pág. 41.
20 Ranke, *Politisches Gespräch,** ibíd., pág. 61.
21 Véase Ranke, *Deutsche Geschichte**, vol. 2, pág. 124-158.
22 Ranke, *Über die Epochen**, pág. 59-60.
23 Véase Ranke, "Idee der Universalhistorie", pág. 85.
24 Hegel, *Grundlinien der Philosophie des Rechts,** pág. 165-207: Die bürgerliche Gesellschaft.
25 Ringer, *Gelehrten*.
26 Véase Ranke, por ejemplo: "Über die Verwandtschaft",* y el capítulo sobre la guerra de los campesinos en: Ranke, *Deutsche Geschichte.**
27 Véase Iggers, *Deutsche Geschichtswissenschaft;* Ringer, *Gelehrten*, y W. Weber, *Priester*.
28 Véase Stadler, Mellon, Gerhard y Keylor.
29 Véase Hübinger.
30 Por ejemplo Michelet, *Le Peuple**.
31 Sobre América véase Higham y otros, *History;* sobre Francia, Keylor.
32 Véase Iggers, "The Image of Ranke".
33 Véase Iggers, *Deutsche Geschichtswissenschaft*, y W. Weber.
34 Véase Krill.
35 Véase Keylor y Simon.
36 Véase Schorn-Schütte, pág. 287-337: Karl Lamprecht und "New History"; también Iggers, "Social History".
37 Véase Schorn-Schütte, también Oestreich.
38 Lamprecht, *Deutsche Geschichte*, vol. 1, pág. VI-VII.
39 Lamprecht, *Alte und neue Richtungen*.

40 Citado en Schultz, pág. 282.
41 Véase Schäfer, "Das eigentliche Arbeitsgebiet" (1888), y Gothein, *Aufgabe der Kulturgeschichte* (1889). También Oestreich.
42 Véase Rachfahl.
43 Véase W. Weber.
44 Simiand, *Méthode historique* (1903).
45 Véase Higham y otros, *History;* Hofstadter, *The Progressive Historians.**
46 *Congress of Arts and Science: Universal Exposition St. Louis 1904,* Boston 1906, vol. 2.
47 Véase Fellner, Ludo Moritz Hartmann; Oexle, "Georg von Below".
48 Por ejemplo Hauser, *Ouvriers.*
49 Schmoller.
50 Lamprecht, *Deutsches Wirtschaftsleben.*
51 Hintze, "Geschichtsauffassung".
52 Véase Max Weber, "Roscher".
53 Véase Max Weber, "Über einige Kategorien".*
54 Hintze, "Feudalismus" (1929); Hintze, "Der moderne Kapitalismus" (1929)
55 Véase Droysen, *Historik**, pág. 290-362.
56 Véase Dilthey, *Aufbau**, pág.146-152.
57 Hintze, "Staat".
58 Max Weber, "Sinn der 'Wertfreiheit'".*
59 Ibíd., pág. 155.
60 Véase por ejemplo Riehl, *Naturgeschichte.*
61 Véase Robinson, *New History;* también Higham y otros, *History,* pág. 104-116.
62 Beard, *Ökonomische Interpretation.**
63 Véase Higham y otros, *History.*
64 Turner, *Frontier.**
65 Berr.
66 Higham, "Beyond Consensus".
67 Véase Bell, *The End of Ideology;* * Bell, *Nachindustrielle Gesellschaft**; cf. Fukuyama.*
68 Véase Frisch, "Neue Wege".
69 Véase la primera tesis de Marx en: *Thesen über Feuerbach.**
70 Le Roy Ladurie, *Territoire,* pág. 22.
71 Véase Barraclough, *Main Trends.**
72 Frisch, pág. 252-254.
73 Véase Iggers, *Neue Geschichtswissenschaft,* pág. 148-151, también Jarausch, *Quantifizierung.*

74 Rostow, *Stadien.**
75 Marx, *Das Kapital,** prólogo a la primera edición, vol. 1, pág. 12.
76 Gerschenkron, *Economic Backwardness.**
77 Fogel y Engermann, *Time.**
78 Véase Gutman, *Slavery.*
79 En: Fogel y Elton, *Which Road?**
80 Sobre la historia de los *Annales* véase Burke, *Offene Geschichte;** una buena recopilación de ensayos sobre los *Annales* se encuentra en Bloch, *Prozesse.*
81 Véase Raphael, "Historikerkontroversen".
82 Bloch, *Rois.**
83 Bloch, *Apologie.**
84 Véase Bloch y Febvre, *A nos lecteurs;* la divergencia entre las intenciones de los *Annales* y de la medievística alemana tradicional se manifiesta claramente en el artículo necrológico que Marc Bloch dedica a Georg von Below, véase Bloch, "Tempérament", especialmente en la página 556, donde Bloch le reprocha a Below que éste "nunca hubiera logrado hacer perceptibles los estrechos vínculos entre el orden político, la estructura social, la mentalidad, los sentimientos y las ideas".
85 Véase, entre otros: Braudel, *Das Mittelmeer,** Braudel, *Sozialgeschichte,** Le Goff, *Für ein anderes Mittelalter;** Le Roy Ladurie, *Bauern;** Le Roy Ladurie, *Montaillou;** Le Roy Ladurie, *Karneval.**
86 Febvre, *Incroyance.**
87 Braudel, *Frankreich.**
88 Koselleck, "Geschichte, Historie".
89 Le Goff, en: Bloch, *Prozesse,* pág. 393-414.
90 Braudel, *Sozialgeschichte.**
91 Braudel, *Frankreich.**
92 Bloch, "Wassermühle",* y Bloch, *Histoire rurale.**
93 Braudel y Labrousse, *Histoire économique.*
94 Véase Hutton, *Mentalitäten,* pág. 103-131.
95 Véase Vovelle, *Mourir autrefois;* también el número especial de los *Annales: Autour de la mort* (1976). Sobre 'histoire sérielle' véase Vovelle, "Serielle Geschichte"; Chaunu, *Histoire quantitative.**
96 De Saussure, *Grundfragen.**
97 Véase Raphael, "Present".
98 Agulhon, *République au village.*
99 Ozouf, *Fête révolutionnaire.*
100 Furet, *Französische Revolution.** En comparación véase Vovelle,

*Französische Revolution.**
101 También Gurievich, *Mittelalterliche Volkskultur.*

Segunda Parte
1 Stone.* Citamos aquí la versión castellana.
2 Ibíd., pág. 89.
3 Ibíd., pág. 101.
4 Véase Geertz, *Dichte Beschreibung,* en: Geertz,* pág. 7-43.
5 Acerca de la discusión sobre el "camino especial" véase Ritter, "Neuere Sozialgeschichte", especialmente pág. 54-55, nota 126; también Kocka, "Deutsche Geschichte vor Hitler". Adicionalmente Eley, *Wilhelminismus.*
6 Véase Iggers, "Geschichtswissenschaft in Deutschland und Frankreich"; Oestreich; Raphael, "Historikerkontroversen"; Schorn-Schütte, especialmente pág. 289-335.
7 También Fischer, *Krieg der Illusionen.*
8 Kehr, *Primat der Innenpolitik; Schlachtflottenbau.*
9 Wehler, *Deutsche Gesellschaftsgeschichte,* vol. 1, pág. 17.
10 Véase Wehler, *Bismarck,* pág. 14; Horkheimer, "Traditionelle und kritische Theorie".
11 Wehler, *Deutsche Gesellschaftsgeschichte,* vol. 1, pág. 16.
12 Ibíd., pág. 7.
13 Ibíd., pág. 14, 21.
14 Ibíd., pág. 14.
15 Ibíd., pág. 12-20.
16 Ibíd., pág. 10.
17 Wehler, *Bismarck,* pág. 14.
18 Wehler, *Kaiserreich,* pág. 19.
19 Al respecto véase Ritter, "Neuere Sozialgeschichte".
20 Wehler, *Deutsche Gesellschaftsgeschichte,* vol. 1, pág. 10.
21 Véase Wehler, *Deutsche Gesellschaftsgeschichte,* sobre el derecho matrimonial vol. 1, pág. 146-148, 172, 243; sobre las mujeres en el trabajo vol. 2, pág. 254-255, y sobre los movimientos feministas vol. 2, pág. 5, 736.
22 Nipperdey, *Deutsche Geschichte 1800-1866;* Nipperdey, *Deutsche Geschichte 1866-1918,* 2 vols.
23 Kocka, "Paradigmawechsel", pág. 75.
24 Kocka, *Unternehmensverwaltung.*

25 Kocka, *Angestellte.*
26 Por ejemplo Niethammer, *Wohnen*; Tenfelde, *Sozialgeschichte*; Brüggemeier, *Leben vor Ort.*
27 Véase Hays y también Frisch.
28 Gutman, *Work*; Gutman, *Black Family.*
29 Kocka, *Bürgertum im 19. Jahrhundert.*
30 Un ejemplo interesante de este vínculo es el estudio sobre el duelo en la sociedad burguesa en Frevert, *Ehrenmänner.*
31 Wierling, *Mädchen für alles*, pág. 14, 19.
32 Véase al respecto Ehmer y Müller.
33 Marx, *Zur Kritik der Politischen Ökonomie,** prólogo, pág. 8-9.
34 Bollhagen, *Einführung*, pág. 44-46.
35 Lozek y otros, *Unbewältigte Vergangenheit*, pág. 9.
36 Scheel y otros, "Forschungen", pág. 381.
37 Institut für Marxismus-Leninismus beim Zentralkomitee der SED (ed.), *Geschichte der deutschen Arbeiterbewegung*, vol. 1, prólo go, pág. 8.
38 Cf. Iggers, *Ein anderer historischer Blick.*
39 Kula, *Theory of the Feudal System;** interesante desde un enfoque antropológico; Kula, *Measures and Men.*
40 Véase Kaye, *British Marxist Historians;** Kaye, *Education of Desire.*
41 Lukács, *Verdinglichung*, en: Lukács, *Geschichte und Klassenbewußtsein,** pág. 257-397.
42 Marx, *Ökonomisch-philosophische Manuskripte.**
43 Sobre el debate angloamericano véase Kaye, *British Marxist Historians;** véase también Wallerstein, *Das moderne Weltsystem**.
44 En Francia con la escuela de Braudel, en Inglaterra en el debate en torno a la crisis del siglo XVII: véase Richardson.
45 Acerca de la literatura sobre las teorías de la Dependencia: Mütter, Grenzen.
46 Althusser.
47 Véase la crítica de Carlo Ginzburg a la historia de las mentalidades en su introducción a: Ginzburg, *Der Käse und die Würmer,** pág. 7-21.
48 Marx, *Achtzehnte Brumaire,** pág. 198.
49 En la literatura marxista inglesa, esta participación activa es designada con la expresión "agency".
50 Ed. alemana, Frankfurt 1987. El título alemán: *Die Entstehung der englischen Arbeiterklasse* es una traducción poco afortunada del título inglés *The Making of the English Working Class,** que resalta el papel activo de los obreros en la constitución de la clase obrera.

51 Thompson, *Elend der Theorie,** pág. 253, 256.
52 Ibíd., pág. 47.
53 Ibíd., pág. 182.
54 Thompson, *Entstehung,** pág. 7. Traducción ligeramente mejorada por mí.
55 Ibíd., pág. 8.
56 Ibíd., pág. 208-209.
57 Ibíd., pág. 7.
58 Thompson, "Time"*, pág. 56-97.
59 Thompson, *Entstehung,** pág. 11.
60 Mi traducción: cf. ibíd., pág. 9.
61 Ibíd., pág. 7.
62 Thompson, "Moral Economy"*.
63 Rudé, *Volksmassen.**
64 Por ejemplo Lüdtke, "Protest"; Mason, *Peters.*
65 Véase Marx: "Die Menschen machen ihre eigene Geschichte, aber sie machen sie nicht aus freien Stücken, nicht unter selbstgewählten, sondern unter unmittelbar vorgefundenen, gegebenen und überlieferten Umständen", ["los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen arbitrariamente, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo circunstancias directamente dadas y heredadas del pasado"] en: *AchtzehnteBrumaire,** pág. 115 [pág. 11 de la edición castellana].
66 Acerca de la controversia sobre el "culturalismo" de Thompson y Genovese véase Johnson, también K. McClelland.
67 Véase Thompson, "Time"*.
68 Ginzburg y Poni, "Was ist Mikrohistorie?"
69 Kocka, "Überraschung", pág. 19.
70 Medick, "Missionare", pág. 49.
71 Lüdtke, *Alltagsgeschichte*: Introducción, pág. 12.
72 Medick, "Missionare", pág. 50.
73 Habermas, *Theorie,** vol. 2, pág. 232; citado en Lipp, "Überlegungen", pág. 31.
74 Véase Levi, "On Microhistory";* véase también Medick, "Entlegene Geschichte?"
75 Thompson, *Entstehung der englischen Arbeiterklasse,** pág. 11.
76 Véase versión anterior de Medick, "Missionare", en: *Geschichte und Gesellschaft*, pág. 308 o 304-305.
77 Acerca de la microhistoria, de nuevo Medick, "Entlegene Geschichte?"; acerca del origen del concepto "microstoria" en Italia véase ibíd.,

pág. 364-365, nota 10.
78 Medick, "Missionare", pág. 57. Véase también Gadamer, *Wahrheit*.*
79 Véase Geertz, *Dichte Beschreibung*.*
80 Véase Sahlins, *Kapitän Cook*.*
81 Medick, "Missionare", pág. 59.
82 Citado ibíd., pág. 60.
83 Kocka, *Sozialgeschichte*,* pág. 170.
84 Medick, "Missionare", pág. 61-62.
85 Kocka, *Sozialgeschichte*, pág. 173.
86 Lipp, "Überlegungen", pág. 30.
87 Véase la transición desde la "histoire sérielle" a la historia de las mentalidades en: Vovelle, *Die Französische Revolution*.*
88 Foucault, *Wahnsinn*;* Foucault, *Geburt der Klinik*;* y Foucault, *Überwachen*.*
89 Muchembled, *Kultur*,* y Muchembled, *Erfindung*.*
90 Perrot, "Introduction", en: Ariès y Duby, *Geschichte des privaten Lebens*,* vol. 4, pág. 9.
91 Véase Wehler, *Deutsche Gesellschaftsgeschichte*, vol. 1, pág. 14.
92 Véase la insistencia de Stedman-Jones en el papel del lenguaje en la constitución de la clase obrera en: Stedman-Jones, *Politik und Sprache*.
93 Bourdieu, *Soziologie*, pág. 57, 59.
94 Veblen.
95 Thompson, *Entstehung*,* pág. 7-8.
96 Lipset, "Fascism", pág. 131-176.
97 Allen, *Das haben wir nicht gewollt*.
98 Hamilton, *Who Voted for Hitler?*
99 Childers, *The Nazi Voter*.
100 Falter, *Hitlers Wähler*.
101 Childers, "Social Language".
102 Foucault, *Dispositive*.
103 Véase también Lipp, "Überlegungen", pág. 30.
104 Véase Lüdtke, "Protest".
105 Lukács, *Geschichte und Klassenbewußtsein*.*
106 Adorno y otros, *Positivismusstreit*.*
107 Ranke, "Idee der Universalhistorie", pág. 78; véase también Humboldt, pág. 587.
108 Véase Davis, *Die wahrhaftige Geschichte*,* pág. 20.
109 Finlay, véase también la respuesta de Davis, "On the Lame".
110 Medick, *Leben und Überleben*.

111 El concepto de "Eigen-Sinn" [sentido de lo específico] fue propues to para la reconstrucción histórica por primera vez por Lüdtke en 1985. Cf. ahora: Lüdtke, "Die Ordnung der Fabrik"; para la investi gación del nacionalsocialismo desde esta perspectiva cf. también Lüdtke, "Wo blieb die "rote Glut"?" Véase también Mason, *Sozialpolitik*.
112 Medick, "Missionare", pág. 61.
113 Levi.
114 Sabean, *Zweischneidiges Schwert*.
115 Levi, pág. 94-95.
116 Schlumbohm, *Lebensläufe*, vol. 1, pág. 1.
117 Schlumbohm, *Lebensläufe*, Medick, *Leben und Überleben*; Kriedte, *Stadt am seidenen Faden*; Sabean, *Property*.
118 Schlumbohm, *Lebensläufe*, pág. 8.
119 Medick, "Ein Volk "mit" Büchern".
120 Kaschuba y Lipp, "Wasser und Brot".
121 Lipp, *Politische Kultur*; véase también Lipp, "Writing History".
122 Véanse las publicaciones desde 1972 en la serie "*Kritische Studien zur Geschichtswissenschaft*" ["Estudios críticos sobre la ciencia histórica"] y también en la serie de textos "*Industrielle Welt*" ["Mundo Industrial"] del "Arbeitskreis für moderne Sozialgeschichte" ["Círculo de trabajo de historia social moderna"].
123 Stone,* pág. 88, nota.
124 Véase Ankersmit.
125 Barthes.
126 White, *Metahistory*,* pág. 13.
127 White, *Auch Klio dichtet*, pág. 102.
128 Ranke, "Vorlesungseinleitungen", pág. 72-73.
129 Bahners, pág. 313.
130 Bachelard.*
131 Feyerabend,* *Wider den Methodenzwang*; Feyerabend, *Irrwege*.*
132 Foucault, *Archäologie*;* Foucault, *Die Ordnung der Dinge*.*
133 Derrida, *Grammatologie*;* Derrida, *Die Schrift*.*
134 Stone,* pág. 101.
135 LaCapra.
136 Blanke y Rüsen, *Von der Aufklärung zum Historismus*; Jaeger y Rüsen, *Geschichte des Historismus*.
137 Scott, "Women's History",* pág. 58; véase también Scott, *Gender*.*
138 Pocock, *Machiavellian Moment*; Pocock, *Politics*.
139 Skinner, *Foundations*;* Skinner, *Return of Grand Theory*.*

140 Koselleck, "Geschichte, Historie"; Koselleck, "Geschichte, Geschichten".*
141 Koselleck, "Geschichte, Historie"; Koselleck, "Geschichte, Geschichten".*
142 Véase Furet, *1789*; Furet y Richet, *Französische Revolution*;* Furet y Ozouf, *Transformation of Political Culture.*
143 Hunt, *Symbole der Macht.*
144 Sewell, *Work and Revolution in France*, pág. 11.
145 Agulhon, *République au village.*
146 Ozouf, *Fête révolutionnaire.*
147 Aquí mi traducción; cf. Thompson, *Entstehung*,* pág. 9, 11.
148 Stedman-Jones, pág. 11.
149 Childers, "Social Language".
150 Véase la discusión en torno a Darnton, *Das große Katzenmassaker**; Chartier, "Texts, Symbols and Frenchness"; y la respuesta de Darnton, "The Symbolic Element in History".

Consideraciones finales
1 Niethammer, *Posthistoire*; Fukuyama.
2 Kierkegaard.
3 Véase Jünger.*
4 Véase Niethammer, *Posthistoire*, pág. 164-172.
5 Koselleck, "Zum Verhältnis von Vergangenheit und Zukunft".*
6 Le Goff, "Zeit der Kirche"* en: Bloch, *Prozesse*, pág. 393-414.
7 Véase Braudel, *Das Mittelmeer.**
8 Dilthey, *Aufbau.**
9 Collingwood.*
10 Gadamer.*
11 Ricoeur.*
12 Max Weber, "Objektivität",* pág. 180.
13 Droysen,* pág. 25-26, 398.
14 Ibíd.
15 Danto.*
16 Véase Rüsen, "Wie kann man Geschichte vernünftig schreiben?", en: Rüsen, *Zeit und Sinn*, pág. 106-134; Rüsen, *Grundzüge einer Historik.*
17 Thompson, *Entstehung*,* pág. 11.
18 Ankersmit.
19 En: Blanke y Fleischer, *Theoretiker der deutschen Aufklärung*, vol. 2, pág. 452-466.

Epílogo a la segunda edición alemana

1 Roger Chartier, "Die Welt als Repräsentation", en: Matthias Middel y Steffen Sammler (ed.), *Alles Gewordene hat Geschichte. Die Schule der Annales in ihren Texten*, Leipzig 1994, pág. 320.

2 Véase pág. 59 y 60.

3 Roger Chartier, "Zeit der Zweifel. Zum Verständnis gegenwärtiger Geschichtsschreibung", en: Christoph Conrad y Martina Kessel (ed.), *Geschichte schreiben in der Postmoderne. Beiträge zur aktuellen Diskussion*, Stuttgart 1994, pág. 92.

4 Véase Chartier, "Die Welt als Repräsentation", pág. 332.

5 Lawrence Stone, "History and Post Modernism", en *Past and Present*, núm. 131 (1991), págs. 217-218.

6 Véase Patrick Joyce, en: *Past and Present*, núm. 133 (1991), pág. 208; además Lawrence Stone, ibíd., núm. 135 (1992) pág. 190.

7 Gabrielle Spiegel, en: ibíd., núm. 135 (1992), pág. 194-208; véase también ídem, "Geschichte, Historizität und soziale Logik", en: Conrad y Kessel (ed.), *Geschichte schreiben*, pág. 161-202.

8 "Zeit der Zweifel", en Conrad y Kessel (ed.), *Geschichte schreiben*, págs. 83-97; bajo el título "Le temps des doutes" en: *Le Monde*, 18 de marzo de 1993, pág. VI-VII.

9 Ibíd., pág. 91. También ídem, "Die Welt als Repräsentation", en: Middel und Sammler (ed.), *Alles Gewordene*, trad. del francés, "Le monde comme représentation", en: *Annales. E.S.C.* 44 (1989), 1505-1520. [Artículo incluido en la edición española del libro de Chartier, de título homónimo: *El mundo como representación*. Barcelona, Gedisa, 1992; pág. 45-62]

10 Jürgen Kocka, "Sozialgeschichte der neunziger Jahre", en: *Die neue Gesellschaft. Frankfurter Hefte*, año XL (1993), págs. 1125-1129.

11 "Histoire, Sciences Sociales", en: *Annales. Histoire, Sciences Socia les*, 49e Année (1994), pág. 3-4.

Bibliografía

Nota preliminar

Nuestro objetivo fundamental ha sido completar la amplia y selecta bibliografía que figura en la obra original, con los datos que puedan hacer más accesibles las referencias allí citadas. Así se recoge toda la información ofrecida en la relación del original, con simples variantes tipográficas, pues nos parece interesante que el lector avisado pueda conocer, por ejemplo, que obras, clásicas o no, se han publicado en alemán o traducido a esta lengua. Además, añadimos [entre corchetes] las referencias de que tenemos noticia o bien de las ediciones castellanas, caso de que existan, o bien de las ediciones originales en inglés o francés.

En esta laboriosa tarea hemos recibido alguna ayuda ocasional, que agradecemos de corazón, del propio Georg G. Iggers, de la Sra. U. Daoudi (desde Münster) y de Maria Manadè, aquí, en Barcelona.

Adorno, Theodor y otros, *Der Positivismusstreit in der deutschen Soziologie*, Hamburgo, 1969. [Ed. cast.: *La disputa del positivismo en la sociología alemana*, Barcelona, Grijalbo, 1973].

Agulhon, Maurice, *La République au village*, París, 1970.

Allen, William Sheridan, *Das haben wir nicht gewollt. Die nationalsozialistiche Machtergreifung in einer Kleinstadt*, Gütersloh, 1966.

Althusser, Louis, *Gesammelte Schriften*, Hamburgo, 1987. [Eds. cast. (entre otras obras): *Para leer El Capital*, México, Siglo XXI, 1977; *La revolución teórica de Marx*, México, Siglo XXI, 1988.]

Ankersmit, F. A., "Historiography and Postmodernism", en: *History and Theory*, vol. 28, 1989, pág. 137-153.

Ariès, Philippe y Georges Duby (eds.), *Geschichte des privaten Lebens*, 5 vols., Frankfurt am Main, 1989 y s. [Ed. cast.: *Historia de la vida privada*, 10 vols., Madrid, Taurus, 1988-92.]

Bachelard, Gaston, *Die Philosophie des Nein. Versuch einer Philosophie des neuen wissenschaftlichen Geistes*, Frankfurt am Main, 1980. [Ed.

cast.: *La filosofía del no: ensayo de una filosofía del nuevo espíritu científico*, Buenos Aires, Amorrortu, 1978 (reimpr.)]

Bahners, Patrick, "Die Ordnung der Geschichte. Über Hayden White", en: *Merkur*, año 46, núm. 6, 1992, pág. 506-521.

Bajtin, Mijail M., *Rabelais und seine Welt: Volkskultur als Gegenkultur*, Frankfurt am Main, 1987. [Ed. cast.: *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento: el contexto de François Rabelais*, Madrid, Alianza, 1990, (4a. ed.)]

Barraclough, Geoffrey, *Main Trends in History*, Nueva York, 1979. [Ed. cast.: *Introducción a la Historia Contemporánea*, Madrid, Gredos, 1979, (4a. reimpr.)]

Barthes, Roland, "Die Historie und ihr Diskurs", in: *Alternative*, vol. 11, 1968, pág. 161-180. [Ed. orig.: "Le discours de l'histoire", en: *Social Science Information. Information sur les sciences sociales*, VI, 4, 1967, pág. 65-75.]

Beard, Charles, *Die ökonomische Interpretation der amerikanischen Verfassung*, Frankfurt am Main, 1975. [Ed. orig.: *An Economic Interpretation of the Constitution of the Unites States*, Nueva York, MacMillan, 1964.]

Bell, Daniel, *The End of Ideology*, Nueva York, 1960. [Ed. cast.: *El fin de las ideologías*, Madrid, Tecnos, 1964.]

— , *Die nachindustrielle Gesellschaft*, Frankfurt am Main, 1985. [Ed. cast.: *El advenimiento de la sociedad post-industrial*, Madrid, Alianza, 1989.]

Berr, Henri, *La Synthèse en histoire*, nueva ed., París, 1953.

Blackbourn, David y Geoff Eley, *Mythen deutscher Geschichtsschreibung. Die gescheiterte bürgerliche Revolution von 1848*, Frankfurt am Main, 1980.

Blanke, Horst-Walter, *Historiographiegeschichte als Historik*, Stuttgart, 1990.

—, y Dirk Fleischer (eds.), *Theoretiker der Aufklärung*, 2 vols., Stuttgart, 1990.

— y Jörn Rüsen (eds.), *Von der Aufklärung zum Historismus. Zum Strukturwandel des historischen Denkens*, Paderborn, 1985.

Bloch, Marc y Lucien Febvre, "A nos lecteurs", en: *Annales d'histoire économique et sociale*, vol. 1, 1929, pág. 1-2.

—, "Antritt und Siegeszug der Wassermühle", en: M. Bloch, F. Braudel, L. Febvre y otros, *Schrift und Materie der Geschichte. Vorschläge zur systematischen Aneignung historischer Prozesse*, ed. de Claudia Honegger, Frankfurt am Main, 1977, pág. 171-197.

[Ed. orig.: Bloch, M., "Avènement et conquêtes du moulin à eau", en: *Annales d'histoire économique et sociale*, vol. 7, 1935, pág. 538-563.].

—, *Apologie der Geschichte oder der Beruf des Historikers*, Stuttgart, 1980. [Ed. cast.: *Introducción a la historia*, México, F.C.E., 1980 (10 reimpr.)]

—, *Les Caractères originaux de l'histoire rurale française*, nueva ed., París, 1952-56. [Ed. cast.: *La historia rural francesa: caracteres originales*, Barcelona, Crítica, 1978.]

—, *Die Feudalgesellschaft*, Berlín, 1982. [Ed. cast.: *La sociedad feudal*, México, U.T.E.H.A., 1958.]

—, *Les Rois thaumaturges*, París, 1924. [Ed. cast.: *Los Reyes taumaturgos*, México, F.C.E., 1988.]

—,"Un Tempérament: Georg von Below", en: *Annales d'histoire économique et sociale*, vol. 3, 1931, pág. 553-559.

Bollhagen, Peter, *Einführung in das Studium der Geschichte*, Berlín (Oriental), 1966.

Bourdieu, Pierre, *Sozialer Sinn. Entwurf einer Theorie*, Frankfurt am Main, 1976. [Ed. orig.: *Esquisse d'une théorie de la pratique*, Genève, Droz, 1972.]

—, *Zur Soziologie der symbolischen Formen*, Frankfurt am Main, 1991, (4a. ed.)

Bramiss, Chr. J., *Die wissenschaftliche Aufgabe der Gegenwart*, Breslau, 1848.

Braudel, Fernand, *Frankreich*, 3 vols., Stuttgart, 1990-91. [Ed. cast.: *La identidad de Francia*, 2 vols., Barcelona, Gedisa, 1993.]

Braudel, Fernand y Ernest Labrousse, *Histoire économique et sociale de la France*, 4 vols., París, 1970-79.

Braudel, Fernand, *Das Mittelmeer und die mediterrane Welt in der Epoche Philipps II*, 3 vols, Frankfurt am Main, 1990 [Ed. cast.: *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, 2 vols., México, F.C.E., 1976, (2a ed.)]

Braudel, Fernand, *Sozialgeschichte des 15.-18. Jahrhunderts*, 3 vols., 1985-86. [Ed. cast.: *Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV-XVIII*, 3 vols., Madrid, Alianza, 1984.]

Breisach, Ernst, *Historiography. Ancient. Medieval. Modern*, Chicago, 1983.

Brüggemeier, Franz-Joseph, *Leben vor Ort. Ruhrbergleute und Ruhrbergbau 1889-1918*, Múnich, 1983.

Burke, Peter (ed.), *New Perspectives on Historical Writing*, University

Park (Pennsylvania), 1991. [Ed. cast.: *Formas de hacer historia*, Madrid, Alianza, 1993.]
—, *Offene Geschichte. Die Schule der "Annales"*, Berlín, 1991. [Trad. cast.: *La Revolución historiográfica francesa. La Escuela de los Annales, 1929-1984*. Barcelona, Gedisa, 1993.]
Chartier, Roger, "Texts, Symbols and Frenchness", en: *Journal of Modern History*, vol. 57, 1985, pág. 682-695.
Chaunu, Pierre, *Histoire quantitative, histoire sérielle*, París, 1978 [Ed. cast.: *Historia cuantitativa, historia serial*, México, F.C.E., 1987.]
—, *Histoire science sociale. La durée, l'espace et l'homme à l'époque moderne*, París, 1978. [Ed. cast.: *Historia. Ciencia social*, Madrid, Encuentro, 1986.]
Childers, Thomas, *The Nazi Voter. The Social Foundations of Fascism in Germany 1919-1933*, Chapel Hill, 1983.
—, "The Social Language of Politics in Germany. The Sociology of Political Discourse in the Weimar Republic", en: *American Historical Review*, vol. 95, 1990, pág. 331-358.
Collingwood, R. G., *The Idea of History*, Oxford, 1946. [Ed. cast.: *La idea de la historia*, México, F.C.E., 1977.]
Congress of Arts and Science, Universal Exposition St. Louis 1904, Boston, 1906.
Danto, Arthur, *Analitische Philosophie der Geschichte*, Frankfurt am Main, 1980. [Ed. cast.: *Historia y narración: ensayos de filosofía analítica de la historia*, Barcelona, Paidós, 1989.]
Darnton, Robert, *Das grosse Katzenmassaker. Streifzüge durch die französische Kultur vor der Revolution*, Múnich, 1989. [Ed. cast.: *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*, México, F.C.E., 1987.]
—, "The Symbolic Element in History", en: *Journal of Modern History*, vol 58, 1986, pág. 218-234.
Davis Natalie Zemon, "On the Lame", en: *American Historical Review*, vol. 93, 1988, pág. 572-603.
—, *Die wahrhaftige Geschichte von der Wiederkehr des Martin Guerre*, mit einem Nachwort von Carlo Ginzburg, Múnich, 1984. [Trad. cast.: *El regreso de Martin Guerre*, Barcelona, Antoni Bosch, 1984.]
Derrida, Jacques, *Grammatologie*, Frankfurt am Main, 1982. [Ed. cast.: *De la gramatología*, Buenos Aires, Siglo XXI Argentina, 1971.]
— , *Die Schrift und die Differenz*, Frankfurt am Main, 1977. [Ed. cast.: *La escritura y la diferencia*, Barcelona, Anthropos, 1989.]
Dilthey, Wilhelm, *Der Aufbau der geschichtlichen Welt in den*

Geisteswissenschaften, Gesammelte Schriften, vol. 7, Leipzig, 1924. [Ed. cast.: *El mundo histórico*, en: *Obras*, vol. 7, México, F.C.E., 1944.]

—, *Einleitung in die Geisteswissenschaften. Versuch einer Grundlegung für das Studium der Geschichte, Gesammelte Schriften*, vol. 1, Leipzig, 1922 [Ed. cast.: *Introducción a las ciencias del espíritu*, en: *Obras*, vol. 1, México, F.C.E., 1949.]

Droysen, Johann Gustav, *Historik. Vorlesungen über Enzyklopädie und Methodologie der Geschichte. Historisch-kritische Ausgabe*, vol. 1, Stuttgart, 1977. [Ed. cast.: *Histórica. Lecciones sobre la enciclopedia y metodología de la historia*, Barcelona, Alfa, 1983.]

Dülmen, Richard von, *Kultur und Alltag in der Frühen Neuzeit*, 2 vols., Múnich, 1990-92.

Durkheim, Emile, "Cours de science sociale; leçon d'ouverture", en: *Revue internationale de l'enseignement*, vol. 15, 1888, pág. 23-48.

Ehmer, Josef y Albert Müller, "Sozialgeschichte in Österreich. Traditionen, Entwicklungsstränge und Innovationspotential", en: Jürgen Kocka (ed.), *Sozialgeschichte im internationalen Überblick. Ergebnisse und Tendenzen der Forschung*, Darmstadt, 1988, pág. 109-140.

Eley, Geoff, *Wilhelminismus, Nationalismus, Faschismus. Zur historischen Kontinuität in Deutschland*, Münster, 1991.

Elias, Norbert, *Über den Prozess der Zivilisation. Soziogenetische und psychogenetische Untersuchungen*, Frankfurt am Main, 1989. [Trad. cast.: *El proceso de la civilización*, México, F.C.E., 1988.]

Erbe, Michael, *Zur neueren französischen Sozialgeschichte. Die Gruppe um die Annales*, Darmstadt, 1979.

Falter, Jürgen, *Hitlers Wähler*, Múnich, 1981.

Febvre, Lucien, *Le Problème de l'incroyance au XVI siècle, la religion de Rabelais*, París, 1942. [Ed. cast.: *El problema de la incredulidad en el siglo XVI. La religión de Rabelais*. México, U.T.E.H.A., 1959.]

Fellner, Günter, *Ludo Moritz Hartmann und die österreichische Geschichtswissenschaft. Grundlage eines paradigmatischen Konfliktes*, Viena, 1985.]

Feyerabend, Paul, *Irrwege der Vernunft*, Frankfurt am Main 1989. [Ed. cast.: *Adiós a la razón*, Madrid, Tecnos, 1984.]

—, *Wider den Methodenzwang*, Frankfurt am Main, 1980. [Trad. cast.: *Contra el método*, Barcelona, Ariel, 1981.]

Fink, Carole y Marc Bloch, *A Life in History*, Cambridge, 1989.

Finlay, Robert, "The Refashioning of Martin Guerre", en: *American*

Historical Review, vol. 93, 1988, pág. 553-571.
Fischer, Fritz, *Der Griff nach der Weltmacht*, Düsseldorf, 1961.
—, *Krieg der Illusionen. Die deutsche Politik von 1911-1914*, Düsseldorf, 1969.
Fogel, Robert y Stanley Engerman, *Time on the Cross*, 2 vols., Nueva York, 1974. [Ed. cast.: *Tiempo en la cruz: la economía esclavista en los Estados Unidos*, Madrid, Siglo XXI, 1981].
— y Geoffrey Elton, *Which Road to the Past? Two Views of History*, New Haven, 1983. [Ed. cast.: *¿Cuál de los dos caminos al pasado? Dos visiones de la historia*, México, F.C.E., 1989.]
Foucault, Michel, *Archäologie des Wissens*, Frankfurt am Main, 1981. [Ed. cast.: *La arqueología del saber*, México, Siglo XXI, 1970.]
—, *Dispositive der Macht. Über Sexualität, Wissen und Wahrheit*, Berlín, 1978.
—, *Die Geburt der Klinik. Eine Archäologie des ärztlichen Blicks*, Berlín, 1976 . [Ed. cast.: *El nacimiento de la clínica. Una arqueología de la mirada médica*, México, Siglo XXI, 1966].
—, *Die Ordnung der Dinge. Eine Archäologie der Humanwissenschaften*, Frankfurt am Main, 1974. [Ed. cast.: *Las palabras y las cosas. Una arquelogía de las ciencias humanas*, México, Siglo XXI, 1968.]
—, *Sexualität und Wahrheit*, 4 vols., Frankfurt am Main, 1986. [Ed. cast.: *Historia de la sexualidad*, 3 vols., Madrid, Siglo XXI, 1987-89.]
—, *Überwachen und Strafen*, Frankfurt am Main, 1986. [Ed. cast.: *Vigilar y castigar*, Madrid, Siglo XXI, 1982, (7a. ed.)]
—, *Wahnsinn und Gesellschaft. Eine Geschichte des Wahns im Zeitalter der Vernunft*, Frankfurt am Main,1973. [Ed. cast.: *Historia de la locura en la época clásica*, 2 vols, Madrid, Siglo XXI, 1979.]
Frevert, Ute, *Ehrenmänner. Das Duell in der bürgerlichen Gesellschaft*, Múnich, 1991.
Frisch, Michael, "Neue Wege in der amerikanischen Sozialgeschichte", in: Georg G. Iggers, *Neue Geschichtswissenschaft. Vom Historismus zur Historischen Sozialwissenschaft*, Múnich, 1978, pág. 219-257.
Fukuyama, Francis, *Das Ende der Geschichte. Wo stehen wir?*, Múnich, 1992. [Ed. cast.: *El fin de la historia y el último hombre*, Barcelona, Planeta, 1992.]
Furet, François, *Die französische Revolution*, Frankfurt am Main, 1989, (3a ed.). [Ed. cast.: *La Revolución francesa*, Madrid, Rialp, 1988.]
— y Mona Ozouf (eds.), *The Transformation of Political Culture 1789-1843*, vol. 3 de: *The French Revolution and the Creation of Modern Political Culture*, Oxford, 1989.

—, *1789-Vom Ereignis zum Gegenstand der Geschichtswissenschaft*, Frankfurt am Main, 1980. [Ed. orig.: *Penser la Révolution française*, París, Gallimard, 1978.]
Gadamer, Hans-Georg, *Wahrheit und Methode*, Tübingen, 1960. [Ed. cast.: *Verdad y método*, Salamanca, Sígueme, 1977.]
Geertz, Clifford, *Dichte Beschreibung. Beiträge zum Verstehen kultureller Systeme*, Frankfurt am Main, 1983. [Ed. cast.: *Interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa, 1988.]
Genovese, Eugene, *Roll Jordan, Roll. The World the Slaves Made*, Nueva York, 1976.
Gerhard, Dietrich, "Guizot, Augustin Thierry und die Rolle des Tiers Etat in der französischen Geschichte", en: *Alte und neue Welt in der vergleichenden Geschichtsbetrachtung*, Göttingen, 1962, pág. 57-75.
Gerschenkron, Alexander, *Backwardness in Historical Perspective*, Cambridge, Mass., 1962. [Ed. cast.: *El atraso económico en su perspectiva histórica*, Barcelona, Ariel, 1968.]
Ginzburg, Carlo, *Der Käse und die Würmer. Die Welt eines Müllers um 1600*, Berlín, 1982. [Ed. cast.: *El queso y los gusanos*, Barcelona, Muchnik, 1981.]
— y Carlo Poni, "Was ist Mikrohistorie?", en: *Geschichtswerkstatt*, núm. 6, 1985, pág. 48-52.
Gothein, Eberhard, *Die Aufgabe der Kulturgeschichte*, Leipzig, 1889
Gurievich, Aron, *Mittelalterliche Volkskultur*, Múnich, 1987.
—, *Das Weltbild des mittelalterlichen Menschen*, Múnich, 1989. [Ed. cast.: *Las categorías de la cultura medieval*, Madrid, Taurus, 1990.]
Gutman, Herbert G., *The Black Family in Slavery and Freedom 1750-1925*, Nueva York, 1977.
—, *Slavery and the Numbers Game. A Critique of Time on the Cross*, Urbana, 1975.
—, *Work, Culture and Society in Industrializing America. Essays in American Working Class and Social History*, Nueva York, 1977.
Habermas, Jürgen, *Theorie des komunikatives Handelns*, 2 vols., Frankfurt am Main, 1985. [Ed. cast.: *Teoría de la acción comunicativa*, Madrid, Taurus, 1988.]
Hamilton, Richard, *Who Voted for Hitler?*, Princeton, 1981.
Hardtwig, Wolfgang, *Geschichtskultur und Wissenschaft*, Múnich, 1990.
— (ed.), *Über das Studium der Geschichte*, Múnich, 1990.
Hauser, Henri, *Ouvriers du temps passé. XVe-XVIe siècles*, París, 1913.
Hays, Samuel P., "Dreissig Jahre "Neue Sozialgeschichte" in den

USA", en: Jürgen Kocka (ed.), *Sozialgeschichte im internationalen Überblick. Ergebnisse und Tendenzen der Forschung*, Darmstadt, 1988, pág. 207-245.

Hegel, G.W.F., *Grundlinien der Philosophie des Recht*, in: *Sämtliche Werke. Neue kritische Ausgabe*, vol. 12, Hamburgo, 1955. [Ed. cast.: *Filosofía del derecho*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1985 (2a. ed.)]

Hettling, Manfred y otros (eds.), *Was ist Gesellschaftsgeschichte?*, Múnich, 1991.

Higham, John, "Beyond Consensus: The Historian as Moral Critic", en: *American Historical Review*, vol 67, 1961/62, pág. 609-625.

Higham, John y otros, *History*, Englewood Cliffs, 1965.

Hintze, Otto, "Der moderne Kapitalismus als historisches Individuum. Ein kritischer Bericht über Sombarts Werk 'Wirtschaftsleben im Zeitalter der Hochkapitalismus'" (1929), en: *Soziologie und Geschichte*, Göttingen, 1964, pág. 374-426.

—, "Der Staat als Betrieb und als Verfassungsform", en: *Soziologie und Geschichte*, Göttingen, 1964, pág. 205-209.

—, "Über individualistische und kollektivistische Geschichtsauffassung", en: *Historische Zeitschrift*, 78, 1987, pág. 60-67.

— "Wesen und Verbreitung des Feudalismus (1929)", en: *Staat und Verfassung*, Göttingen, 1962, pág. 84-119.

Hobsbawm, Eric, *Sozialrebellen. Archaische Sozialbewegungen im 19. und 20. Jahrhundert*, Frankfurt am Main, 1979. [Ed. cast.: *Rebeldes primitivos. Estudios sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*, Barcelona, Ariel, 1968.]

Hofstadter, Richard, *The Progressive Historians. Turner, Beard, Parrington*, Nueva York, 1968. [Ed. cast.: *Los historiadores progresistas. Turner, Beard, Parrington*, Buenos Aires, Paidós, 1970.]

Honegger, Claudia (ed.), M. Bloch, F. Braudel, L. Febvre y otros, *Schrift und Materie der Geschichte. Vorschläge zur Systematischen Aneignung historischer Prozesse*, Frankfurt am Main, 1977.

Horkheimer, Max, "Traditionelle und kritische Theorie", en: *Zeitschrift für Sozialforschung*, vol. 6, 1937, pág. 245-294.

Hübinger, Gungolf, *Georg Gottfried Gervinus. Historisches Urteil und politische Kritik*, Göttingen, 1984.

Humboldt, Wilhelm von, "Über die Aufgabe des Geschichtsschreibers", en: *Werke*, vol. 1, Darmstadt, 1960, pág. 585-606.

Hunt, Lynn, *Symbole der Macht. Macht der Symbole. Die französische Revolution und der Entwurf einer politischen Kultur*, Frankfurt am

Main, 1989. [Ed. orig.: *Politics, Culture, and Class in the French Revolution*, London, Methuen, 1984.]

Iggers, Georg G. (ed.), *Ein anderer historischer Blick. Beispiele ostdeutscher Sozialgeschichte*, Frankfurt am Main, 1991.

— , *Deutsche Geschichtswissenschaft. Eine Kritik der traditionellen Geschichtsauffassung von Herder bis zur Gegenwart*, Múnich, 1978, (3a ed.)

Iggers, Georg G., "Geschichtswissenschaft in Deutschland und Frankreich 1830 bis 1918 un die Rolle der Sozialgeschichte. Ein Vergleich zwischen zwei Traditionen bürgerlicher Geschichtsschreibung", en: Jürgen Kocka (ed.), *Bürgertum im 19. Jahrhundert. Deutschland im europäischen Vergleich*, Múnich, 1988, vol. 3, pág. 175-199.

—, "Historicism", en: *Dictionary of the History of Ideas*, vol. 2, Nueva York, 1973, pág. 456-464.

—, "The Image of Ranke in American and German Historical Thought", en: *History and Theory*, vol. 2, 1962, pág. 17-40.

— y Harold T. Parker (eds.), *International Handbook of Historical Studies: Contemporary Research and Theory*, West Port, Conn., 1979.

—, *Neue Geschichtswissenschaft. Vom Historismus zur Historischen Sozialwissenschaft*, Múnich, 1978.

—, *New Directions in European History*, Middletown, 1984, (2a ed.)

— (ed.), "Social History at the End of the 1980's", en: *Storia della Storiografia*, nums. 17 y 18, 1990.

—, "Social History: the Social Sciences and Political Culture, 1890-1914. An International Perspective", en: *Tel Aviver Jahrbuch für Deutsche Geschichte*, vol. 16, 1987, pág. 117-134.

Institut für Marxismus-Leninismus beim Zentralkommitee der SED (ed.), *Geschichte der deutschen Arbeiterbewegung*, Berlín (Oriental), 1966, vol. 1, Prólogo.

Jaeger, Friedrich y Jörn Rüsen, *Geschichte des Historismus. Eine Einführung*, Múnich, 1992.

Jarausch, Konrad y otros, *Geschichtswissenschaft vor 2000. Perspektiven der Historiographiegeschichte, Geschichtstheorie, Sozial- und Kulturgeschichte. Festschrift für Georg G. Iggers zum 65.Geburtstag*, Hagen, 1991.

—, *Quantifizierung in der Geschichte*, Düsseldorf, 1972.

Johnson Richard, "Edward Thompson, Eugene Genovese and Socialist-Humanist History", en: *History Workshop*, núm. 6, 1977, pág. 79-100.

Jünger, Ernst, *In Stahlgewiter*, Stuttgart, 1990. [Ed. cast.: *Tempestades de acero*, Barcelona, Tusquets, 1987.]
Kammen, Michael (ed.), *The Past Before Us: Contemporary Historical Writing in the United States*, Ithaca, 1980.
Kaschuba, Wolfgang y Carola Lipp, "Waser und Brot. Politische Kultur und Alltag der Vormärz- und Revolutionsjahre", en: *Geschichte und Gesellschaft*, año 10, 1984, pág. 320-351.
Kaye, Harvey J., *The British Marxist Historians*, Cambridge, 1984. [Ed. cast.: *Los historiadores marxistas británicos: un análisis introductorio*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1989.]
—, *The Education of Desire. Marxists and the Writing of History*, Nueva York, 1992.
Kehr, Eckart, *Der Primät der Innenpolitik*, ed. de Hans-Ulrich Wehler, Berlín, 1965.
— , *Schlachtflottenbau und Parteipolitik 1894-1901. Verschuch eines Querschnitts durch die innenpolitischen, sozialen und ideologischen Voraussetzungen des deutschen Imperialismus*, Berlín, 1930 y 1966.
Keylor, William R., *Academy and Community. The Foundation of the French Historical Profession*, Cambridge, Mass., 1975.
Kierkegaard, Soren, *Kritik der Gegenwart*, Viena, 1988.
Kocka, Jürgen, *Angestellte zwischen Faschismus und Democratie. Zur politischen Sozialgeschichte der Angestellten. USA 1890-1940 im internationalen Vergleich*, Göttingen, 1977.
— (ed.), *Bürger und Bürgerlichkeit im 19. Jahrhundert*, Göttingen, 1987.
— (ed.), *Bürgertum im 19. Jahrhundert. Deutschland im europäischen Vergleich*, 3 vols., Múnich, 1988.
—, "Deutsche Geschichte vor Hitler. Zur Diskussion über den `deutschen Sonderweg'", en: *Geschichte und Aufklärung. Aufsätze*, Göttingen, 1989, pág. 101-113.
— , *Geschichte und Aufklärung. Aufsätze*, Göttingen, 1989.
— , "Paradigmaweksel? Die Perspektive der `Historischen Sozialwissenschaft'", en: B. Mütter y S. Quandt (eds.), *Historie, Didaktik, Kommunikation. Wissenschaftsgeschichte und aktuelle Herausforderungen*, Marburg, 1988, pág. 65-80.
— , *Sozialgeschichte*, Göttingen, 1986, (2a ed.) [Ed. cast.: *Historia social*, Barcelona, Alfa, 1989.]
— (ed.), *Sozialgeschichte im internationalen Überblick. Ergebnisse und Tendenzen der Forschung*, Darmstadt, 1988.
—, "Überraschung und Erklärung. Was die Umbrüche von 1989/90 für die Gesellschaftsgeschichte bedeuten könnten", en: Manfred

Hettling y otros: (eds.), *Was ist Gesellschaftsgeschichte?*, Múnich, 1991, pág. 11-21.

—, *Unternehmensverwaltung und Angestelltenschaft am Beispiel Siemens 1847-1914. Zum Verhältnis von Kapitalismus und Bürokratie in der deutschen Industrialisierung*, Stuttgart, 1969.

Kon, Igor, *Die Geschichtsphilosophie des 20. Jahrhundert*, 2 vols., Berlín (Oriental), 1964. [Ed. cast.: *El idealismo filosófico y la crisis en el pensamiento histórico*. México, Ed. de cultura popular, 1977.]

Koselleck, Reinhardt, "Geschichte, Geschichten und formale Zeitstrukturen", en: *Vergangene Zukunft. Zur Semantik geschichtlicher Zeiten*, Frankfurt am Main, 1984, pág. 130-143. [Ed. cast.: "Historia, historias y estructuras formales del tiempo", en: *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993, pág. 127-141.]

—, "Geschichte, Historie", en: *Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexikon zur politisch- sozialen Sprache in Deutschland*, vol. 2, Stuttgart, 1975, pág. 593-717.

—, "Zum Verhältnis von Vergangenheit und Zukunft in der neueren Geschichte", en: *Vergangene Zukunft. Zur Semantik geschichtlicher Zeiten*, Frankfurt am Main, 1984, pág. 17-104. [Ed. cast.: "Sobre la relación entre el pasado y el futuro en la historia reciente", en: *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993, pág. 29-105.]

Kraus, Andreas: *Vernunft und Geschichte. Die Bedeutung der deutschen Akademien für die Entwicklung der Geschichtswissenschaften im späten 18. Jahrhundert*, Freiburg i. Br., 1963.

Kriedte, Peter y otros, *Industralisierung vor der Industrialisierung. Gewerbliche Warenproduktion auf dem Land in der Formationsperiode des Kapitalismus*, Göttingen, 1977. [Ed. cast.: *Industrialización antes de la industrialización*, Barcelona, Crítica, 1986.].

— , *Eine Stadt am seidenen Faden. Haushalt, Hausindustrie und sozial Bewegung in Krefeld in der Mitte des 19. Jahrhunderts*, Göttingen, 1990, (2a ed.)

Krill, Hans-Heinz, *Die Rankerenaissance. Max Lenz und Erich Marks*, Berlín, 1962.

Kuhn, Thomas S., *Die Struktur der wissenschaftlichen Revolutionen*, Frankfurt am Main, 1973. [Ed. cast.: *La estructura de las revoluciones científicas*, Madrid, F.C.E., 1981.]

Kula, Witold, *Measures and Men*, Princeton, 1986. [Ed. cast.: *Las medidas y los hombres*, Madrid, Siglo XXI, 1980.]

Kula, Witold, *Theory of the Feudal System. Toward a Model of the Polish Economy 1500-1800*, Nueva York, 1986. [Ed. cast.: *Teoría económica del sistema feudal*, México, Siglo XXI, 1974.]

LaCapra, Dominick, "Rhetorik und Geschichte", en: *Geschichte und Kritik*, Frankfurt am Main, 1987, pág. 11-37. [Ed. orig.: *History and Criticism*, Ithaca, Cornell University Press, 1985.]

Lamprecht, Karl, *Alte und neue Richtungen in der Geschichtswissenschaft*, Berlín, 1986.

—, *Deutsche Geschichte*, 16 vols. y 2 vols. compl., Freiburg i. B., 1891-1909.

—, *Deutsches Wirtschaftsleben im Mittelalter. Untersuchungen über die Entwicklung der materiellen Kultur des plattes Landes auf Grund der Quellen zunächst des Mosellandes*, 3 vols., Leipzig, 1885-86.

Le Goff, Jacques y Pierre Nora, *Faire de l'histoire*, 3 vols., París, 1973. [Ed. cast.: *Hacer la historia*, 2 vols., Barcelona, Laia, 1978-79.]

—, *Für ein anderes Mittelalter. Zeit, Arbeit und Kultur im Europa des 5-15. Jahrhunderts*, Hamburgo, 1987. [Ed.. cast.: *Tiempo, trabajo y cultura en el Occidente medieval*, Madrid, Taurus, 1983.]

—, "Zeit der Kirche und Zeit des Händlers im Mittelalter", en: M. Bloch, F. Braudel, L. Febvre y otros, *Schrift und Materie der Geschichte. Vorschläge zur systematischen Aneignung historischer Prozesse*, ed. de Caudia Honegger, Frankfurt am Main, 1977, pág. 393-414. [Ed. orig.: Le Goff, Jacques, "Au Moyen Age: Temps de l'Eglise et Temps du Marchand", en: *Annales*, núm. 15, 1960, pág. 417-433.]

Le Roy Ladurie, Emmanuel, *Die Bauern des Languedoc*, Stuttgart, 1983 [Ed. orig.: *Les paysans de Languedoc*, 2 vols., París, SEVPEN, 1966.]

—, *Karneval von Romans. Von Lichtmess bis Aschermittwoch 1579-1580*, Stuttgart, 1982 [Ed. orig.: *Le carnaval de Romans: de la Chandeleur au mercredi des Cendres, 1579-1580*, París, Gallimard, 1979.]

—, *Montaillou. Ein Dorf unter dem Inquisitor*, Berlín, 1983. [Trad. cast.: *Montaillou, aldea occitana de 1294 a 1324*, Madrid, Taurus, 1981.]

—, *Le Territoire de l'historien*, París, 1973.

Levi, Giovanni, "On Microhistory", en: Peter Burke (ed.), *New Perspectives on Historical Writing*, University Park (Pennsylvania), 1991, pág. 114-139. [Ed. cast.: "Sobre microhistoria", en: Peter Burke (ed.), *Formas de hacer historia*, Madrid, Alianza, 1993, pág. 119-143.]

Lipp, Carola, *Politische Kultur und Alltag im Vormärz und in der Revolution von 1848*, proyecto en curso.

Lipp, Carola, "Überlegungen zur Methodendiskussion. Kulturanthropologische, sozialwissenschaftliche und historische Ansätze zur Erforschung der Geschlechterbeziehung", en: *Frauenalltag - Frauenforschung*, Frankfurt am Main, 1988.

—, "Writing History as Political Culture. Social History Versus "Alltagsgeschichte" - A German debate", en: *Storia della Storiografia*, núm. 17, 1990, pág. 67-100

Lipset, Seymour Martin, "`Fascism´-Left, Right, and Center", en: *Political Man. The Social Bases of Politics*, Garden City, 1959, pág. 131-176.

Lozek, Gerhard y otros (eds.), *Unbewältigte Vergangenheit. Kritik der bürgerlichen Geschichtsschreibung in der DDR*, Berlín (Oriental), 1977.

—, y Hans Schleier, *Geschichtsschreibung im 20. Jahrhundert. Neuzeit-Historiographie und Geschichtsdenken in Deutschland, Frankreich, Grossbritanien, Italien, USA*, Berlín (Oriental), 1990.

Lüdtke, Alf (ed.), *Alltagsgeschichte. Zur Rekonstruktion historischer Erfahrungen und Lebensweisen*, Frankfurt am Main, 1989.

—, "Die Ordnung der Fabrik, "Sozialdisziplinierung" und Eigen-Sinn bei Fabrikarbeitern im späten 19. Jahrhundert", en: Rudolf Vierhaus y otros (eds.), *Frühe Neuzeit - Frühe Moderne? Forschungen zur Vielschichtigkeit von Übergangsprozessen*, Göttingen, 1992.

—, "Protest - oder: Die Faszination des Spektakulären. Zur Analyse alltäglicher Widersetzlichkeit", en: Heinrich Volmann y Jürgen Bergmann (eds.), *Sozialer Protest. Studien zu traditioneller Resistenz und kollektiver Gewalt in Deutschland vom Vormärz zur Reichsgründung*, Opladen, 1984, pág. 325-341.

—, "Wo blieb die "rote Glut"? Arbeitererfahrungen und deutscher Faschismus", en: Alf Lüdtke, *Alltagsgeschichte. Zur Rekonstruktion historischer Erfahrungen und Lebensweisen*, Frankfurt am Main, pág. 224-282.

Lukács, Georg, *Geschichte und Klassenbewusstsein*, en: *Werke*, vol. 2, Damstadt, 1977. [Ed. cast.: *Historia y conciencia de clase*, Barcelona, Grijalbo, 1975.]

Mannheim, Karl, "Historismus", en: *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, vol. 52, 1924, pág. 1-60.

Marx, Karl, *Der achtzehnte Brumaire*, en: Marx, Karl y Friedrich Engels, *Werke*, vol. 8. Berlín (Oriental) 1960, pág. 111-207. [Ed. cast.: *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, Barcelona, Ariel, 1968.]

—, *Das Kapital. Kritik der politischen Ökonomie*, vol. 1, en: Marx, Karl,

y Friedrich Engels, *Werke*, vol. 23, Berlín (Oriental), 1962. [Ed. cast.: *El capital. Crítica de la economía política*, en: Karl Marx y Friedrich Engels, *Obras*, (ed. de Manuel Sacristán), vols. 40 y 41, México, F.C.E., 1968 (5a ed.)]

—, *Ökonomisch-philosophische Manuskrite aus dem Jahre 1844*, en: Marx, Karl, y Friedrich Engels, *Werke*, vol. suplementario 1, Berlín (Oriental), 1968, pág. 465-588. [Ed. cast.: *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, Barcelona, Grijalbo, 1975.]

—, "Thesen über Feuerbach", en: Marx, Karl y Friedrich Engels, *Werke*, vol. 3, Berlín (Oriental), 1958, pág. 5-7. [Ed. cast.: "Tesis sobre Feuerbach", en: *Tesis sobre Feuerbach y otros escritos filosóficos*, Barcelona, Ed. Grijalbo, 1974, pág. 7-13.]

—, *Zur Kritik der Politischen Ökonomie*. Prólogo, en: Marx, Karl, y Friedrich Engels, *Werke*, vol. 13, Berlín (Oriental), 1961, pág. 8 y ss. [Ed. cast.: *Contribución a la crítica de la economía política*, Madrid, Alberto Corazón, 1970.]

Mason, Timothy, *Sozialpolitik im Dritten Reich. Arbeiterklasse und Volksgemeinschaft*, Wiesbaden, 1978, (2a. ed.)

McClelland, Charles, *State, Society and University in Germany, 1700-1914*, Cambridge, 1980.

McClelland, Keith, "Some Comments on Richard Johnson, "Edward Thompson, Eugene Genovese, and Socialist-Humanist History"", en: *History Workshop*, núm. 7, primavera 1978, pág. 101-115.

Medick, Hans, "Entlegene Geschichte? Sozialgeschichte im Blickfeld der Kulturanthropologie", en: Konrad Jarausch y otros, *Geschichtswissenschaft vor 2000. Perspektiven der Historiographiegeschichte, Geschichtstheorie, Sozial- und Kulturgeschichte. Festschrift für Georg G. Iggers zum 65. Geburstag*, Hagen, 1991, pág. 360-369.

—, *Leben und überleben in Laichingen 1650-1900. Untersuchungen zur Sozial-, Kultur- und Wirtschaftsgeschichte aus der Perspektive einer lokalen Gesellschaft im frühneuzeitlichen Württemberg*, manuscrito, publicación prevista: Göttingen, 1994.

—, "`Missionare im Ruderboot´? Ethnologische Erkenntnisweisen als Herausforderung an die Sozialgeschichte", en: Alf Lüdtke (ed.), *Alltagsgeschichte. Zur Rekonstruktion historischer Erfahrungen und Lebensweisen*, Frankfurt am Main, 1989, pág. 48-84; versión anterior en: *Geschichte und Gesellschaft*, año 10, 1984, pág. 296-319.

—, "Ein Volk "mit" Büchern. Buchbesitz und Buchkultur auf dem Lande am Ende der frühen Neuzeit. Laichingen 1748-1820", en: Hans-Erik Bödecker (ed.), *Lesekulturen im 19. Jahrhundert*,

Hamburgo, 1992, pág. 59-94.
Meinecke, Friedrich, *Die Entstehung des Historismus*, en: *Werke*, vol. 3, Múnich, 1959. [Trad. cast.: *El historicismo y su génesis*, Madrid, F.C.E. España, 1983, (1a reimpr.)]
Mellon, Stanley, *The Political Uses of History. A Study of Historians in the French Restoration*, Stanford, 1958.
Meran, Josef, *Theorien in der Geschichtswissenchaft. Die Diskussion über die Wissenschaftlichkeit der Geschichte*, Göttingen, 1985 (Kritische Studien zur Geschichtswissenschaft 60.)
Michelet, Jules, *Le Peuple*, París, 1846. [Ed. cast.: *El Pueblo*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1991.]
Mintz, Sydney, *Die süße Macht. Kulturgeschichte des Zuckers*, Frankfurt am Main, 1987.
Muchembled, Robert, *Die Erfindung des modernen Menschen. Gefühlsdifferenzierung und kollektive Verdrängung*, Reinbeck, 1990. [Ed. orig.: *L'invention de l'homme moderne. Sensibilités, moeurs et comportements collectifs sous l'Ancien Régime*, París, Fayard, 1988.]
—, *Kultur des Volks - Kultur der Eliten. Die Geschichte einer erfolgreichen Verdrängung*, Stuttgart, 1984, (2a ed.) [Ed. orig.: *Culture populaire et culture des élites dans la France moderne: XVe-XVIIIe siècle: essai*, París, Flammarion, 1978.]
Muhlack, Ulrich, *Geschichtswissenschaft im Humanismus und in der Aufklärung. Die Vorgeschichte des Historismus*, Múnich, 1991.
Mütter, Berndt, "Grenzen der weltgeschichtlichen Perspektive in der deutschen Geschichtsschreibung vom Zeitalter der Aufklärung bis zur Epoche des Imperialismus: Das Beispiel Lateinamerika", en: Walter Fürnrohr (ed.), *Geschichtsbewusstsein und Universalgeschichte*, Braunschweig, 1992, pág. 45-72. (Studien zur internationalen Schulbuchforschung. Schriftenreihe des Georg-Eckert-Instituts, vol. 73).
Niethammer, Lutz (ed.), *Lebenserfahrung und kollektives Gedächtnis. Die Praxis der "Oral History"*, Frankfurt am Main, 1980.
— , *Posthistoire. Ist die Geschichte zu Ende?*, Reinbeck, 1989.
— , *Wohnen im Wandel. Beiträge zur Geschichte des Alltags in der bürgerlichen Gesellschaft*, Wuppertal, 1979.
Nipperdey, Thomas, *Deutsche Geschichte 1800-1866*, Múnich, 1983.
—, *Deutsche Geschichte 1866-1918*, 2 vols., Múnich, 1990-92.
Nora, Pierre y otros (eds.), *Les Lieux de mémoire*, 3 vols, París, 1984-86.
Novick, Peter, *That Noble Dream: The "Objectivity Question" and the American Historical Profession*, Cambridge, 1988.

Oestreich, Gerhard, "Die Fachhistorie und die Anfänge der sozialgeschichtlichen Forschung in Deutschland", en: *Historische Zeitschrift*, vol. 208, 1969, pág. 320-363.
Oexle, Otto Gerhard, "Ein politischer Historiker: Georg von Below", en: Notker Hammerstein (ed.), *Deutsche Geschichtswissenchaft um 1900*, Stuttgart, 1988, pág. 283-312.
Ortega y Gasset, José, *Geschichte als System*, Stuttgart, 1943. [Ed. orig. cast.: *Historia como sistema*, Madrid, Revista de Occidente, 1941].
Ozouf, Mona, *La Fete révolutionnaire 1789-1799*, París, 1976.
Peters, Jan, "Eigensinn und Widerstand im Alltag. Abwehrverhalten ostelbischer Bauern unter Refeudalisierungsdruck", en: *Jahrbuch für Wirtschaftsgeschichte*, 1991, núm. 2, pág. 85-103.
Pocock, J.G.A., *The Machiavellian Moment. Florentine Political Thought and the Atlantic Republican Tradition*, Princeton, 1975.
—, *Politics, Language and Time. Essays on Political Thought and History*, Chicago, 1989.
Rabb, Theodore K. y Robert I. Rothberg (eds.), *The New History. The 1980's and Beyond*, Princeton, 1982, también en: *Journal of Interdisciplinary History*, vol. 12, 1981-82, núms. 1 y 2.
Rachfahl, Felix, "Deutsche Geschichte vom wirtschaftlichen Standpunkt," en: *Preußische Jahrbücher*, vol. 83, 1895, pág. 48-96.
—, "Über die Theorie einer kollektivistischen Geschichtswissenschaft", en: *Jahrbücher für Nationalökonomie und Statistik*, vol. 68, 1897.
Ranke, Leopold von, *Deutsche Geschichte im Zeitalter der Reformation, Sämtliche Werke*, vol. 2, Leipzig, 1881. [Ed. cast. (parcial): "Historia de Alemania en la época de la Reforma", en: *Pueblos y Estados en la historia moderna*, México, F.C.E., 1945 (1a reimpr. 1979), pág. 133-275.]
—, *Die grossen Mächte. Politisches Gespräch*, Göttingen, 1955. [Ed. cast.: "Las grandes potencias", en: *Pueblos y Estados en la historia moderna*, México, F.C.E., 1945 (1a reimpr. 1979), pág. 70-100.]
—, "Idee der Universalhistorie", en: *Vorlesungseinleitungen, Aus Werk und Nachlass*, vol. 4, ed. por Volker Dotterweich, Múnich, 1975, pág. 72-89.
Ranke, Leopold von, *Über die Epochen der neueren Geschichte. Historisch-kritische Ausgabe*, ed. por Theodor Schieder y Helmut Blessing, Múnich, 1971. [Ed. cast.: Ranke, Leopold, *Sobre las épocas de la historia moderna*, Madrid, Ed. Nacional, 1984.]
Ranke, Leopold von, "Über die Verwandschaft und den Unterschied der Historie und der Politik", en: Wolfgang Hardtwig (ed.), *Über*

das Studium der Geschichte, Múnich 1990, pág. 47-60. [Ed. cast. (casi completa): "Sobre las afinidades y las diferencias existentes entre la Historia y la Política", en: Ranke, Leopold von, *Pueblos y Estados en la historia moderna,* México, F.C.E., 1945, (1a reimpr. 1979), pág. 509-518.]

—, *Vorlesungseinleitungen,* en: *Aus Werk und Nachlass,* vol. 4, ed. por Volker Dotterweich, Múnich, 1985.

—, "Vorrede zu den `Geschichten der romanischen und germanischen Völker von 1494 bis 1535´", en: Wolfgang Hardtwig (ed.), *Über das Studium der Geschichte,* Múnich, 1990, pág. 44-46. [Ed. cast.: Prólogo a las "Historias de los pueblos latinos y germánicos", en: Ranke, Leopold von, *Pueblos y Estados en la historia moderna,* México, F.C.E., 1945, (1a reimpr. 1979), pág. 37-39].

Raphael, Lutz, "Historikerkontroversen im Spannungsfeld zwischen Berufshabitus, Fächerkonkurrenz und sozialen Deutungsmustern. Lamprecht-Streit und französischer Methodenstreit der Jahrhundertwende in vergleichender Perspektive", en: *Historische Zeitschrift,* vol. 251, 1990, pág. 325-363.

—, "The Present as a Challenge to the Historian. The Contemporary World in the "Annales d'histoire économique et sociale / Annales E.S.C.""", en: *Storia della Storiografia,* 1993.

Raulff, Ulrich (ed.), *Mentalitäten-Geschichte. Zur historischen Rekonstruktion geistiger Prozesse,* Berlín, 1989.

— (ed.), *Vom Umschreiben der Geschichte,* Berlín, 1986.

Richardson, R. C., *The Debate on the English Revolution,* London, 1977.

Rickert, Heinrich, *Kulturwissenschaft und Naturwissenschaft,* Tübingen, 1921 (5a. ed.). [Ed. cast.: *Ciencia cultural y ciencia natural,* Madrid, Espasa-Calpe, 1965, (4a ed.)]

Ricoeur, Paul, *Zeit und Erzählung,* 3 vols., Frankfurt am Main, 1988-90. [Ed. cast.: *Tiempo y narración,* 3 vols., Madrid, Cristiandad, 1987.]

Riehl, Wilhelm, *Die Naturgeschichte des deutschen Volkes,* ed. de Günter Ipsen, Lepzig, 1935.

Ringer, Fritz, *Fields of Knowledge. French Academic Culture in Comparative Perspective,* 1890-1920, Cambridge, 1992.

—, *Die Gelehrten: Der Niedergang der deutschen Mandarine, 1890-1933,* Stuttgart, 1983.

Ritter, Gerhard A., "Neuere Sozialgeschichte in der Bundesrepublik", en: Jürgen Kocka (ed.), *Sozialgeschichte im internationalen Überblick. Ergebnisse und Tendenzen der Forschung,* Darmstadt, 1989, pág. 36-58.

Robinson, James Harvey, *The New History*, Nueva York, 1912.
Rostow, Walt W., *Stadien wirtschaftlichen Wachstum. Ein nichtkommunistisches Manifest*, Göttingen, 1967, (2a ed.). [Ed. cast.: *Las etapas del crecimiento económico*. México, F.C.E., 1961.]
Rudé, George, *Die Volksmassen in der Geschichte. Unruhen, Aufstände und Revolutionen in England und Frankreich 1730-1848*, Frankfurt am Main, 1979. [Ed. cast.: *La multitud en la historia. Los disturbios populares en Francia e Inglaterra, 1730-1848*, Madrid, Siglo XXI, 1978, (2a ed.)]
Rürup, Reinhard (ed.), *Historische Sozialwissenschaft*, Göttingen, 1977.
Rüsen, Jörn, *Gründzüge einer Historik*, 3 vols., Göttingen, 1983-89.
—, *Zeit und Sinn. Strategien historischen Denkens*, Frankfurt am Main, 1990.
Sabean, David, *Das zweischneidige Schwert. Herrschaft und Widerspruch im Württemberg der frühen Neuzeit*, Frankfurt am Main, 1990.
— , *Property, Production, and Family in Neckarhausen 1700-1870*, Cambridge, 1990.
Sahlins, Marshall, *Der Tod des Kapitän Cook. Geschichte als Metapher und Mythos al Wirklichkeit in der Frühgeschichte des Königsreichs Hawaii*, Berlín, 1986. [Ed. cast.: *Islas de historia: la muerte del Capitán Cook. Metáfora, antropología e historia*, Barcelona, Gedisa, 1988.]
Saussure, Ferdinand de, *Grundfragen der allgemeinen Sprachwissenschaft*, Berlín, 1986. [Trad. cast.: *Curso de lingüística general*, Buenos Aires, Losada, 1945].
Schäfer, Dietrich, "Das eigentliche Arbeitsgebiet der Geschichte", en: *Aufsätze, Vorträge und Reden*, vol. 1, Jena, 1913, pág. 264-290.
Scheel, Heinrich y otros, "Forschungen zur deutschen Geschichte 1789-1848", en: *Historische Forschungen in der DDR 1960-1970*. Número especial de la *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft*, vol. 18, 1970, pág. 380-407.
Schlumbohm, Jürgen, *Lebenslaüfe, Familien, Höfe. Die Bauern und Eigentumslosen des Onsnabrückischen Kirchspiels Belm in proto-industrieller Zeit, 1650-1860*, Göttingen, 1993.
Schmoller, Gustav, *Straßburger Tucher- und Weberzunft*, Straßburg, 1879.
Schorn-Schütte, Luise, *Karl Lamprecht. Kulturgeschichtschreibung zwischen Wissenschaft und Politik*, Göttingen, 1984.
Schulin, Ernst, *Traditionskritik und Rekonstruktionsversuch. Studien zur Entwicklung von Geschichtswissenschaft und historischem Denken*, Göttingen, 1979.

Schultz, Susan D., *History as a Moral Force Against Individualism. Karl Lamprecht and the Methodological Controversies in the Human Sciences 1880-1914*, tesis doctoral inédita, Univ. de Chicago, 1985.

Scott, Joan, *Gender and the Politics of History*, Nueva York, 1988.

— , "Women's History", en Peter Burke (ed.), *New Perspectives on Historical Writing*, University Park (Pennsylvania), 1991, pág. 44-62. [Ed. cast.: "Historia de las mujeres", en: Peter Burke (ed.), *Formas de hacer historia*, Madrid, Alianza, 1993, pág. 59-88.]

Sewell, William H. Jr., *Work and revolution in France. The Language of Labour from the Old Regime to 1848*, Cambridge, 1980.

Simiand, François, "Méthode historique et science sociale", en: *Revue de synthèse historique*, vol. 2, 1903, pág. 1-57.

Simon, Christian, *Staat und Geschichtswissenschaft in Deutschland und Frankreich 1871-1914. Situation und Werk von Geschichtsprofessoren an den Universitäten Berlin, München, Paris*, 2 vols., Berna, 1988.

Skinner, Quentin (ed.), *The Foundation of Modern Political Thought. The Renaissance*, 2 vols., Cambridge, 1978. [Ed. cast.: *Los fundamentos del pensamiento político moderno*, 2 vols., México, F.C.E., 1985-86.]

— , *The Return of Grand Theory in the Human Sciences*, Cambridge, 1990. [Ed. cast.: *El Retorno de la Gran Teoría en las Ciencias Humanas*, Madrid, Alianza, 1988.]

Stadler, Peter, *Geschichtsschreibung und historisches Denken in Frankreich 1789-1871*, Zürich, 1958.

Stedman-Jones, Gareth, *Politik und Sprache. Für eine theorieorientierte Sozialgeschichte*, Münster, 1988.

Stoianovich, Troian, *French Historical Method. The Annales Paradigm*, Ithaca, 1976.

Stone, Lawrence, "The revival of Narrative: Reflections on a New Old History", en: *History and Theory*, núm. 85, 1979; pág. 3-24; versión alemana abreviada en: Ulrich Rauff (ed.), *Vom Umschreiben der Geschichte*, Berlín, 1986. [Ed. cast.: "El resurgimiento de la narrativa: reflexiones acerca de una nueva y vieja historia", en: Stone, Lawrence, *El pasado y el presente*, México, F.C.E., 1986, pág. 95-120.]

Süssmuth, Hans (ed.), *Historische Anthropologie*, Göttingen, 1984.

Thenfelde, Klaus, *Sozialgeschichte der Arbeiter an der Ruhr im 19. Jahrhundert*, Bonn-Bad Godesberg, 1977.

—, *Theorie der Geschichte. Beitrage zur Historik*, 6 vols., Múnich, 1982-90.

Thompson, Edward P., *Das Elend der Theorie. Zur produktion Geschichtlicher Erfahrung*, Frankfurt am Main, 1980. [Ed. cast.:

Miseria de la teoría, Barcelona, Crítica, 1981.]
—, *Die Entstehung der englischen Arbeiterklasse*, Frankfurt am Main, 1987. [Ed. cast.: *La formación de la clase obrera. Inglaterra: 1780-1832*, 3 vols., Barcelona, Laia, 1977.]
—, "The Moral Economy of the English Crowd in the 18th Century", en: *Past and Present*, núm. 50, 1971, pág. 76-136. [Ed. cast.: "La economía "moral" de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII", en: Edward Thompson, *Tradición, revuelta y conciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*, Barcelona, Crítica, 1984, (2a. ed.), pág. 62-134.]
—, "Time, Work-Discipline and Industrial Capitalism", en: *Past and Present*, núm. 38, 1967, pág. 56-97. [Ed. cast.: "Tiempo, disciplina de trabajo y capitalismo industrial", en: Edward Thompson, *Tradición, revuelta y conciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*, Barcelona, Crítica, 1984, (2a. ed.), pág. 239-293.]
—, *Whigs and Hunters. The Origins of the Black Act*, London, 1975.
Troeltsch, Ernst, *Der Historismus und seine Probleme*, en: *Gesammelte Schriften*, vol. 3, Tübingen, 1922.
Treitschke, Heinrich von, *Deutsche Geschichte*, 5 vols., Leipzig, 1879
Turner, Frederick Jackson, *The Frontier in American History*, Nueva York, 1920. [Ed. cast.: *La frontera en la historia americana*, Madrid, Castilla, 1976.]
Veblen, Thorsten, *Die Theorie der feinen Leute*, Frankfurt am Main, 1989. [Ed. cast.: *Teoría de la clase ociosa*, México, F.C.E., 1974, (2a ed.)]
Vovelle, Michel, *Die Französische Revolution - Soziale Bewegung und Umbruch der Mentalitäten*, Múnich, 1982. [Ed. cast.: *La mentalidad revolucionaria*, Barcelona, Crítica, 1989.]
—, *Mourir autrefois. Attitudes collectives devant la mort aux XVIIe et XVIIIe siècles*, París, 1974.
Vovelle, Michel, "Serielle Geschichte oder "case studies": Ein wirkliches oder nur Schein-Dilemma?", en: Ulrich Raulff (ed.), *Mentalitäten-Geschichte. Zur historischen Rekonstruktion geistiger Prozesse*, Berlín, 1989, pág. 114-126. [Ed. orig.: "Histoire sérielle ou "case studies" vrai ou faux dilemme en histoire des mentalités", en: *Histoire sociale, sensibilités collectives et mentalités*. Mélanges Robert Mandrou, París, PUF, 1985.]
Wallerstein, Immanuel, *Das moderne Weltsystem. Kapitalistische Landwirtschaft und die Entstehung der europäischen Weltwirtschaft im*

16. Jahrhundert, Frankfurt am Main, 1986. [Ed. cast.: *El moderno sistema mundial. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo* XVI, Madrid, Siglo XXI, 1979.]

Weber, Max, *Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre*, Tübingen, 3a ed., 1968. [Trad. cast. (de buena parte) en: *Ensayos sobre metodología sociológica*, Buenos Aires, Amorrurtu, 1958.]

—, "Die "Objektivität" sozialwissenschaftlicher und sozialpolitischer Erkenntnis", en: *Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre*, Tübingen, 2a. ed., 1951, pág. 146-214. [Ed. cast.: "La "objetividad cognitiva" de la ciencia social y de la política social", en: *Ensayos sobre metodología sociológica*, Buenos Aires, Amorrurtu, 1958, pág. 39-101.]

—, "Roscher und Knies und die logischen Probleme der historischen Nationalökonomie", en: *Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre*, Tübingen, 3a ed., 1968, pág. 1-145.

—, "Der Sinn der "Wertfreiheit" der soziologischen und ökonomischen Wissenschaften", en: *Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre*, Tübingen, 3a. ed., 1968, pág. 489-540. [Ed. cast.: "El sentido de la "neutralidad valorativa" de las ciencias sociológicas y económicas", en: *Ensayos sobre metodología sociológica*, Buenos Aires, Amorrortu, 1958, pág. 222-269.]

—, "Über einige Kategorien der verstehenden Soziologie", en: *Gesammelte Aufsätze zur Wissenschatflehre*, Tübingen, 3a. ed., 1968, pág. 427-464. [Ed. cast.: "Sobre algunas categorías de la sociología comprensiva", en: *Ensayos sobre metodología sociológica*, Buenos Aires, Amorrortu, 1958, pág. 175-221.]

—, "Wissenschaft als Beruf", en: *Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre*, Tübingen, 3a. ed., 1968, pág. 583-613. [Trad. cast.: "La ciencia como vocación", en: *El político y el científico*, Madrid, Alianza, 1961.]

Weber, Wolfgang, *Priester der Klio. Historisch-sozialwissenschaftliche Studien zur Herkunft und Karriere deutscher Historiker und zur Geschichte der Geschichtswissenschaft 1899-1970*, Frankfurt am Main, 1984.

Wehler, Hans-Ulrich, *Bismarck und der Imperialismus*, Köln, 1969.

— , *Deutsche Gesellchaftsgeschichte*, 4 vols., Múnich, 1987 y s. (Hasta 1993 han aparecido 2 vols.)

—, *Das deutsche Kaiserreich 1871-1918*, Göttingen, 1973.

— , *Historische Sozialwissenschaft und Geschichtsschreibung. Studien zu Aufgabe und Traditionen deutscher Geschichtswissenschaft*, Göttingen, 1980.

White, Hayden, *Auch Klio dichtet oder Die Fiktion des Faktischen. Studien zur Tropologie des historischen Diskurses*, Stuttgart, 1986. [Ed. orig.: *Tropics of Discourse. Essays in cultural criticism*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1978.]

White, Hayden, *Metahistory. Die historische Einbildungskraft im 19. Jahrhundert in Europa*, Frankfurt am Main, 1990. [Ed. cast.: *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo* XIX, México, F.C.E., 1992.]

Windelband, Wilhelm, *Geschichte und Naturwissenschaft (1894)*, en: *Präludien*, vol. 2, Tübingen, 1921, (8a. ed.)

Wierling, Dorothee, *Mädchen für alles. Arbeitsalltag und Lebensgeschichte städtischer Dienstmädchen um die Jahrhundertwende*, Berlín, 1987.

Wolf, Eric, *Völker ohne Geschichte. Europa und die andere Welt seit 1400*, Frankfurt am Main, 1986. [Ed. cast.: *Europa y la gente sin historia*, México, F.C.E., 1987.]

Zwar, Hartmut, *Herr und Knecht. Figurenpaare in der Geschichte*, Leipzig, 1990.

—, *Zur Konstituierung des Proletariats als Klasse. Strukturuntersuchungen über das Leipziger Proletariat während der industriellen Revolution*, Berlín (Oriental), 1978.

Índice analítico